

0

DAD AUT

CIÓN GEN

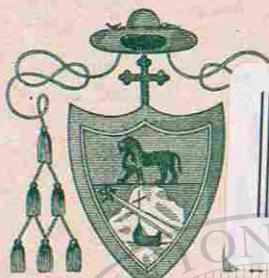
BR110

R4

CO-1

AL

0026



1080020811

ITER PARA TVTVM

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL





RETRACTACIONES

Y CONVERSIONES

A LA FE CATÓLICA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



RETRACTACIONES

CONVERSIONES A LA FE CATÓLICA,

De varios Escritores ilustres.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS EXPRESAMENTE PARA
EL "OMNIBUS"

Por Juan B. Romero



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

44922

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.
IMPRESA DE VICENTE SEGURA,
calle de S. Andrés N. 14.

1856.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

BR110

R4



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

55844

DIRECCION GENERAL

LIBRERIA

0081

... como los santos...
... con victoria...
... que es la...
... man desde...
... la que se...
... de la Cruz...
... que reluce...

PREFACIO

El movimiento religioso que se está operando en el mundo es, en el día, un hecho incontestable. Aquellas grandes manifestaciones de la rebeldía contra Dios, á saber, la idolatría, el mahometismo, la herejía y el filosofismo, colosos que parecian estar á punto de anonadar á la verdad, bambolean hoy sobre sus cimientos. La Francia, no obstante sus errores, á pesar de sus rebeliones, en despecho de sus crímenes, osténtase todavía como la region predilecta que Dios, por su inmensa misericordia, ha escogido para que recuerde la buena nueva de la salvacion á la especie humana. Ella es la que envía hasta los confines de la tierra esas riquísimas limosnas de la propagacion de la Fe; ella es la que transporta las esplendentes luces del Evangelio en el

008263

seno de los salvajes; ella es la que ha hollado con victoriosa planta el africano suelo que estaba abandonado al fanatismo musulman desde tantos siglos hacia, y ella es, en fin, la que de nuevo plantara el árbol santo de la Cruz en aquellos asolados lugares en que reinaba la media luna como suprema dominadora.

La Francia, la ciudad de Paris, es la que ha elegido la Reina de todas las mercedes como lugar desde donde se complace en derramar todos sus favores. Así es que, confundiendo todos los cálculos de la humana soberbia, por medio de una simple *medalla* que ha tomado la denominacion de *milagrosa*, ha esparcido tales beneficios y en tal extremo numerosos sobre todos aquellos que la intocan, que seria necesario llenar volúmenes enteros para referirlos. De igual modo, en el seno de los ilícitos placeres, en medio de ese inagotable manantial de producciones inmorales é impias, levántabase una iglesia abandonada de las poblaciones que en derredor de ella se agolpaban; María, la protectora de la Francia, toma posesion de ese templo, establece allí el trono de sus misericordias, y desde aquel punto millones de almas enfermas, adormeci-

das, muertas á la gracia, encuentran en virtud de inefables prodigios la salud, el vigor y la vida.

Si volvemos nuestros ojos á Roma, á ese centro inmortal de la unidad católica, podremos contemplar allí espectáculos no menos admirables. ¡Cuántos hombres atraidos á la capital del mundo cristiano por los recuerdos de su pasada grandeza y por la magnificencia del culto católico, han ido á dar con la fe divina donde solo procuraran satisfacer una simple curiosidad humana! Judíos, protestantes y filósofos van sucesivamente á doblar la rodilla ante el Redentor del mundo á quien durante mucho tiempo desconocieran. Sería un catálogo magnífico, á la vez que consolador, el que se formara de todos los varones ilustres, de todos los hombres oscuros, doctos ó ignorantes que trajeron consigo, al regreso de un viaje á Roma, el inestimable tesoro de la fe.

Si, atravesando las mares, nos trasladamos á esa famosa isla que desde tantos siglos hace se separó de la unidad y que desecha las paternas insinuaciones que la dirige el pastor supremo, seremos testigos de hechos no menos palpables: en todos los

puntos de Inglaterra levántanse brillantes iglesias cuyo objeto, según las miras de la Providencia, parece ser el de que de antemano tengan preparado un asilo esas inmensas poblaciones que después de haber sacudido el yugo del error, vengán á los brazos de esa madre cuyo seno por espacio de tanto tiempo despedazaban.

La Alemania, cuna de la nebulosa filosofía, última consecuencia del orgulloso racionalismo, hace esfuerzos para salir de las densas tinieblas de que ella misma se ha rodeado. Sus hombres eminentes, cuya buena fe ha premiado Dios con las vivas luces de la verdad, serán, en ello confiamos, las primicias de la ópima cosecha que se prepara.

Hasta la comarca que opone, al parecer, mayor resistencia al movimiento católico que se opera, ha presentado en estos últimos períodos, admirables ejemplos de ese regreso á la *unidad*, regreso que han comprado con el sacrificio de todos los bienes terrenos. No cesemos de elevar hácia Dios nuestros brazos y nuestros corazones á fin de que nos conceda la gracia de que la voluntad de hierro que gravita sobre el poderoso imperio del Norte se incline ante el

Rey de los cielos y conduzca innumerables rebaños al aprisco de Pedro.

De entre esa rica reunión de hechos públicos y particulares que patentizan de tan admirable manera las inagotables bondades de Dios para con las criaturas que ha redimido con su sangre, hemos recopilado unos cuantos, los más de ellos notorios pero que nos ha parecido conveniente reunir para formar de ellos un conjunto.

Las misericordias del Señor hácia los imperios y los reinos muestranse de un modo patente; á la historia toca referir las grandes conmociones que agitan á la tierra y que hacen cambiar de faz al mundo.

Presentamos á nuestros lectores las misteriosas influencias de la gracia, las luchas íntimas de la conciencia en algunas almas selectas que han sabido corresponder fiel y noblemente á los beneficios del cielo. Los nombres benditos que citamos, los patéticos relatos que hacen los más de ellos de sus resistencias, de sus combates, de su ventura, deben ponerse constantemente ante los ojos de los hombres. Nada es más á propósito para mover los corazones y para introducir en ellos una vivísima confianza, que el cuadro de los divinos desvelos y de las

inefables industrias que el Padre celestial emplea para apartar á una alma de la muerte y para inducir á un hijo pródigo á que vuelva al banquete de la familia; reproducimos pues esas historias, escritas casi todas por los que fueron heroes de ellas, con la grata seguridad de que servirán para que se glorifique al Autor de todo don perfecto y de que llevarán al seno de la sociedad, que está entregada todavía á tan crueles dolores, la antorcha de la verdadera luz y el bálsamo del divino consuelo.

STOLBERG.

FEDERICO Leopoldo, conde de Stolberg, nació en Bramstæd, en el Holstein, el 7 de noviembre de 1750. Su padre, que era ministro del rey de Dinamarca, no queriendo omitir medio alguno para dar á su hijo una educacion esmerada, envióle á estudiar á Gotinga, y despáés á Hala. Distinguióse el jóven conde en los progresos que hizo en las letras, aprendiendo no solo el latin y el griego, sino el francés, inglés é italiano; dedicóse tambien al estudio de la filosofia y la jurisprudencia, y desde aquella época manifestaba un vehemente amor á la verdad. Apenas hubo terminado sus estudios cuando empezó á llamar la atencion como escritor y como poeta, por medio de una traduccion de la Iliada de Homero que hizo en verso, y de otras muchas obras que compuso, poéticas y en prosa. No tardó en contraer íntima amistad con todos los doctos y literatos de Alemania, como Klopstock, Cramer, Gleim, Voss, Goethe y Lavater. Emprendió, en compañía de estos dos últimos, un viage á Suiza, el Milanésado, el Pia-

inefables industrias que el Padre celestial emplea para apartar á una alma de la muerte y para inducir á un hijo pródigo á que vuelva al banquete de la familia; reproducimos pues esas historias, escritas casi todas por los que fueron heroes de ellas, con la grata seguridad de que servirán para que se glorifique al Autor de todo don perfecto y de que llevarán al seno de la sociedad, que está entregada todavía á tan crueles dolores, la antorcha de la verdadera luz y el bálsamo del divino consuelo.

STOLBERG.

FEDERICO Leopoldo, conde de Stolberg, nació en Bramstæd, en el Holstein, el 7 de noviembre de 1750. Su padre, que era ministro del rey de Dinamarca, no queriendo omitir medio alguno para dar á su hijo una educacion esmerada, envióle á estudiar á Gotinga, y despáés á Hala. Distinguióse el jóven conde en los progresos que hizo en las letras, aprendiendo no solo el latin y el griego, sino el francés, inglés é italiano; dedicóse tambien al estudio de la filosofia y la jurisprudencia, y desde aquella época manifestaba un vehemente amor á la verdad. Apenas hubo terminado sus estudios cuando empezó á llamar la atencion como escritor y como poeta, por medio de una traduccion de la Iliada de Homero que hizo en verso, y de otras muchas obras que compuso, poéticas y en prosa. No tardó en contraer íntima amistad con todos los doctos y literatos de Alemania, como Klopstock, Cramer, Gleim, Voss, Goethe y Lavater. Emprendió, en compañía de estos dos últimos, un viage á Suiza, el Milanésado, el Pia-

monte y la Saboya, yendo tambien con él su hermano mayor Christian que tenia los mismos gustos literarios. En 1784 casóse con Inés, baronesa de Witzleben, mujer de raro mérito, de quien tuvo cuatro hijos y que falleció en 1788. Esta dama, de igual modo que su marido profesaba el luteranismo. El conde de Stolberg desempeñó muchos honoríficos cargos, pues fué sucesivamente gentil-hombre de cámara del rey de Dinamarca, ministro plenipotenciario de Lubeck en Copenhague, embajador de Dinamarca en Berlín, presidente del gobierno en Eutin, y enviado extraordinario del duque de Oldemburgo en Rusia donde se le condecoró con las órdenes de Santa Ana y de San Alejandro Nwsky.

En el año de 1789 casóse el señor de Stolberg en segundas nupcias con Sofia, condesa de Røedern, de quien tuvo naeve hijos. Hizo con ella un viaje á Italia y á Sicilia en los años de 1790 á 1793, recorriendo aquella primorosa comarea como observador, y aun compuso una relacion de aquel viaje en la cual se admiran á la vez la pureza de su gusto, el brillo de su imaginacion, la variedad y extension de sus conocimientos, y la rectitud de su juicio.

En el conde de Stolberg habianse creado, durante su educacion primaria, sentimientos de religion que se iban robusteciendo con los años. Lájos de dejarse arrastrar por aquel espíritu de irreligion y de anarquía que desde la Francia, completamente trastornada, se iba esparciendo

en Alemania, trabajó constantemente en ponerle un dique. Con esta mira publicó, en tres tomos, una traduccion de los últimos discursos de Sócrates y de los mas sublimes diálogos de Platon, con notas, y con una epístola dedicatoria, dirigida á sus hijos.

Unióse á las almas nobles que acogieron á los emigrados franceses y que se esforzaron en mitigar los rigores de su destierro. En estas circunstancias fué en las que comenzó á dedicarse á materias de religion y á desentrañar la verdad sinceramente. Tuvo la oportunidad de entablar relaciones de amistad con la princesa de Gallitzin, condesa de Schmettau por nacimiento, quien, despues de haber residido en el Haya, donde desempeñaba el encargo de embajador su marido, se habia retirado á Munster y habia abrazado la religion católica. Esta dama, que tenia una sólida piedad y que estaba dotada de un entendimiento elevado, tenia frecuentes conversaciones con el conde, ya sobre puntos de religion, ya sobre materias literarias y filosóficas, y contribuyó mucho á fortificarle en sus pesquisas y á disipar la predisposicion que desde su edad pueril abrigara. Púsose el señor de Stolberg á estudiar la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia y los controversistas. A los principios no habia ido á buscar en los escritos de los Santos Padres mas que el mérito de la elocuencia y la fuerza del raciocinio; empero la detenida lectura de sus obras descubrióle lo antigua que era la doc-

trina católica y lo moderno que era el protestantismo. No trabajó, entre tanto, con precipitación el conde, y empleando en sus investigaciones todo aquel candor y toda aquella madurez inherentes á una alma recta, ocupóse, por espacio de muchos años, en rodearse de cuantas pruebas fuesen capaces de iluminarle. Con este fin entabló correspondencia epistolar con el señor Asseline, obispo de Boloña, que en aquella sazón se había ido á refugiar en Alemania; en ella expuso sus dudas al prelado, quien contestó con reflexiones que aparecen insertas en el tomo VI de sus *Obras selectas* y que recibió con la mayor gratitud el conde.

Sin embargo, quedábanle por vencer muchos obstáculos. El respecto humano, la pérdida de los títulos honoríficos que poseía y acaso también la de sus bienes, la burla de toda una familia, la de sus numerosos amigos y también la de sus compatriotas, la publicidad que iba á tener cualquier extraordinario paso que diese, todo esto habria retraído quizá á otra alma menos generosa que la suya; empero el conde de Stolberg se hizo superior á toda consideración humana, y después de siete años de exámen y de investigaciones rindió homenaje á la verdad suprema. Habiendo hecho dimisión de todos los empleos que el duque de Oldemburgo le tenía conferidos, trasladóse á Munster en compañía de su mujer, y ambos abjuraron allí el protestantismo en mayo de 1800. Dos fragmentos de cartas que á continuación vamos á insertar, de-

muestran cuánto era el fervor de los sentimientos que abrigaban.

Munster, mayo 16. 1800.

“Mi corazón y mi carne se han estremecido de júbilo en el Dios vivo; el pajarillo encuentra su morada, y la tórtola forma su nido para depositar en él sus hijuelos; vuestros altares, Dios de las virtudes, vuestros altares ¡oh mi rey y Dios mio! son el asilo donde ahora descanso en paz y en la alegría.

“He aquí, señora, he aquí los sentimientos de que debiera estar penetrada mi alma. Inundado de un torrente de santo júbilo, mi corazón debiera ser un templo en que las alabanzas del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, las alabanzas de Nuestro Señor Jesucristo incesantemente se oyesen, porque ha tenido misericordia de mí y Sofía y porque la tendrá de mis hijos. Ha visto con indulgente complacencia el deseo de conocer la verdad que yo tenía, deseo que él mismo había hecho nacer en mi alma. Ha atendido á las fervientes preces que le han dirigido por mí muchas personas justas, prosternadas al pié de los altares. Han caído de mis ojos como escamas en el momento en que mi corazón oponía una disposición de amargura y disgusto al maná celestial que hacia Dios que se me ofreciese.

“LEOPOLDO.

“Eutin, agosto 16, 1800.

No puedo expresaros cuan penetrado estoy de la grande idea de que Dios ha tenido á bien concedernos, á Sofía y á mí la gracia de hacernos entrar en su Iglesia; eso para nosotros es una felicidad constantemente nueva. ¡Jamás cesemos de alabar su nombre hasta que entonemos el nuevo cántico! Justísimo es que tanta dicha esté mezclada con un tanto cuanto de amargura, y en efecto, la situación en que nos hallamos abunda en ella. Huyen de nosotros; nos abandonan... Quisiera yo estar en Munster por que la posición que aquí guardamos es penosa, indeciblemente penosa. Conozco, sin embargo, que solo en mí consiste hacer que se conviertan en inmarcesibles rosas estas espinas; ¡que Aquel que se sirvió permitir que le coronase de abrojos, me conceda la gracia de que esa transformación se opere! ¡Ojala se digne domar mi rebeldía de naturaleza y hacerla llevar de buena voluntad el santo yugo de la cruz!... ¡Qué merced tan grande nos ha concedido el Altísimo! sea bendito su nombre para siempre.”

He aquí el retrato que la *Biografía universal* hace de este escritor ilustre. “Lleno de entusiasmo, dice, por todo aquello que era noble, recto y justo, el conde de Stolberg era sencillo y dócil como un niño; mostraba en el trato común cierto donaire y cierta bondad encantadora que se creía que en él solo podía encontrar-

se; de suerte que cuantos le rodeaban le respetaban y querían. La ofensa personal no le irritaba ni contenía su benevolencia; érale odiosa la mentira y jamás el mas leve ataque á la verdad maneció sus labios. Nadie se hubiera atrevido, en su presencia, á proferir palabras que menguasen de algun modo la reputacion del prójimo; su integridad, su paciencia y generosidad en el ejercicio de sus funciones, atrajéronse con justicia el cariño de todos los habitantes de la jurisdicción de su autoridad, en Oldemburgo, que le miraban como á un padre. Como sus necesidades eran pocas nada exigía para sí mismo, y siempre se veía la serenidad pintada en su frente y la satisfacción en su semblante.”

Parece natural que un hombre de semejante índole y que, á los cincuenta años de edad, hacia renuncia de los honores para seguir los impulsos de su conciencia, habia debido encontrar muestras de estimacion entre los protestantes, ó siquiera testimonios de tolerancia. Sin embargo, el paso que dió excitó asombro en unos y aborrecimiento en otros. El conde de Schmettau, hermano de la princesa de Gallitzin, escribióle manifestándole su sorpresa. El señor de Stolberg se limitó á contestarle terminantemente que habia visto al protestantismo desplomarse y que no habia podido cerrar los ojos á la esplendente luz que derrama el catolicismo por medio de su antigüedad y de su doctrina. Lavater, que estaba en relaciones con el conde y que no se encontraba muy dis-

tante de abrazar la religion católica, como lo acredita una prosa latina llena de uncion y de piedad que compuso en honor de la santa Virgen y que se citó en el *Católico* de Maguncia, Lavater fué, de entre todos los protestantes, el que hizo mas justicia al señor de Stolberg, y aun parece que elogió un paso que el no tuvo el suficiente valor de imitar; pero los demás de la secta desatáronse contra él de una manera inconcebible. El que con mayor vehemencia le atacara, tanto durante su vida como despues de muerto, fué un amigo suyo desde la infancia, el consejero Voss, hombre de quien habia asegurado hasta la existencia fisica proporcionándole el honroso empleo que desempeñaba. El nuevo converso manifestó en esta ocasion tanta moderacion como cordura, y no habló de su petulante adversario sino con una generosidad verdaderamente cristiana.

El conde, despues de su conversion, se ausentó de Eutin y se domicilió por espacio de doce años en Munster ó en sus inmediaciones; luego se fué á vivir en el condado de Ravensberga, y en fin en el castillo de Sondermuhlen, país de Osnabruck. Tuvo la satisfaccion de ver á todos sus hijos seguir su ejemplo; los que se hallaban ya en la edad de la razon abrazaron tambien la religion católica y los demás fueron criados y educados con arreglo á los principios de la misma. Sola un hija de su primer matrimonio, que se habia casado con el conde Stolberg-Wernigerode, perseveró en el protestan-

tismo. Inútil parece decir que el señor de Stolberg se condujo con arreglo al paso que diera en todos los actos de su vida; fué estritamente fiel á la observancia de los prácticos religiosos. Desde entonces sus trabajos tomaron un carácter mas grave, en asuntos de religion fué en lo que principalmente se ocupara. Tradujo al alemán dos escrito de San Agustin, el *De la verdadera religion* y el *De las costumbres de la Iglesia cristiana*. Pero la mas importante de sus obras es la *Historia de la religion de Jesucristo*, que apareció por primera vez en Hamburgo, en 1806, y que tuvo sucesivamente cinco reimpressiones.

El último año de su vida viéndose acometido hasta en su honor, por el consejero Voss, mas furiosamente que nunca, creyó que no debia dejar de contestarle, empero lo hizo con una moderacion rara. Sentia decir, hablando sobre este particular con sus amigos, verse obligado á demostrar la falsedad de las imputaciones de su adversario, y temia que se sospechase que abrigaba con respecto á él un tanto de resentimiento. La enfermedad que se atacara y que fué acasionada, en muchas partes, por el gran pesar que sentia de verse tan calumniosamente ultrajado por un hombre á quien aun en aquella razon daba la denominacion de amigo, le impidió acabar este escrito que terminó y publicó su hermano bajo el título de *Breve refutacion de lo que asienta el consejero Voss*.

La muerte del conde de Stolberg fué digna

de su vida. El abate Kellerman, apreciable eclesiástico que habia sido ayo de sus hijos y que ocupaba entonces un curato en Munster, habiendo ido à pasar algunos dias à Sondermühlen à fines de noviembre de 1819, pareció haber sido enviado por la providencia para dar los últimos consuelos al conde. El día siguiente al de su llegada, el señor de Stolberg cayó enfermo. Habiéndose llamado á un médico de las inmediaciones de Osnabrueck, y habiendo sido este de opinion que la enfermedad era de muerte, inmediatamente manifestó el conde el deseo de recibir los sacramentos, los cuales se le administraron en la noche del 3 al 4 de diciembre. Quiso levantarse á fin de adorar de rodillas al Santo Sacramento, y era tal el fervor de su fé que edificó á todos los concurrentes. Seis horas antes de morir mandó llamar á todos sus hijos y les dirigió la palabra en conjunto y luego á cada uno en particular. Encargóles que orasen por los difuntos, que permaneciesen firmes en la religion católica y que se conservasen unidos. Con bastante frecuencia, antes de que cayese enfermo, habiales exhortado á que perdonasen su proceder al conde Voss; repitióles lo mismo antes de recibir el viático y la extremauncion. “No nos es licito, les dijo, desprendernos de la obligacion de orar por él.” Despues nada habló ya de este adversario, y no pensó mas que en la eternidad. Sintiendo que le iban faltando las fuerzas pidió que le rezase las preces de los agonizantes

que su hija Julia y su confesor se pusieron á decir á su lado; y habiéndoles el llanto embargado la voz, el mismo moribundo continuó las preces. Sus postreras palabras fueron las de *¡Alabado sea Jesucristo!* Murió unos cuantos instantes despues de haberlas proferido, el 5 de diciembre de 1819, hácia las siete de la noche, á la edad de sesenta y nueve años. El mismo habia compuesto su epitafio que estaba concebido en estos términos *Aquí yace Federico Leopoldo de Stolberg, que nació el 7 de noviembre de 1750, y falleció el. . . Dios ha amado en tal grado al mundo, que ha dado su hijo único á fin de que el que crea no perezca sino que alcance la vida eterna.* Prohibió á su familia que agregase una sola sílaba á este epitafio porque, decia, cuando se trata de la eternidad es necesario guardar silencio sobre todo lo que es perecedero. Enterrósele en Stockampen, en Prusia por haberlo él así pedido, al lado de uno de sus hijos, Francisco Stolberg, que habia muerto el 29 de marzo de 1815, á la edad de 13 años y que en tan tierna edad manifestaba una inocencia de costumbres, una disposicion á la piedad y una resignacion verdaderamente interesantes.

EISENBACH.

El doctor H. Eisenbach era uno de los mas distinguidos profesores de la universidad de Tubinga, y abrazó la fe católica en 1833. He aquí en que términos refiere él mismo su conversion.

“Nací el 29 de mayo de 1795, en Bietigheim del Wurtemberg, donde mi padre desempeñaba el empleo de gran baile, y después de haber terminado mis estudios pasé á Tubinga por haber sido mi padre trasferido al tribunal superior de esta ciudad. Apasionado á las matemáticas desde mis infantiles años, abandoné después de haber fallecido mi padre, el estudio del derecho, que estaba él empeñado en que siguiese, y emprendí algunos viajes durante los cuales me dediqué mucho á aprender los idiomas modernos. Cuando hube regresado, no encontrando carrera alguna en la cual pudiese ejercitar mis conocimientos en matemáticas, puseme á traducir algunos libros. Varias obras históricas que traduje con algun buen éxito, proporcionáronme la oportunidad de estudiar á fondo la historia, de suerte que mas adelante compuse yo mismo algunas obras de este género.

El año de 1823 nombróseme profesor para la

escuela de aplicacion de Tubinga, y en el 1826 entré en la universidad de la misma ciudad para enseñar en ella las lenguas modernas y la literatura de éstas. Un mal de ojos que me duró muchos años me impidió continuar mis tareas en esta clase de enseñanza y vine en la necesidad de buscar otra colocacion que conseguí el año de 1830 en la escuela de aplicacion é industria de Stuttgard. Como iba en aumento mi dolencia hizoseme imposible cumplir los deberes de mi empleo, y habiendo logrado que se me concediese una licencia, me retiré á Gmund, en la Suecia, para ocuparme exclusivamente en la curacion de mis males. Después de una permanencia de cinco meses en el último punto citado, recibí una comunicacion oficial en la cual se me daba aviso de que quedaba depuesto de mi empleo; volvíme despues á Tubinga, y allí, el dia 1 de Febrero fui admitido en el seno de la Iglesia católica romana de la cual se habian separado mis mayores en este momento lamentable.—Esto en cuanto á los sucesos exteriores de mi vida.

Para presentar, por lo que hace á mi vida interior, los convenientes datos, véome obligado á manifestar, antes de todo, que el orgullo era mi pasion dominante. El orgullo, era al menos por lo relativo á mi individuo, era el móvil principal de todas mis acciones.

Lo que alimentaba esta pasion en mí era la lectura de los autores clásicos de la antigua Roma, que ya, en la época de mis primeros es-

tudios, meditaba yo no solo en cumplimiento de mi deber sino como la mas grata ocupacion á que me pudiera dedicar en mis horas de ocio; de suerte que se volvió el bello ideal, para mí la virtud de los romanos. Enardeciaseme el corazon al meditar que algun dia, por medio de mis esfuerzos y de mis sacrificios, podia contribuir esencialmente á algo grande y noble. Este algo figurábaseme, ya que habia de ser en política, ya en alguna accion moral cualquiera. A decir verdad, ambicionaba yo los elogios del mundo, empero contentábame tambien con la tranquilidad de mi propia concienciencia cuando podia hacer algun bien en lo reservado; porque ante todas cosas procuraba adquirir el derecho de poderme admirar á mi mismo. Con el transcurso de los años uno que otro experimento llegó á producir el efecto de enfriar la pasion que habia habido en mí de acometer empresas grandiosas; empero continuaba aspirando á la gloria de que se me tuviese por un hombre útil á la sociedad y de una probidad rigurosa. Sin embargo, cuando me pareció percibir que mis obligaciones eran inconciliables entre sí y que otras veces, por humana flaqueza no me era posible cumplir con ellas, desalentéme, murmuré contra el órden en que está dispuesto este mundo, desesperé de poder llegar á ser virtuoso y dejéme ir á la disipacion y á la indiferencia. Estos estravíos venian á ser la consecuencia falsa del principio sobre el cual fundaba mi virtud, principio que debia despo-

jar de todo mérito á cuantos bienes hubiera sido capaz de hacer, supuesto que al practicarlos ningun otro fin me proponia mas que el de deificarme á mí propio.

“La misma pasion fué el origen de casi todos mis errores, y de estos errores la incredulidad fué uno de los principales. Por arrogancia juvenil, por gana de consumir alguna cosa extraordinaria, comencé desde muy temprano á desechar ciertas verdades del cristianismo, pero vime en breve castigado de la temeridad con que de la fé me desviaba. El cristianismo entero perdió para mí su conjunto, y la fé perdida no se reparaba con ningun humano raciocinio; ninguna prueba histórica ni filosófica me satisfacía. En vano procuraba yo por medio de esfuerzos mentales detener lo que se me escapaba; en vano oraba y derramaba lágrimas de vez en cuando por espacio de horas enteras; para no ponerme en contradiccion con mi propia razon, segun yo me lo imaginaba, fuéme necesario abandonar absolutamente al cristianismo.

Por lo demás, si desechaba las verdades del cristianismo no era por que para mí fuesen incomprendibles. La naturaleza, la cual habia estudiado, presentábame misterios impenetrables para la razon y que era necesario admitir sin embargo, como por ejemplo la atraccion de los cuerpos celestes. No podia yo pues desechar la palabra de Dios por este motivo; pero considerando la cuestion bajo el punto de vista protestante, ¿quién era capaz de convencerse á

no dudarle de que era en realidad la palabra de Dios la Escritura? y suponiendo que lo fuese, ¿quién me garantizaba la integridad de ella? Ya que Lutero ha declarado que son apócrifos ciertos libros, ¿por que otros no habian de tener el derecho de declarar apócrifos este ó aquel libro, este ó aquel pasaje?

Por otra parte, ¿quién me podría asegurar cual era el verdadero sentido de ellos? Remitiásemme á mi razon, y mi razon creia haber descubierto en la Escritura innumerables contradicciones. Estas dudas me parecieron insolubles, y me hicieron desconocer la divinidad y la infalible verdad de la Escritura; y cualquiera que, siguiendo los principios del protestantismo, deseehe la tradicion y la autoridad de la Iglesia, vendria necesariamente á parar en esto si es consecuente con sus ideas. Los libros y los hombres á quienes pedia alguna solucion no me presentaban sino artificiosos sofismas ó pruebas muy superficiales, la mayor parte de las cuales giraban en el mismo circulo; además, la manera acrimoniosa con que se sostenian por lo comun estas proposiciones, hizome del todo desistir de hablar de esa materia. Para un hombre que camina por esa falsa senda, solo un milagro extraordinario puede concederle la gracia de reconocer la verdad como tal; pero querer que se opere un milagro es una temeridad en aquél para quien el camino de la verdad se halla abierto. *Fides fidelibus signa infidelibus*: la fe para los fieles y los milagros para los infieles

En este sentido, reconozco de todo corazon que la Iglesia católica, siendo la via que el mismo Dios tiene prescrita, es la única que salve, y que fuera de ella no hay salvacion, á no ser que la gracia de la infinita misericordia opere un portento mucho mas extraordinario todavía que el que opere con sus instituciones la Iglesia. Léjos estoy, sin embargo, de querer juzgar ni aun condenar, á aquellos de mis hermanos que viven fuera del seno de la Iglesia católica; por el contrario, ruego al Dios bondadosísimo que les conduzca al conocimiento de la verdad por medios que tan solo él conoce."

"Vine salvo de este estado de incredulidad y de incertidumbre de un modo verdaderamente extraordinario.

"Lo que á continuacion se va á leer, fué la primera circunstancia que dió motivo á que me salvara. Yo tenia deseos de alcanzar un objeto del cual juzgaba que dependia toda mi ventura y que tenia enagenadas todas las potencias de mi alma; parecíame que no tenia mas que hacer que tender la mano para asirme de aquel objeto, cuando en aquel mismo momento estubo á punto de escapásemme para siempre. Hice entonces lo que un enfermo deshauciado, que desprecia el remedio del charlatan y que sin embargo lo emplea luego que ve que no puede perjudicarle. Yo sabia que en idénticos casos hacen votos muchos católicos y habia oido decir que muchos de ellos, al menos á lo que creian, habian visto cumplidos por este medio

los deseos. Sin creer en esto muy de veras, ofrecí, si lograba mi objeto, un obsequio á la santa Virgen y á su madre Santa Ana. Lo que hizo que me decidiese á elegir estas Santas fué un alegre festin de familia al cual habia concurrido yo poco tiempo hacia, durante el cual estos fueron los primeros nombres que en la memoria se me gravasen. Inmediatamente despues de haber pronunciado mi voto, tuve, como por una inspiracion, uno de aquellos pensamientos felices que haciendo que las circunstancias variaran inesperadamente de aspecto, destruyó repentinamente el obstáculo que hasta entonces se habia mostrado inesperable, y me aseguró una victoria que al parecer no habria debido obtener nunca. Si Jesucristo concede muchas veces, en virtud de las súplicas que se le dirigen, en beneficio, pero beneficio que nos es indispensable, como lo hizo con los convidados de Caná, para que se alcance por medio de él un fin espiritual, juzgo que no se me echará en cara que haya sido ocasionada mi conversion por un beneficio temporal. Por otra parte, puedo decir con toda confianza que mi fé hoy no está fundada en eso, por que el bien que tan temerariamente pedí me fué mas adelante arrebatado, aunque no lo llegué á perder sino cuando mi fé estaba de tal modo cimentada sobre sólidas bases que ya no consideraba la desaparicion de aquel bien como un castigo que se me aplicaba por inclinarme al catolicismo.

“Una coincidencia tan súbita é inesperada del

cumplimiento de mi deseo con el voto que me propusiera, tenia para mí algo de portentoso; sin embargo familiarizado con las ilusiones que uno se forma en idénticos casos, no miraba esta coincidencia sino como una casualidad venturosa. No obstante esta suposicion resolví cumplir con mi voto, pues siempre tuve á punto de honor cumplir estrictamente con mi palabra aun cuando se tratase de quimeras. El bien temporal que habia alcanzado parecia deberse llamar don del cielo, supuesto que era superior á mis mas audaces esperanzas: fué motivo para que admitiese la resistencia de alguna suprema influencia y quise hacer mas aun de aquello que tenia ofrecido. Aprovechóse de ésto la divina gracia para conducirme mas léjos

“Con la intencion de hacer mas de lo que habia ofrecido, é impelido tambien por cierta vaga idea de que en el sentir de los católicos se podia de aquella manera hacer algo agradable á los santos, asistí al santo Sacrificio de la misa. Aquella era la primera vez que lo hacia por motivo laudable. Aquel paso era una impresion muy singular en mi; sentíame trasportado de un modo verdaderamente portentoso. Tal sentimiento no procedia sin duda alguna de la impresion de los sentidos ni del encanto de la novedad, en primer lugar por que el oficio divino se celebra en Stuttgart sin pompa y con una sencillez estremada, y que mi corta vista me impedia ver lo que en el altar pasaba, y en segundo lugar porque durante mis viajes ha-

bia asistido, en París y en algunas ciudades grandes de Alemania, á festividades muy solemnes en una época en que incomparablemente era mas sensible á la música. Todavía esta vez la asistencia á la misa no habia sido para mí, al principio, mas que una pura ceremonia mas que una obra estérna; empero cuando de ella salí estaba lleno de una verdadera devoción y de deseos de volver cuanto antes. Cada vez que asistí á ella en lo sucesivo recibí el premio de este acto con cierto aumento de mis disposiciones religiosas, nunca me retiré de oír la santa misa sin haber tomado algunas buenas resoluciones, y sobre todo cada vez recibia un vigor para cumplirlas que en vano habia deseado tener anteriormente.

“Por prudencia, y tambien por temor de que esta energía fuese efecto de un entusiasmo transitorio, no quise comunicar mis disposiciones á otros ni satisfacer la necesidad que sentia de instruirme mas á fondo, cuando por Navidad del año 1831 dos catálogos que ví llamaron mi atención hácia dos obras: una era el *Ave María* de Silbert y la otra una traduccion alemana de la santa misa. Si el excelente prefacio de la última me dió á conocer la profunda significacion del santo sacrificio y el modo de asistir á él como es debido, encontré en el primero un inapreciable tesoro de las mas magníficas preces, cada una de las cuales, dicha con devoción me fortificò esencialmente en el bien obrar ò me arrancó de tentaciones peligrosas.

“Acaso me habria limitado todavía, por espacio de mucho tiempo, á continuar en mis devociones católicas en secreto, con tanta mas razon cuanto que mis ideas, que eran por otra parte demasiado débiles todavía, podian excitar en mí contra la aversion de mis amigos los protestantes, y perjudicar directamente á mi individuo; fué pues necesario que la Providencia me condujese hácia el fin involuntariamente. Tenia tal amor á la Madre de Dios que no podia menos de sentir descontento al oír pronunciar tan rara y tan friamente su nombre en el púlpito. Juzgué que podría, en un lugar que estuviere habitado principalmente por católicos, aprender mejor el verdadero modo de adorarla. Abandonandome al acaso marchéme el juéves santo de 1832, para Gmund en Suavia, y asistí allí el mismo día al oficio divino en la Iglesia parroquial, sin sentir en mí, ni interior ni exteriormente, emocion alguna extraordinaria. Disgustado de mi viaje, disponíame á salir de Gmund cuando me vino el pensamiento, tanto por curiosidad cuanto porque me imaginé que podria recibir alguna edificacion, de visitar al célebre lugar de peregrinacion denominado la Montaña del Salvador, en la prolongacion de la cual están las estaciones del viacrucis en forma de capillas. Liénase aquel lugar de reuniones de almas fieles, especialmente el día en que la muerte del Redentor se conmemora. Todos estan en pié ó puestos de rodillas, segun el corazon de cada cual le inspira, delante de

imágenes que por la impresion sensible que producen, contribuyen infinitamente á elevar el ánimo hácia Dios y á hacerle meditar con ternura en la pasion y en la caridad vehemente del Salvador de la especie humana.

“Para la inteligencia de lo que sigue debo advertir qué, á pesar de los esfuerzos que tenia hechos para progresar en la fé, los méritos de Jesucristo habian permanecido incomprensibles para mí en lo que tienen de extraordinario.

“Ciertas extrañas ideas de mofa apoderáronse de mi mente al dar principio á las estaciones. Estábame delante de ellas porque veia que los demás allí se detenian, y rezaba una que otra plegaria. Empero repentinamente sentí una influencia llena de bendicion y conoé que se cumplian aquellas palabras del Salvador que dicen: “Allí donde hubiere dos ó tres, reunidos en mi nombre, estaré yo en medio de ellos.” La importancia de la pasion de Jesucristo á la vez que lo que tiene de terrible, presentóse claramente en mi ánimo, al menos con la suficiente claridad para vencer mis dudas, aunque todavía no me era posible explicar mis ideas distintamente. Esto me sucedió cuando llégué á la estacion en que se trata de la coronacion de espinas. En la siguiente, en la que Pilato presenta al Salvador al pueblo, sobrecogiome un profundísimo sentimiento de la debilidad de mi inteligencia, de mi infinita indignidad y de la insensatez con que me habia conducido hasta entonces. En esta humillante situacion toda-

vía intenté contender con Dios presentándole en mi defensa la imposibilidad en que estaba de vencer mi propia flaqueza; me sentí agobiado sobre todo, de un pusilámine temor de no poder alcanzar el bien en todos los dias de mi vida. Las últimas dudas que abrigaba desaparecieron en virtud de una gracia que me fué concedida al llegar á la estacion siguiente, en que ví al Salvador caido por tierra bajo el peso de la cruz, lo cual eché de ver que era un aviso de que no debemos desesperar del perdon aun después de haber reincido en el pecado.

“En la festividad de Pascuas visité de nuevo la iglesia de Stuttgart que estaba llena de curiosos y de fieles. Durante la misa mayor, un campesino que estaba delante de mí, á una corta distancia, arrodillóse en medio de la nave; aquel hombre, visto por detrás, presentaba un no sé que de excesivamente grotesco, y allá en mi corazon su sencilla devocion me causaba risa; pero al instante arrepentime y vinome el deseo de poder ser devoto de una manera tan perfecta; arrodilléme sobre mi asiento y púseme á suplicar encarecidamente á Dios que se sirviese concederme una parte de la ferviente oracion del campesino. Acontecia esto después de la consagracion, y la gracia, que en aquella sazón se hallaba mas particularmente presente, me inundó y conmovió en tal extremo que no me averguenzé de verter delante de todos, abundantes lagrimas,

“Algún tiempo después empeoréme tanto de

los ojos que me ví en la necesidad de interrumpir el ejercicio de mis funciones y de irme á vivir al campo. Mi primer deseo fué sin duda el de domiciliarme en algun paraje católico; pero mi mansion en una ciudad de nuestro reino, donde esta religion se profesase, no era en manera alguna compatible con ciertos planes que tenia formados para el caso en que viniese á quedar en completa incapacidad de volver á ejercer mis funciones. Sin embargo, el viaje que emprendi volviome á conducir á Gmund, donde el mal tiempo me detuvo, y resolví pasar allí unos dos ó tres meses. . . .

“Las distracciones y los pasatiempos necesarios para mí debilitada vista, acumulábanse en derredor de mí en aquella ciudad hospitalaria y animada; aprovechéme y no dejé pasar un día sin entregarme á todos los placeres licitos que la sociedad proporciona.

“Entre tanto no descuidaba yo la salvacion de mi alma; mi primer acto de piedad fué una romería que hice á la Montaña del Salvador para tributar accion de gracias. En breve procuré entablar relaciones con algunos eclesiásticos de allí á quienes indiqué los deseos que tenia de conocer mas de cerca su Iglesia. La conducta que para conmigo observaron me demostró cuan infundada es la opinion vulgar de que todos los sacerdotes no perdonan medio de formar prosélitos. No pusieron obra alguna en mis manos, ni apologética ni polémica, y si solo los catecismos con los cuales se instruye el pue-

blo. Exhortáronme seriamente á no dar paso alguno sino despues de que hubiese muy detenidamente reflexionado. De suerte que por este lado debo, en obsequio de ellos confesar, que no emplearon ningun artificio para predisponerme, ni intervinieron en modo alguno en mi conversion. Su vida y conducta ejemplares edificáronme todavia mas que sus palabras. Otros eclesiásticos hubo que me proporcionaron tambien grandes consuelos con sus predicaciones, á pesar de que, por falta de oportunidad á ninguno de ellos habia confiado mi secreto.

“Mi conviccion iba cada dia en mayor y mayor aumento, pero era todavia demasiado débil para inducirme á comprometer la posicion política que ocupaba; esta vez tambien vino la Providencia á libertarme del combate que sobre este particular interiormente sostenia. Empeoráronseme los ojos en tal grado qu abrigaba ya la certidumbre de que perderia la vista y con ella mi empleo. Empezé pues á tomar parte mas libremente en las ceremonias exteriores de los católicos. Un inesperado remedio me devolvió la vista y regresé á la universidad de Tubinga, habiendo perdido en este tiempo, mi empleo en Stuttgart.

“Hallábase mi fé apoyada mas bien en experimentos interiores que en pruebas racionales, y hacia ya mucho tiempo que, en la prosperidad y en el infortunio, en las tentaciones vencidas y en las tentaciones victoriosas, se me ha-

bia conservado inalterable, ayudándome, levántandome y consolándome; habia hecho nacer tan buenas resoluciones en mí, me habia tan vigorosamente ayudado á cumplir con ellas, habia mejorado tanto mi corazon y mi inteligencia, que ya no me era dable considerar todo esto como ilusion de mi ánimo, y juzgaba que era un deber en mí hacer una pública profesion de un objeto que tantos bienes me produjera. Comunicué mi resolución á los profesores de nuestra facultad teológica, quienes seriamente me aconsejaron que no diese paso alguno precipitado; y viendo que estaba fuertemente decidido presentáronme todavía en pocas palabras varias importantes pruebas para mas intimamente convencerme.

Instruido sobre la manera en que habia de hacer mi abjuracion dirigime á la casa del señor Pressel, ministro protestante que habia sido hasta entonces mi guia. El aprecio que yo tenia y que conservo aun á aquel ministro venerable y verdaderamente piadoso, hacia que aquel primer paso fuese para mí penosísimo. La manera apacible y reflexiva con que combatió mis nuevas ideas, la sincera amistad con que me deseó la bendicion de Dios al despedirme, han en grado tal aumentado mi amor y mi veneracion hácia él que no puedo dejar de presentarle este público testimonio despues de habernos separado. Un nuevo y detenido exámen, al cual me provocara, no pudo alterar mi conviccion en lo mas leve, y cumplí por fin con las demás formalidades de aquel acto importante.

“Cuando la instruccion que habia de recibir se hubo terminado; hice públicamente mi profesion de fé el 1.º de Febrero de 1833, y se me autorizó en toda forma á participar del inapreciable beneficio de los medios de salvacion que se han conferido á la Iglesia. Es cierto que esta profesion de fé no se anunció anticipadamente, por no mortificar á los que hasta aquel dia habian sido mis correligionarios, pero tampoco se hizo como lo dijeron los rumores que de luego á luego corrieron, á media noche y á puerta cerrada, sino á las ocho de la mañana, inmediatamente despues de la primera misa, en una iglesia que estaba abierta á todo el mundo, y en presencia de sobre cincuenta espectadores. Tampoco anatematizé, como se ha dicho, á mis padres y hermanos; pues ni juzgué, ni consideré á ninguno; lo único que hice fué declarar que todas aquellas doctrinas que la Iglesia desecha, anatematiza y condena, yo tambien las desechaba, anatematizaba y condenaba.

“El 1.º de febrero en la tarde hice una confesion general de los pecados que durante mi vida pasada cometiera. Tenia que revelar graves y numerosas culpas, y no sabia si antes de proferirlas espiraria la voz en mis labios: empero supliqué con anticipacion á Cristo, presente en la Santa Eucaristia; invoqué á la Santísima Virgen María, á San José, á Santa Ana, á los santos apóstoles Pedro y Pablo; á todos los santos y al ángel de mi guarda, que me librasen de la desgracia de ir á cometer algun pe-

cado en aquel momento solemne, y que me concedieron que nada callase á sabiendas. Con vacilante paso, pero con una confianza filial en la bondad divina, acerquéme al confesonario, y allí esperimenté de nuevo la eficacísima virtud de la gracia, sin sentirme cortado de vergüenza, y en general sin necesidad del menor esfuerzo: confesé todos los errores de mi vida, y despues de haber recibido la absolucion, me volví á mi casa con la firme confianza de que todos mis pecados quedaban perdonados. El dia siguiente por la mañana, tuve lá indecible felicidad de verme incorporado á la sociedad real de Jesucristo y de su Iglesia, por medio de la recepcion de la Santísima Eucaristia, y sentí des-
arrollarse en mí, con la práctica de las virtudes, una energía por la cual en vano habia suspirado hasta entonces.”

SILVIO PELLICO.

¿Quién no ha oido hablar de Pellico, de el suave y lastimero acento que, desde el tenebroso rincón de un calabozo, nos habla de las inefabables dulzuras, de las hechiceras armonias de la santa religion católica? El lugar de tan eminente escritor, cuyas páginas, que están lle-

nas de un purísimo amor hácia Dios y para con los hombres, han conducido á tantas almas á la senda de la verdad, estaba señalado en nuestra coleccion de antemano. Vamos á limitarnos á extraer de sus escritos algunos pasajes que no podrán menos de inspirar el deseo de conocer mejor á un autor tan puro y tan profundamente cristiano.

“¡La primera vez que despertamos en una cárcel es cosa horrible! ¡Será posible! díjeme haciendo memoria del lugar en que me encontraba; ¡será posible! ¡yo aquí! ¡y que esto no sea un sueño! ayer me prendieron, ayer me sometieron á ese largo interrogatorio que habrá de proseguir mañana... ¡Y cuando tendrá término?... ¡Ayer noche fué cuando, antes de dormirme, lloré pensando en mis padres!

El sosiego, el silencio absoluto, el breve sueño que habia reparado las fuerzas de mi mente parecian haber hecho cien veces mayor en mí la posibilidad de padecer. En medio de esta total carencia de distracciones, la afliccion de todos aquellos seres á quienes amaba, y sobre todo la de mi padre y de mi madre cuando llegase á saber mi prendimiento, pintábase en mi imaginacion con increíble fuerza.

En este instante, decíame para mí, están durmiendo todavía tranquilos, ó están despiertos y acaso piensan con satisfacción en su hijo! ¡léjos están de sospechar donde me hallo! ¡Oh cuán venturosos serian con que les sacase Dios de este mundo antes de que llegase á Turin la noti-

tudios, meditaba yo no solo en cumplimiento de mi deber sino como la mas grata ocupacion á que me pudiera dedicar en mis horas de ocio; de suerte que se volvió el bello ideal, para mí la virtud de los romanos. Enardeciaseme el corazon al meditar que algun dia, por medio de mis esfuerzos y de mis sacrificios, podia contribuir esencialmente á algo grande y noble. Este algo figurábaseme, ya que habia de ser en política, ya en alguna accion moral cualquiera. A decir verdad, ambicionaba yo los elogios del mundo, empero contentábame tambien con la tranquilidad de mi propia concienciencia cuando podia hacer algun bien en lo reservado; porque ante todas cosas procuraba adquirir el derecho de poderme admirar á mi mismo. Con el transcurso de los años uno que otro experimento llegó á producir el efecto de enfriar la pasion que habia habido en mí de acometer empresas grandiosas; empero continuaba aspirando á la gloria de que se me tuviese por un hombre útil á la sociedad y de una probidad rigurosa. Sin embargo, cuando me pareció percibir que mis obligaciones eran inconciliables entre sí y que otras veces, por humana flaqueza no me era posible cumplir con ellas, desalentéme, murmuré contra el órden en que está dispuesto este mundo, desesperé de poder llegar á ser virtuoso y dejéme ir á la disipacion y á la indiferencia. Estos extravíos venian á ser la consecuencia falsa del principio sobre el cual fundaba mi virtud, principio que debia despo-

jar de todo mérito á cuantos bienes hubiera sido capaz de hacer, supuesto que al practicarlos ningun otro fin me proponia mas que el de deificarme á mí propio.

“La misma pasion fué el origen de casi todos mis errores, y de estos errores la incredulidad fué uno de los principales. Por arrogancia juvenil, por gana de consumir alguna cosa extraordinaria, comencé desde muy temprano á desechar ciertas verdades del cristianismo, pero vime en breve castigado de la temeridad con que de la fé me desviaba. El cristianismo entero perdió para mí su conjunto, y la fé perdida no se reparaba con ningun humano raciocinio; ninguna prueba histórica ni filosófica me satisfacía. En vano procuraba yo por medio de esfuerzos mentales detener lo que se me escapaba; en vano oraba y derramaba lágrimas de vez en cuando por espacio de horas enteras; para no ponerme en contradiccion con mi propia razon, segun yo me lo imaginaba, fuéme necesario abandonar absolutamente al cristianismo.

Por lo demás, si desechaba las verdades del cristianismo no era por que para mí fuesen incomprendibles. La naturaleza, la cual habia estudiado, presentábame misterios impenetrables para la razon y que era necesario admitir sin embargo, como por ejemplo la atraccion de los cuerpos celestes. No podia yo pues desechar la palabra de Dios por este motivo; pero considerando la cuestion bajo el punto de vista protestante, ¿quién era capaz de convencerse á

no dudarle de que era en realidad la palabra de Dios la Escritura? y suponiendo que lo fuese, ¿quién me garantizaba la integridad de ella? Ya que Lutero ha declarado que son apócrifos ciertos libros, ¿por que otros no habian de tener el derecho de declarar apócrifos este ó aquel libro, este ó aquel pasaje?

Por otra parte, ¿quién me podría asegurar cual era el verdadero sentido de ellos? Remitiásemme á mi razon, y mi razon creia haber descubierto en la Escritura innumerables contradicciones. Estas dudas me parecieron insolubles, y me hicieron desconocer la divinidad y la infalible verdad de la Escritura; y cualquiera que, siguiendo los principios del protestantismo, deseehe la tradicion y la autoridad de la Iglesia, vendria necesariamente á parar en esto si es consecuente con sus ideas. Los libros y los hombres á quienes pedia alguna solucion no me presentaban sino artificiosos sofismas ó pruebas muy superficiales, la mayor parte de las cuales giraban en el mismo circulo; además, la manera acrimoniosa con que se sostenian por lo comun estas proposiciones, hizome del todo desistir de hablar de esa materia. Para un hombre que camina por esa falsa senda, solo un milagro extraordinario puede concederle la gracia de reconocer la verdad como tal; pero querer que se opere un milagro es una temeridad en aquél para quien el camino de la verdad se halla abierto. *Fides fidelibus signa infidelibus*: la fe para los fieles y los milagros para los infieles

En este sentido, reconozco de todo corazon que la Iglesia católica, siendo la via que el mismo Dios tiene prescrita, es la única que salve, y que fuera de ella no hay salvacion, á no ser que la gracia de la infinita misericordia opere un portento mucho mas extraordinario todavía que el que opere con sus instituciones la Iglesia. Léjos estoy, sin embargo, de querer juzgar ni aun condenar, á aquellos de mis hermanos que viven fuera del seno de la Iglesia católica; por el contrario, ruego al Dios bondadosísimo que les conduzca al conocimiento de la verdad por medios que tan solo él conoce."

"Vine salvo de este estado de incredulidad y de incertidumbre de un modo verdaderamente extraordinario.

"Lo que á continuacion se va á leer, fué la primera circunstancia que dió motivo á que me salvara. Yo tenia deseos de alcanzar un objeto del cual juzgaba que dependia toda mi ventura y que tenia enagenadas todas las potencias de mi alma; pareciame que no tenia mas que hacer que tender la mano para asirme de aquel objeto, cuando en aquel mismo momento estubo á punto de escapásemme para siempre. Hice entonces lo que un enfermo deshauciado, que desprecia el remedio del charlatan y que sin embargo lo emplea luego que ve que no puede perjudicarle. Yo sabia que en idénticos casos hacen votos muchos católicos y habia oido decir que muchos de ellos, al menos á lo que creian, habian visto cumplidos por este medio

los deseos. Sin creer en esto muy de veras, ofrecí, si lograba mi objeto, un obsequio á la santa Virgen y á su madre Santa Ana. Lo que hizo que me decidiese á elegir estas Santas fué un alegre festin de familia al cual habia concurrido yo poco tiempo hacia, durante el cual estos fueron los primeros nombres que en la memoria se me gravasen. Inmediatamente despues de haber pronunciado mi voto, tuve, como por una inspiracion, uno de aquellos pensamientos felices que haciendo que las circunstancias variaran inesperadamente de aspecto, destruyó repentinamente el obstáculo que hasta entonces se habia mostrado inesperable, y me aseguró una victoria que al parecer no habria debido obtener nunca. Si Jesucristo concede muchas veces, en virtud de las súplicas que se le dirigen, en beneficio, pero beneficio que nos es indispensable, como lo hizo con los convidados de Caná, para que se alcance por medio de él un fin espiritual, juzgo que no se me echará en cara que haya sido ocasionada mi conversion por un beneficio temporal. Por otra parte, puedo decir con toda confianza que mi fé hoy no está fundada en eso, por que el bien que tan temerariamente pedí me fué mas adelante arrebatado, aunque no lo llegué á perder sino cuando mi fé estaba de tal modo cimentada sobre sólidas bases que ya no consideraba la desaparicion de aquel bien como un castigo que se me aplicaba por inclinarme al catolicismo.

“Una coincidencia tan súbita é inesperada del

cumplimiento de mi deseo con el voto que me propusiera, tenia para mí algo de portentoso; sin embargo familiarizado con las ilusiones que uno se forma en idénticos casos, no miraba esta coincidencia sino como una casualidad venturosa. No obstante esta suposicion resolví cumplir con mi voto, pues siempre tuve á punto de honor cumplir estrictamente con mi palabra aun cuando se tratase de quimeras. El bien temporal que habia alcanzado parecia deberse llamar don del cielo, supuesto que era superior á mis mas audaces esperanzas: fué motivo para que admitiese la resistencia de alguna suprema influencia y quise hacer mas aun de aquello que tenia ofrecido. Aprovechóse de ésto la divina gracia para conducirme mas léjos

“Con la intencion de hacer mas de lo que habia ofrecido, é impelido tambien por cierta vaga idea de que en el sentir de los católicos se podia de aquella manera hacer algo agradable á los santos, asistí al santo Sacrificio de la misa. Aquella era la primera vez que lo hacia por motivo laudable. Aquel paso era una impresion muy singular en mi; sentíame trasportado de un modo verdaderamente portentoso. Tal sentimiento no procedia sin duda alguna de la impresion de los sentidos ni del encanto de la novedad, en primer lugar por que el oficio divino se celebra en Stuttgart sin pompa y con una sencillez estremada, y que mi corta vista me impedia ver lo que en el altar pasaba, y en segundo lugar porque durante mis viajes ha-

bia asistido, en Paris y en algunas ciudades grandes de Alemania, á festividades muy solemnes en una época en que incomparablemente era mas sensible á la música. Todavía esta vez la asistencia á la misa no habia sido para mí, al principio, mas que una pura ceremonia mas que una obra esterna; empero cuando de ella sali estaba lleno de una verdadera devocion y de deseos de volver cuanto antes. Cada vez que asistí á ella en lo sucesivo recibí el premio de este acto con cierto aumento de mis disposiciones religiosas, nunca me retiré de oír la santa misa sin haber tomado algunas buenas resoluciones, y sobre todo cada vez recibia un vigor para cumplirlas que en vano habia deseado tener anteriormente.

“Por prudencia, y tambien por temor de que esta energía fuese efecto de un entusiasmo transitorio, no quise comunicar mis disposiciones á otros ni satisfacer la necesidad que sentia de instruirme mas á fondo, cuando por Navidad del año 1831 dos catálogos que ví llamaron mi atencion hácia dos obras: una era el *Ave María* de Silbert y la otra una traduccion alemana de la santa misa. Si el excelente prefacio de la última me dió á conocer la profunda significacion del santo sacrificio y el modo de asistir á él como es debido, encontré en el primero un inapreciable tesoro de las mas magnificas preces, cada una de las cuales, dicha con devocion me fortificò esencialmente en el bien obrar ò me arrancó de tentaciones peligrosas.

“Acaso me habria limitado todavía, por espacio de mucho tiempo, á continuar en mis devociones católicas en secreto, con tanta mas razon cuanto que mis ideas, que eran por otra parte demasiado débiles todavía, podian excitar en mí contra la aversion de mis amigos los protestantes, y perjudicar directamente á mi individuo; fué pues necesario que la Providencia me condujese hácia el fin involuntariamente. Tenia tal amor á la Madre de Dios que no podia menos de sentir descontento al oír pronunciar tan rara y tan friamente su nombre en el púlpito. Juzgué que podría, en un lugar que estuviere habitado principalmente por católicos, aprender mejor el verdadero modo de adorarla. Abandonandome al acaso marchéme el juéves santo de 1832, para Gmund en Suavia, y asistí allí el mismo día al oficio divino en la Iglesia parroquial, sin sentir en mí, ni interior ni exteriormente, emocion alguna extraordinaria. Disgustado de mi viaje, disponíame á salir de Gmund cuando me vino el pensamiento, tanto por curiosidad cuanto porque me imaginé que podria recibir alguna edificacion, de visitar al célebre lugar de peregrinacion denominado la Montaña del Salvador, en la prolongacion de la cual están las estaciones del viacrucis en forma de capillas. Liénase aquel lugar de reuniones de almas fieles, especialmente el día en que la muerte del Redentor se conmemora. Todos estan en pié ó puestos de rodillas, segun el corazon de cada cual le inspira, delante de

imágenes que por la impresion sensible que producen, contribuyen infinitamente á elevar el ánimo hácia Dios y á hacerle meditar con ternura en la pasion y en la caridad vehemente del Salvador de la especie humana.

“Para la inteligencia de lo que sigue debo advertir qué, á pesar de los esfuerzos que tenia hechos para progresar en la fé, los méritos de Jesucristo habian permanecido incomprensibles para mí en lo que tienen de extraordinario.

“Ciertas extrañas ideas de mofa apoderáronse de mi mente al dar principio á las estaciones. Estábame delante de ellas porque veia que los demás allí se detenian, y rezaba una que otra plegaria. Empero repentinamente sentí una influencia llena de bendicion y conoé que se cumplian aquellas palabras del Salvador que dicen: “Allí donde hubiere dos ó tres, reunidos en mi nombre, estaré yo en medio de ellos.” La importancia de la pasion de Jesucristo á la vez que lo que tiene de terrible, presentóse claramente en mi ánimo, al menos con la suficiente claridad para vencer mis dudas, aunque todavía no me era posible explicar mis ideas distintamente. Esto me sucedió cuando llégué á la estacion en que se trata de la coronacion de espinas. En la siguiente, en la que Pilato presenta al Salvador al pueblo, sobrecogiome un profundísimo sentimiento de la debilidad de mi inteligencia, de mi infinita indignidad y de la insensatez con que me habia conducido hasta entonces. En esta humillante situacion toda-

vía intenté contender con Dios presentándole en mi defensa la imposibilidad en que estaba de vencer mi propia flaqueza; me sentí agobiado sobre todo, de un pusilámine temor de no poder alcanzar el bien en todos los dias de mi vida. Las últimas dudas que abrigaba desaparecieron en virtud de una gracia que me fué concedida al llegar á la estacion siguiente, en que ví al Salvador caido por tierra bajo el peso de la cruz, lo cual eché de ver que era un aviso de que no debemos desesperar del perdon aun después de haber reincido en el pecado.

“En la festividad de Pascuas visité de nuevo la iglesia de Stuttgart que estaba llena de curiosos y de fieles. Durante la misa mayor, un campesino que estaba delante de mí, á una corta distancia, arrodillóse en medio de la nave; aquel hombre, visto por detrás, presentaba un no sé que de excesivamente grotesco, y allá en mi corazon su sencilla devocion me causaba risa; pero al instante arrepentime y vinome el deseo de poder ser devoto de una manera tan perfecta; arrodilléme sobre mi asiento y púseme á suplicar encarecidamente á Dios que se sirviese concederme una parte de la ferviente oracion del campesino. Acontecia esto después de la consagracion, y la gracia, que en aquella sazón se hallaba mas particularmente presente, me inundó y conmovió en tal extremo que no me avergonzé de verter delante de todos, abundantes lagrimas,

“Algún tiempo después empeoréme tanto de

los ojos que me ví en la necesidad de interrumpir el ejercicio de mis funciones y de irme á vivir al campo. Mi primer deseo fué sin duda el de domiciliarme en algun paraje católico; pero mi mansion en una ciudad de nuestro reino, donde esta religion se profesase, no era en manera alguna compatible con ciertos planes que tenia formados para el caso en que viniese á quedar en completa incapacidad de volver á ejercer mis funciones. Sin embargo, el viaje que emprendi volviome á conducir á Gmund, donde el mal tiempo me detuvo, y resolví pasar allí unos dos ó tres meses. . . .

“Las distracciones y los pasatiempos necesarios para mí debilitada vista, acumulábanse en derredor de mí en aquella ciudad hospitalaria y animada; aprovechéme y no dejé pasar un día sin entregarme á todos los placeres licitos que la sociedad proporciona.

“Entre tanto no descuidaba yo la salvacion de mi alma; mi primer acto de piedad fué una romería que hice á la Montaña del Salvador para tributar accion de gracias. En breve procuré entablar relaciones con algunos eclesiásticos de allí á quienes indiqué los deseos que tenia de conocer mas de cerca su Iglesia. La conducta que para conmigo observaron me demostró cuan infundada es la opinion vulgar de que todos los sacerdotes no perdonan medio de formar prosélitos. No pusieron obra alguna en mis manos, ni apologetica ni polémica, y si solo los catecismos con los cuales se instruye el pue-

blo. Exhortáronme seriamente á no dar paso alguno sino despues de que hubiese muy detenidamente reflexionado. De suerte que por este lado debo, en obsequio de ellos confesar, que no emplearon ningun artificio para predisponerme, ni intervinieron en modo alguno en mi conversion. Su vida y conducta ejemplares edificáronme todavia mas que sus palabras. Otros eclesiásticos hubo que me proporcionaron tambien grandes consuelos con sus predicaciones, á pesar de que, por falta de oportunidad á ninguno de ellos habia confiado mi secreto.

“Mi conviccion iba cada dia en mayor y mayor aumento, pero era todavia demasiado débil para inducirme á comprometer la posicion política que ocupaba; esta vez tambien vino la Providencia á libertarme del combate que sobre este particular interiormente sostenia. Empeoráronseme los ojos en tal grado qu abrigaba ya la certidumbre de que perderia la vista y con ella mi empleo. Empezé pues á tomar parte mas libremente en las ceremonias exteriores de los católicos. Un inesperado remedio me devolvió la vista y regresé á la universidad de Tubinga, habiendo perdido en este tiempo, mi empleo en Stuttgart.

“Hallábase mi fé apoyada mas bien en experimentos interiores que en pruebas racionales, y hacia ya mucho tiempo que, en la prosperidad y en el infortunio, en las tentaciones vencidas y en las tentaciones victoriosas, se me ha-

bia conservado inalterable, ayudándome, levántandome y consolándome; habia hecho nacer tan buenas resoluciones en mí, me habia tan vigorosamente ayudado á cumplir con ellas, habia mejorado tanto mi corazon y mi inteligencia, que ya no me era dable considerar todo esto como ilusion de mi ánimo, y juzgaba que era un deber en mí hacer una pública profesion de un objeto que tantos bienes me produjera. Comunicué mi resolución á los profesores de nuestra facultad teológica, quienes seriamente me aconsejaron que no diese paso alguno precipitado; y viendo que estaba fuertemente decidido presentáronme todavía en pocas palabras varias importantes pruebas para mas intimamente convencerme.

Instruido sobre la manera en que habia de hacer mi abjuracion dirigime á la casa del señor Pressel, ministro protestante que habia sido hasta entonces mi guia. El aprecio que yo tenia y que conservo aun á aquel ministro venerable y verdaderamente piadoso, hacia que aquel primer paso fuese para mí penosísimo. La manera apacible y reflexiva con que combatió mis nuevas ideas, la sincera amistad con que me deseó la bendicion de Dios al despedirme, han en grado tal aumentado mi amor y mi veneracion hácia él que no puedo dejar de presentarle este público testimonio despues de habernos separado. Un nuevo y detenido exámen, al cual me provocara, no pudo alterar mi conviccion en lo mas leve, y cumplí por fin con las demás formalidades de aquel acto importante.

“Cuando la instruccion que habia de recibir se hubo terminado; hice públicamente mi profesion de fé el 1.º de Febrero de 1833, y se me autorizó en toda forma á participar del inapreciable beneficio de los medios de salvacion que se han conferido á la Iglesia. Es cierto que esta profesion de fé no se anunció anticipadamente, por no mortificar á los que hasta aquel dia habian sido mis correligionarios, pero tampoco se hizo como lo dijeron los rumores que de luego á luego corrieron, á media noche y á puerta cerrada, sino á las ocho de la mañana, inmediatamente despues de la primera misa, en una iglesia que estaba abierta á todo el mundo, y en presencia de sobre cincuenta espectadores. Tampoco anatematizé, como se ha dicho, á mis padres y hermanos; pues ni juzgué, ni consideré á ninguno; lo único que hice fué declarar que todas aquellas doctrinas que la Iglesia desecha, anatematiza y condena, yo tambien las desechaba, anatematizaba y condenaba.

“El 1.º de febrero en la tarde hice una confesion general de los pecados que durante mi vida pasada cometiera. Tenia que revelar graves y numerosas culpas, y no sabia si antes de proferirlas espiraria la voz en mis labios: empero supliqué con anticipacion á Cristo, presente en la Santa Eucaristia; invoqué á la Santísima Virgen María, á San José, á Santa Ana, á los santos apóstoles Pedro y Pablo; á todos los santos y al ángel de mi guarda, que me librasen de la desgracia de ir á cometer algun pe-

cado en aquel momento solemne, y que me concedieron que nada callase á sabiendas. Con vacilante paso, pero con una confianza filial en la bondad divina, acerquéme al confesonario, y allí esperimenté de nuevo la eficacísima virtud de la gracia, sin sentirme cortado de vergüenza, y en general sin necesidad del menor esfuerzo: confesé todos los errores de mi vida, y despues de haber recibido la absolucion, me volví á mi casa con la firme confianza de que todos mis pecados quedaban perdonados. El dia siguiente por la mañana, tuve lá indecible felicidad de verme incorporado á la sociedad real de Jesucristo y de su Iglesia, por medio de la recepcion de la Santísima Eucaristía, y sentí des-
arrollarse en mí, con la práctica de las virtudes, una energía por la cual en vano habia suspirado hasta entonces.”

SILVIO PELLICO.

¿Quién no ha oido hablar de Pellico, de el suave y lastimero acento que, desde el tenebroso rincón de un calabozo, nos habla de las inefabables dulzuras, de las hechiceras armonias de la santa religion católica? El lugar de tan eminente escritor, cuyas páginas, que están lle-

nas de un purísimo amor hácia Dios y para con los hombres, han conducido á tantas almas á la senda de la verdad, estaba señalado en nuestra coleccion de antemano. Vamos á limitarnos á extraer de sus escritos algunos pasajes que no podrán menos de inspirar el deseo de conocer mejor á un autor tan puro y tan profundamente cristiano.

“¡La primera vez que despertamos en una cárcel es cosa horrible! ¡Será posible! díjeme haciendo memoria del lugar en que me encontraba; ¡será posible! ¡yo aquí! ¡y que esto no sea un sueño! ayer me prendieron, ayer me sometieron á ese largo interrogatorio que habrá de proseguir mañana... ¡Y cuando tendrá término?... ¡Ayer noche fué cuando, antes de dormirme, lloré pensando en mis padres!

El sosiego, el silencio absoluto, el breve sueño que habia reparado las fuerzas de mi mente parecian haber hecho cien veces mayor en mí la posibilidad de padecer. En medio de esta total carencia de distracciones, la afliccion de todos aquellos seres á quienes amaba, y sobre todo la de mi padre y de mi madre cuando llegase á saber mi prendimiento, pintábase en mi imaginacion con increíble fuerza.

En este instante, decíame para mí, están durmiendo todavía tranquilos, ó están despiertos y acaso piensan con satisfacción en su hijo! ¡léjos están de sospechar donde me hallo! ¡Oh cuán venturosos serian con que les sacase Dios de este mundo antes de que llegase á Turin la noti-

cado en aquel momento solemne, y que me concedieron que nada callase á sabiendas. Con vacilante paso, pero con una confianza filial en la bondad divina, acerquéme al confesonario, y allí esperimenté de nuevo la eficacísima virtud de la gracia, sin sentirme cortado de vergüenza, y en general sin necesidad del menor esfuerzo: confesé todos los errores de mi vida, y despues de haber recibido la absolucion, me volví á mi casa con la firme confianza de que todos mis pecados quedaban perdonados. El dia siguiente por la mañana, tuve lá indecible felicidad de verme incorporado á la sociedad real de Jesucristo y de su Iglesia, por medio de la recepcion de la Santísima Eucaristia, y sentí des-
arrollarse en mí, con la práctica de las virtudes, una energía por la cual en vano habia suspirado hasta entonces.”

SILVIO PELLICO.

¿Quién no ha oido hablar de Pellico, de el suave y lastimero acento que, desde el tenebroso rincón de un calabozo, nos habla de las inefabables dulzuras, de las hechiceras armonias de la santa religion católica? El lugar de tan eminente escritor, cuyas páginas, que están lle-

nas de un purísimo amor hácia Dios y para con los hombres, han conducido á tantas almas á la senda de la verdad, estaba señalado en nuestra coleccion de antemano. Vamos á limitarnos á extraer de sus escritos algunos pasajes que no podrán menos de inspirar el deseo de conocer mejor á un autor tan puro y tan profundamente cristiano.

“¡La primera vez que despertamos en una cárcel es cosa horrible! ¡Será posible! díjeme haciendo memoria del lugar en que me encontraba; ¡será posible! ¡yo aquí! ¡y que esto no sea un sueño! ayer me prendieron, ayer me sometieron á ese largo interrogatorio que habrá de proseguir mañana... ¡Y cuando tendrá término?... ¡Ayer noche fué cuando, antes de dormirme, lloré pensando en mis padres!

El sosiego, el silencio absoluto, el breve sueño que habia reparado las fuerzas de mi mente parecian haber hecho cien veces mayor en mí la posibilidad de padecer. En medio de esta total carencia de distracciones, la afliccion de todos aquellos seres á quienes amaba, y sobre todo la de mi padre y de mi madre cuando llegase á saber mi prendimiento, pintábase en mi imaginacion con increíble fuerza.

En este instante, decíame para mí, están durmiendo todavía tranquilos, ó están despiertos y acaso piensan con satisfacción en su hijo! ¡léjos están de sospechar donde me hallo! ¡Oh cuán venturosos serian con que les sacase Dios de este mundo antes de que llegase á Turin la noti-

cia da mi desgracia! ¿Quién les dará vigor para que puedan sobrellevar ese golpe?

Una voz interior pareció contestarme: “¡Aquél á quien todos los afligidos invocan, aquél á quien aman y que dentro de sí mismos sienten! Aquél que dió á una madre la suficiente fortaleza para seguir á su hijo hasta el Gólgota, para estarse al pié de su cruz! ¡el Amigo de los infortunados, el Amigo de los mortales!

Esta fué la primera vez que la religion triunfara en mi alma; al amor filial debí tamaño beneficio. Hasta entonces sin ser enemigo de la religion, poco y mal la observaba. Aquellas vulgares objeciones con que se acostumbra combatirla, parecíanme destituidas de solidez, y sin embargo debilitaban mi fé mil sofisticas dudas.

Desde mucho tiempo hacia ya no recaian sobre la existencia de Dios estas dudas, pues me decia yo que si Dios existe, debe, por su justicia, conceder otra vida al hombre que padece en un mundo tan injusto; de lo cual resulta la necesidad en que está todo hombre racional de aspirar á los bienes de esa otra vida, y de lo que resulta igualmente la necesidad de amar á Dios y al prójimo y de aspirar continuamente á perfeccionarse por medio de nobles sacrificios. Hacia ya mucho tiempo que me decia todo esto, y que agregaba: ¡Ay! ¿que otra cosa es el cristianismo sino esa perpetua aspiracion á hacerse perfecto? Y asombrábame de que siendo la esencia del cristianismo tan pura, evidente-

mente tan filosòfica é inatacable, hubiese habido una época en que la filosofia se hubiera atrevido á decir: “En lo venidero yo reemplazaré al cristianismo.—¿Y cómo le reemplazarás?... ¿Enseñando el vicio?—No, sin duda.—¿Enseñando la virtud? Pues bien, esa enseñanza se reducirá al amor de Dios y del prójimo, y eso precisamente es lo que enseña el cristianismo.”

Aun cuando fuesen estos mis sentimientos desde muchos años hacia, confieso con vergüenza mia, que evitaba ir á parar á esta conclusion: sé, pues, consecuente contigo mismo; sé cristiano; deja de escandalizarte de unos cuantos abusos; no te irrites ya contra algunos puntos difíciles de la doctrina de la Iglesia, supuesto que el punto esencial es clarísimo: “ama á Dios y al prójimo.”

En mi cárcel fué donde por fin me resolví á deducir estas consecuencias, y las deduje. Vacilé algun tiempo reflexionando en que, si se llegaba á saber que era mas religioso que antes, se me tendria por un hipócrita, por un hombre envilecido por la desgracia. Pero conociendo que no era hipócrita ni envilecido, tuve á punto de honor no inquietarme de las censuras en que pudiera incurrir sin merecerlas, y resolví ser cristiano en lo venidero, y declararlo á voz en cuello.

Puse en práctica esta resolución mas adelante, pero comencé á meditarla, y por decirlo así á quererla desde aquella primera noche de mi cautiverio....

Habiendo leído cierto día, que es necesario orar continuamente, que la verdadera oracion no consiste en proferir muchas palabras, sino en adorar á Dios con sencillez en nuestras palabras y acciones, y en hacer que unas y otras sean el cumplimiento de su voluntad santa, propúseme dedicarme sériamente á esa oracion continua, es decir, á no permitir ya que abrigase mi mente un pensamiento que no estuviese animado del deseo de conformarme con los decretos del Altísimo.

Mis oraciones fueron siempre cortas, no ya por menosprecio, porque las creo por el contrario infinitamente salutíferas, á unos mas, á otros menos, para fijar la atencion cuando se ora, sino porque por naturaleza no puedo rezar mucho sin que se olvide mi imaginacion y se abandone á una multitud de distracciones.

El cuidado que tenia en estar incesantemente en presencia de Dios, lejos de cansarme el espíritu y de ser un motivo de ansiedad para mí, era al contrario un ejercicio lleno de dulcedumbre. No perdiendo jamás de vista que Dios está siempre á nuestro lado, que está con nosotros, ó mas bien, que estamos nosotros en él, cada dia iba la soledad perdiendo para mí mas y mas sus horrores. “¡No me encuentre acaso, decia yo con frecuencia para mí, perfectamente acompañado!” Entonces poníame mas tranquilo y entonaba en voz baja algunas cantatas con gusto y con ternura.

¡Pues bien! decia en mi mente. ¿No habria

podido suceder que me viese atacado de alguna enfermedad que me hubiera conducido al sepulcro? Los que me aman, despues de abandonarse a la pena por haberme perdido, habrian sin embargo encontrado poco á poco, fortaleza para resignarse. Una carcel en vez de sepulcro, me ha tragado; ¿debo creer que en este caso, no les conceda Dios la misma fortaleza?

Mi corazon hacia los mas ardientes votos por aquellos séres. Sin embargo lloraba yo, empero no carecian de dulzura aquellas lágrimas. Alimentaba plena confianza en que Dios á todos nos tendria, y no me he engañado.

Resignarme á todo el horror de un dilatado encierro en la cárcel, resignarme al cadalso, no era cosa superior á mis fuerzas; pero resignarme al dolor inmenso que sentirian mi padre, mi madre, mis hermanos y hermanas, ¡ay de mí! para esto no bastaban mis fuerzas.

Prosternéme entonces en tierra, y con un fervor que jamás tuviera, proferí esta plegaria:

“Dios mio, todo lo acepto de tu mano; dignate conceder la suficiente fortaleza á aquellos á quienes era necesario para que como tal cesase de reputarme; ¡no permitas que la vida de ninguno de ellos se abrevie por eso un solo instante!”

¡Oh beneficios de la oracion! Por espacio de muchas horas tuve el espíritu elevado á Dios y aumentábase mi confianza á medida que meditaba en la bondad Divina, á medida que medi-

taba en la grandeza del alma humana cuando se desprende de su egoismo y se esfuerza en no tener mas voluntad que la de la sabiduría infinita.

Sí, eso es posible, y es un deber del hombre: la razon; que es la voz de Dios, nos dice que es necesario que á la virtud todo lo sacrifiquemos; y seria completo el sacrificio que á la virtud debemos, si en los mas dolorosos accidentes luchásemos contra la voluntad de Aquél que de toda virtud es el origen, el principio?

Cuando la muerte, ó cuando cualquier otro tormento es inevitable, abrigar un temor cobarde y no caminar bendiciendo al Señor, al peligro, es una señal de ignorancia ó de una degradacion deplorable. Es preciso que consintamos no solo en nuestra propia muerte, sino en la afliccion que costará ésta á aquellos á quienes amamos. Lo que únicamente nos es lícito, es pedir á Dios que nos mitigue esa afliccion y que siempre le estemos sumisos. Una oracion de esta naturaleza es siempre atendida."

No siempre conservó Silvio estas admirables disposiciones; aguijado por sus padecimientos, sus congojas, las torturas morales que sentia, dió entrada en su corazon á la exasperacion y al despecho.

"Habia perdido, dice, aquella calma habitual que creia haber adquirido en Milan, y por espacio de muchos dias desesperé de recobrarla; fueron dias infernales. Entonces me dejé de orar, dudé de la justicia de Dios, maldije á los

hombres y al universo entero y agité en mi mente todos los posibles sofismas sobre la inutilidad de la virtud.

El hombre que estando en la desgracia se abandona á la rabia vuélvese horriblemente ingenioso en calumniar á sus semejantes y hasta el Criador mismo. La ira es mas inmoral y mas perversa de lo que comunmente se piensa; no puede el hombre estar rugiendo desde que sale el sol hasta que se pone por espacio de semanas enteras, y el alma mas esclava del furor tiene necesariamente algunos intervalos de descanso; estos intervalos quedan todavía ordinariamente afectados de la inmoralidad que les precediera; parece entonces que está uno en paz, pero esta paz es malvada é impía; es una sonrisa salvaje, sin caridad ni dignidad; es un amor de desórden, embriaguéz y sarcasmo.

En esta situacion contaba por espacio de horas enteras con una especie de exagerado júbilo extraño á todo recto sentimiento; chanceábame con todos los que entraban á mi cuarto, y esforzábame en considerarlo todo con una sagacidad vulgar, con la sagacidad de los cínicos; esta época espantosa duró poco, siete ú ocho dias.

Mi biblia estaba cubierta de polvo; uno de los hijos del carcelero me dijo haciéndome caricias: "Desde que vuestra señoría ha dejado de leer ese librajó viejo, no está ya, á mi parecer, tan melancólico."

—¿Ese es tu parecer? preguntéle. Y tomando la biblia, quitéla el polvo con mi pañuelo; la

abrió al acaso, y presentáronse estas palabras á mis ojos:

1. *Et ait ad discipulos suos: Impossibile est ut non veniant scandala: jux antem illi per quem veniunt!*

2. *Utilius est illi si lapis molaris imponatur circa collum ejus, et projiciatur in mare, quam, ut scandalizet unum ex pusillis istis. (1).*

Sorprendiome la circunstancia de haber ido á dar con estas palabras, y avergonzeme de que aquel niño hubiese echado de ver por el polvo de que estaba cubierta mi biblia, que habia dejado de leerla, y de que pensara que me habia vuelto mas amable desde que no pensaba en Dios.

—Bribonzuelo! díjele reprendiéndole con dulzura y afligidísimo por haberle escandalizado; este libro no es un libraje viejo, y desde que he dejado de leerlo, me he vuelto mucho mas perverso que antes. Cuando tu madre te da licencia para que te estés conmigo un instante, procuro desterrar de mí el mal humor, pero no sabes tú cuanto me domina á mis solas, cuando canto como un furioso.

Luego que se hubo ausentado el chico experimenté cierta alegría por haber vuelto á tomar la biblia y por haber confesado que sin ella era

(1) 1 Jesus dijo á sus discipulos: Es imposible que no venga escándalo, pero ay de aquel por quien el escándalo viniere!

2 Valdria mas para él que fuese arrojado al mar con una piedra de molino atada al cuello, que escandalizar á uno de estos párvulos. S. Luc., cap. 17 v. 1.

mas perverso. Figurábaseme que acababa de dar satisfaccion á un generoso amigo á quien injustamente ofendiera, y que con él me habia reconciliado.

“¡Con que te habia yo abandonado, Dios mio! esclamé; ¡y me habia pervertido, y habia podido llegar á creer que la infame risa del cinismo estaba bien á mi situacion desesperada!”

Pronuncié estas palabras con una emoeion indecible; coloqué la biblia en un asiento, me arrodillé en el suelo para leerla, y yo que tan difeilmente lloro me deshice en llanto.

Estas lágrimas me fueron mil veces mas gratas que todo aquel júbilo animal á que me habia abandonado antes. Sentia que se ejercia de nuevo en mí la influencia divina, echaba de ver que amaba á mi Criador, arrepentíame de haber ultrajado con el hecho de degradarme, y protestaba que nunca me apartaria de él! ¡no, nunca!

¡Oh cuánto un paso hácia la religion eleva el alma y la consuela!

Estúveme leyendo y llorando por espacio de mas de una hora, y levantéme lleno de confianza en que Dios estaba conmigo y en que me habia perdonado mi locura. Entonces mis desdichas, los tormentos que me causaba el proceso que se me seguia y el suplicio que me amagaba parecióronmeme poca cosa. Alegréme de padecer porque encontraba en ello la oportunidad de desempeñar un deber, por-

que obedecía al Señor, si con resignacion padecia. . . .

Habiéndose suscitado estas reflexiones en mi mente, reiteré la resolucion que habia tomado de normar á los principios evangélicos mis pensamientos sobre todas las cosas humanas, mis opiniones sobre los progresos de la civilizacion, mi filantropía, mi patriotismo y todos los afectos de mi alma.

Los pocos dias que habia pasado en el olvido de Dios me habian sumamente mancillado; por espacio de mucho tiempo resentí los efectos de aquel estado y costóme infinito trabajo destruirlos. Cada vez que cede el hombre un tanto cuanto á la tentacion de envilecer su inteligencia, cada vez que se deja ir á la tentacion de contemplar las obras de Dios por entre el prisma infernal de la mota y que cesa de poner en práctica el benéfico ejercicio de la oracion, el destrozo que en su propia razon opera dispónese á que con facilidad reincida. Por espacio de muchas semanas, fuertes pensamientos de incredulidad me asaltaron y tuve que emplear, en repelerlos, todas las potencias de mi alma.

Cuando hubieron cesado estos combates, cuando juzgué que me habia vuelto á robustecer en el hábito de honrar á Dios en todos mis actos voluntarios, disfruté durante algun tiempo, de una paz gratisima."

Habiendo sido Silvio trasladado al Spielberg, todavia tuvo que sostener violentos comba-

tes en los cuales el amor divino y la fé siempre triunfaron. Aconteció que cayese gravemente enfermo y tuvo la felicidad de entablar relaciones de amistad con otro preso llamado Orboni, que encerrado en un calabozo contiguo, sobrellevaba con una invencible paciencia los dolores que una dilatada enfermedad le ocasionaba. Confíele Silvio sus crueles pesares.

"Aprovechemos, decíame Orboni, el poco tiempo que nos conceden para darnos mutuamente valor con el auxilio que la religion nos proporciona. Hablemos de Dios y excitémonos á amarle; acordémonos de que él es la justicia, la sabiduría, la bondad, la hermosura, y en fin, que él es cuanto excelente pudiéramos jamás imaginarnos. Asegúrote que no está léjos de mí la muerte, y te quedaria eternamente agradecido si contribuyeras á volverme, en estos mis postreros dias, tan religioso como toda mi vida hubiera debido serlo."

Y nuestras pláticas no tenian ya mas objeto que la filosofia cristiana, y las comparaciones que de ella haciamos con las mezquinas y estrechas ideas del materialismo. Nos regocijábamos uno y otro al encontrar una concordancia tan perfecta entre el cristianismo y la razon; examinando las diversas comuniones evangelicas existentes, percibiamos que la Iglesia católica es la única que pueda hacer frente á la critica, que la doctrina de esta Iglesia consiste en los mas racionales dogmas y en la moral mas

para, y que no es una miserable invencion de la humana ignorancia.

—“Y si por una casualidad que no nos es dado esperar, decíame Orboni, volviésemos á la sociedad, ¿seríamos tan cobardes que nos avergonzásemos de seguir los principios del Evangelio? ¿seríamos tan viles que nos llenásemos de inquietud al pensar si alguno se imaginaria que el encierro habia debilitado nuestra alma, y que por flaqueza nos habiamos afirmado mas en la fe?”

—“Querido Orboni, contestéle, tu pregunta me revela la contestacion que me darias, y esa contestacion es tambien la mia. Ser esclavo de la opinion ajena es el colmo del envilecimiento, cuando está uno en la persuacion de que esa opinion es errónea. No creo que ni tú ni yo descendamos jamás á semejante grado de bajeza.

Algunos dias después habíame dejado la calentura y padecia menos del pecho; pero parecia que tenia un volcan en el cerebro y no podia mover la cabeza sin sentir en ella atroces dolores.

Dije á Orboni como me sentia; él tambien estaba peor que de costumbre.

—“Amigo mio, me dijo, no está distante el dia en que uno de nosotros dos no pueda ya asomarse á la ventana; cada vez que nos saludamos puede ser la postrera. Estemos pues dis-

puestos uno y otro, ya á morir, ya á seguir en pos de un amigo.”

Su voz estaba conmovida, nada podia yo contestarle. Guardamos un instante silencio, y luego repuso:

—“¡Cuan feliz eres con saber hablar aleman! podrás siquiera confesarte. He pedido un sacerdote que supiese hablar italiano y se me ha dicho que no lo habia; empero bien ve Dios mis deseos y desde que me confesé en Venecia pareceme, de veras, que nada grave tengo que echarme en cara.

—“¡Ay de mí! contestéle; si ahora se me concediese un sacerdote asegúrote que de todo corazon me confesara y que á todos perdonaria.

—“¡Derrame sobre tí su bendicion el cielo! contestóme; ¡que júbilo me causas! ¡Hagamos, si, hagamos cuanto nos sea posible uno y otro para estar eternamente reunidos en el cielo así como lo estuvimos en nuestra época de infortunio!....”

Agravóse mi mal por espacio de una semana; deliraba de dia y de noche.

Diéronme á Kral y á Kubitzky por asistidores; servíame los dos con cariño.

Kral, cada vez que volvia un poco en mí, repetíame:

—“Tened confianza en Dios; solo Dios es bueno.

—“Pedid á Dios, decíale yo, no que me sane, sino que se digne aceptar mis desventuras y mi muerte en expiacion de mis pecados.”

Sugirióme que pidiese los sacramentos.

“—Si no los he pedido, contestéle, atribuído á la debilidad de mi cabeza; pero para mí será un gran consuelo recibirlos.”

Refirió Kral lo que yo dijera, al superintendente, y mandáse llamar al capellan de cárceles.

Confeséme, comulgué y recibí los santos óleos. El sacerdote se llamaba Sturm. Las reflexiones que me hizo acerca de la justicia de Dios y la injusticia de los hombres, sobre el deber en que estamos de perdonar y sobre la vanidad de las cosas mandadas, no eran trivialidades; tenían el sello de un ánimo elevado é instruido y de un corazón abrasado de amor hácia Dios y para con el prójimo.

Yo habria deseado que el capellan, de quien habia quedado tan contento estando enfermo, se nos hubiese concendido por confesor, y que de vez en cuando hubiésemos podido verle aun sin estar gravemente malos. Pero en vez de conferirle este cargo diónos el gobernador un religioso agustino que se llamaba el Padre Bautista, hasta que el gobierno de Viena hubiese confirmado este nombramiento ó hiciese otro.

Mucho temí perder en este cambio empero equivoquéme. El Padre Bautista era un ángel de caridad; sus modales eran muy finos y aun elegantes; raciocinaba profundamente sobre las necesidades del hombre.

Suplicámosle que con frecuencia nos visitase. Pasaba á vernos cada mes, y mas á menudo si podia. Traíanos también, con permiso del gobernador, algunos libros, y nos decia, de parte de su abad, que estaba á nuestra disposicion toda la biblioteca del convento. Gran beneficio habria sido para nosotros que hubiese tenido larga duracion aquel órden de cosas; sin embargo nos aprovechamos de él por espacio de muchos meses.

Después de confesarnos quedábase mucho tiempo en conversacion con nosotros. En todas sus palabras manifestaba una alma recta, llena de dignidad y de entusiasmo hácia la grandeza y santidad del hombre. Tuvimos la felicidad de disfrutar, por el término de sobre un año, de sus luces y de su cariño, y constantemente fué el mismo. Nunca profirió una palabra que hiciese sospechar que fuera su intencion sacrificar su ministerio á la política; nunca cesó de prodigarnos los mas delicados miramientos.

A los principios desconfiaba de él, es muy cierto; esperaba verle emplear la destreza de su entendimiento en investigaciones inoportunas. Semejante pensamiento no es sino demasadamente natural en un preso de Estado; pero cuán consolado se siente uno cuando su desconfianza se disipa, cuando percibe que en aquel ministro del altar tan solo existe un fervor inspirado por el amor á Dios y al hombre!

Tenia un modo particular y eficazísimo de

dar consuelos. Acusábame yo, por ejemplo, de los estremecimientos de ira que me solian sobrecoger cuando pensaba en el rigor de la disciplina; poníase él á hacer algunas reflexiones acerca de la virtud de la paciencia y el perdon, y luego llegaba á pintar, con vivísimo colorido, las miserias que pasaban los hombres de condiciones diversas de la mia. Habia vivido mucho tiempo en las ciudades y en el campo, habia conocido á los grandes y á los pequeños, y habia meditado sobre las injusticias de los hombres; sabia, en fin, describir con destreza las pasiones y las costumbres de las diferentes clases de que la sociedad se compone. Mostrabame por todas partes fuertes y débiles, opresores y oprimidos; manifestábame que por todas partes habia la necesidad de aborrecer á nuestros semejantes, ó la de amarles por compasion y en virtud de una generosa indulgencia. Los hechos que me referia para traerme á la memoria lo universales que son los males y la utilidad que nos es posible sacar de ellos, nada tenian de extraordinario; eran por el contrario, harto comunes; empero exponíalos en términos tan exactos y tan enérgicos, que indispensablemente me hacia palpar las consecuencias que se debia deducir de ellos.

¡Ay, si cada vez que acababa yo de oír sus benévolas expresiones y sus dignos consejos, sentíame abrasado de amor á la virtud: entonces ya no odiaba á nadie y habria dado mi vida por el mas mísero de mis semejantes; entonces

bendecia á Dios, porque se habia servido hacerme hombre.

¡Ay! ¡infeliz de aquél que ignora cuánto la confesion es sublime! ¡desdichado de aquél que, para distinguirse del vulgo, se cree obligado á verla con desprecio! De que se conozca la obligacion que tiene cada cual de ser bueno, no se sigue que no se necesite oírlo decir, y que baste con las íntimas reflexiones y las buenas lecturas que cada cual hace. No: la voz viva de un hombre tiene un poder de que las lecturas y las reflexiones á solas carecen. ¡Siéntese entonces mucho más conmovida el alma! ¡son mucho mas profundas las impresiones que se producen! En un hermano que os habla existe un calor, una oportunidad que en vano buscariais en los libros y en vuestra propia mente.”

Habiendo recobrado la libertad y vuelto al seno de su familia, consagró Silvio toda su existencia á hacer amar las hechiceras dulcedumbres de la ley divina. Vamos á insertar en seguida algunas estrofas que tomamos de sus *Poesias inéditas*, en las cuales da á conocer los primeros años de su vida, y muestra totalmente desnuda su alma.

“Si el hombre que durante su infancia fué piadoso, imprime algunas veces sobre la tierra vergonzosas huellas, no es porque la religion sea una impotente guia para el corazón que á ella se adhiere; es porque vuelve la espalda á ese santo ángel que le conduce, para seguir es-

traños afectos, el orgullo del pensamiento y los viles ejemplos; es porque teme á la ira burlona del incrédulo. . . .

¡Oh cuán profundamente hirió mi alma ese escarnio con que se atacaba á los altares!

¡Insensato de mí! ¡calléme y guardé en mi corazón aquellas horribles palabras, y sonreíme ante aquella sonrisa llena de astuta perfidia, y quedéme en la incertidumbre entre las austeras verdades que se me tenían enseñadas y las risueñas y soberbias doctrinas de la sierpe que conmigo hablaba!

Desde aquel funesto día, no, no pude aborrecer los altares que habían adorado mis abuelos, pero de vez en cuando contemplábalos con la duda de si debería venerarlos como en los preciosos días de mi inocencia, ó si sería mas acertado que los olvidase, que me burlase de ellos y que no tuviese mas divinidades que mi voluntad y mi audacia.

Así pasé mi adolescencia y llegaron mis juveniles años con su embriaguez de estudios, y con su esperanza fundada en el natural vigor de mi razón independiente. ¡Y sin embargo, impeliámeme hácia los altares un secreto hechizo! Acontecióme con frecuencia que arrojase lejos de mí los libros orgullosos, que huyese de las sociedades burlonas é impías, y que me retirase desalentado y solo, bajo las grandiosas bóvedas de la añosa basilica de Leon, donde descansan las cenizas de los primeros apóstoles de las Galias.

¡Primorosa iglesia! ¡Cuántas veces inclinado ante tus altares, orando y meditando, cuántas veces lloré por mi querida Italia ausente de la cual me hallaba, y por aquel lejano hogar en derredor del cual estaban sentados mi madre, mi padre y mis hermanos! Y tambien lloraba pensando en las tinieblas que me circuían, en las dudas que me asaltaban, en las pasiones que me acometían y en mi Dios á quien habia perdido!

¡Pero no, no le habia perdido! Su luz resplandecía algunas veces á mis ojos con fulgor tanto, que se disipaban mis tinieblas; y mi alma, enajenada, aun entonaba himnos al Señor. . . .

En aquellos días reinaba una filosofía embustera que se habia levantado por entre torrentes de sangre y sobre las ruinas de los altares.

No tenia mi corazón la noble constancia de su arrepentimiento. Mi fe era lánguida, y vivia yo como un infiel. Entonces fué cuando hirió el rayo mi cabeza, y cuando me fueron arrebatados todos mis terrenales gozos; víme en manos de un potente enemigo que primero me condenó á muerte, y despues á arrastrar pesadas cadenas.

¡Humilde capilla de Spielberga, que no oyes jamás sino la oración del sacerdote y la de los infelices que pasan su vida encarcelados, yo ví bajo tu techo el esplendor de Aquél que consuela y que no desecha los suspiros que el dolor hace exhalar del pecho; de Aquél que accep-

tó el acerbo cáliz que quería apartar de sí; su humanidad, estremeciéndose!

¡Con qué vehementes deseos esperaba yo en mi calabozo la aurora que nos trae la solemnidad del séptimo día! Hallábame sumido en la tristeza durante todo el intervalo que separa á la una de la otra, y agitábase mi imaginacion meditando y enfermiza; veces habia en que la acosaban fantasmas y temblaba yo de terror al pensar si la luz de mi razon iria á extinguirse. En aquellos terribles momentos buscaba á Dios de cuando en cuando, y, estremézcome de decirlo, —no le encontraba.

Peró en fin, veia llegar el día consagrado al Señor, oía el alegre sonido de aquella campana bendita que suscitaba en el alma, con la memoria de lo pasado, deliciosísimos pensamientos. Un poder inexplicable, divino, parecia disminuir el horror de la caverna en que yo moraba, y mi corazón, como el de un niño, latia á la voz querida de la campana del Señor.

Y toda la atrocidad de mi suerte desaparecia cuando venia á abrirme la puertas un compasivo carcelero, cuando percibia las palabras de mis compañeros de encierro, cuando custodiados por soldados íbamos caminando juntos. Todas aquellas desdichadas criaturas hacíanse rápidas demostraciones de una amistad constante, empero no era dado á todos los amigos encontrarse, hablarse y orar los unos al lado de los otros.

Siempre, sí, siempre mi alma conmovida ex-

perimentó un júbilo nuevo y profundo cuando en aquel asilo misero, pero sagrado, se me permitia arrastrar mis cadenas; cuando veia allí, en medio de una misteriosa humildad, al Dios de la gloria celestial bendecirnos, y llevado por ese su amor inagotable, ofrecerse á su eterno Padre en holocausto.

Allí era donde me hablaba Dios al corazón, y su voz, como la de un padre lleno de amor y de desvelo que llama á su desconsolado hijo, me decia: “No temas que mi ternura te abandone nunca! ¡Ya veo que tú no sabes dejar de amarme y se te concederá cuanto quieras!”

Y luego tambien me decia; “Si te he castigado no es por un furor que desconozco, sino porque no eran oidos mis ruegos, por que recorrias las sendas del orgullo y te habias olvidado de mí por ir en pos de aquél que arrastra las almas al dolor eterno. Mi poderosa mano te detuvo en el sendero que recorrias, porque te amaba yo, porque te amo y porque he venido á salvarte.”

Arrojábame entonces á sus plantas, derramaba lágrimas que eran para mí de inefable dulzura, y exclamaba: “¡Señor, haz lo que quieras con este misero hijo de Eva! Demasiado tiempo me he mostrado sordo á tu voz, pero hoy esta voz me inspira valor y me sublima; nada tenia yo derecho á esperar, pero supuesto que me amas, otra mas merced solicito; ¡haz, oh mi Dios, que yo tambien te ame!”

Y renacia en mí la confianza, y desahogaba

todo mi corazón en el suyo; rogábale por mi madre, que tanto suspiraba por su hijo! ¡Ofrecíale ferventísimos votos por mi tierno padre, por todos aquellos amigos cuyos padecimientos eran mas dolorosos para mí que mis propios padecimientos!....”

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



ANDRYANE.

“Destinado, en la época del imperio, á la carrera de las armas, ingresé desde muy temprano al ejército; y hacia mucho tiempo que en él servía cuando los acontecimientos de 1814 y 15, me obligaron á abandonar una profesion que habia abrazado con tanto ardor y con tan risueñas esperanzas.... Encontrándome en lo venidero dueño absolutamente de mi persona y de mi tiempo, difícil era que me libertase de los peligros que debia correr en Paris un jóven de diez y ocho años cuyo padre disfrutaba de cuantiosos bienes, y cuya educacion primaria, como se acostumbraba entonees, habia sido demasadamente inclinada á la milicia para que este jóven pudiese en seguida dedicarse á nuevos estudios, ó consagrarse á ocupaciones útiles que le pusiesen á cubierto de los males que ocasiona la ociosidad, la fogosidad de las pa-

siones y las seducciones del amor propio. Abandonéme, pues, ciegamente y sin reserva á los peligrosos placeres que se presentan tumultuosamente en Paris, á los que, como yo en aquella época, tienen oro para satisfacer los gustos mas ruinosos y un exceso de juventud y de vigor para sostener las locuras de toda especie que el ejemplo sugiere y en las cuales la vanidad nos induce incesantemente á excedernos. Transforméme en jóven á la moda, á quien se citaba por su exquisito modo de vestir, por los magníficos caballos que montaba, por lo mucho que apostaba al juego y por las extravagancias que cometia; lamentable celebridad de que gozaba yo sin ser dichoso, y que de dia en dia me esforzaba mas en merecer, aunque se abrigaba en mi corazón un secreto rubor de mal emplear así mi vida, en tanto que en derredor de mí veia á mas de uno de mis compañeros de armas que, celosos de no aparecer inferiores á la estudiosa juventud de la época, volvian á empezar con fervor y con perseverancia una educacion descuidada.

Esclavo del hábito y de la vanidad mas bien que de los vacios goces que comenzaban á fastidiarme, proseguia adelante.... cuando una circunstancia fortuita vino súbitamente á detenerme en la fatal pendiente á la cual me arrastraba aquella vida de ociosidad y de desorden, haciéndome prestar oído á los consejos llenos de cordura de una hermana que era para mí una segunda madre, y á quien no cesaban de

todo mi corazón en el suyo; rogábale por mi madre, que tanto suspiraba por su hijo! ¡Ofrecíale ferventísimos votos por mi tierno padre, por todos aquellos amigos cuyos padecimientos eran mas dolorosos para mí que mis propios padecimientos!....”

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



ANDRYANE.

“Destinado, en la época del imperio, á la carrera de las armas, ingresé desde muy temprano al ejército; y hacia mucho tiempo que en él servía cuando los acontecimientos de 1814 y 15, me obligaron á abandonar una profesion que habia abrazado con tanto ardor y con tan risueñas esperanzas.... Encontrándome en lo venidero dueño absolutamente de mi persona y de mi tiempo, difícil era que me libertase de los peligros que debia correr en Paris un jóven de diez y ocho años cuyo padre disfrutaba de cuantiosos bienes, y cuya educacion primaria, como se acostumbraba entonees, habia sido demasadamente inclinada á la milicia para que este jóven pudiese en seguida dedicarse á nuevos estudios, ó consagrarse á ocupaciones útiles que le pusiesen á cubierto de los males que ocasiona la ociosidad, la fogosidad de las pa-

siones y las seducciones del amor propio. Abandonéme, pues, ciegamente y sin reserva á los peligrosos placeres que se presentan tumultuosamente en Paris, á los que, como yo en aquella época, tienen oro para satisfacer los gustos mas ruinosos y un exceso de juventud y de vigor para sostener las locuras de toda especie que el ejemplo sugiere y en las cuales la vanidad nos induce incesantemente á excedernos. Transforméme en jóven á la moda, á quien se citaba por su exquisito modo de vestir, por los magníficos caballos que montaba, por lo mucho que apostaba al juego y por las extravagancias que cometia; lamentable celebridad de que gozaba yo sin ser dichoso, y que de dia en dia me esforzaba mas en merecer, aunque se abrigaba en mi corazón un secreto rubor de mal emplear así mi vida, en tanto que en derredor de mí veia á mas de uno de mis compañeros de armas que, celosos de no aparecer inferiores á la estudiosa juventud de la época, volvian á empezar con fervor y con perseverancia una educacion descuidada.

Esclavo del hábito y de la vanidad mas bien que de los vacios goces que comenzaban á fastidiarme, proseguia adelante.... cuando una circunstancia fortuita vino súbitamente á detenerme en la fatal pendiente á la cual me arrastraba aquella vida de ociosidad y de desorden, haciéndome prestar oido á los consejos llenos de cordura de una hermana que era para mí una segunda madre, y á quien no cesaban de

hacer gemir mis errores... Entonces empezáronse á abrir mis ojos, comencé entonces á vergonzarme de mi ignorancia, de mi nulidad, y llorando ¡ay de mí! aquellos días tan insensatamente perdidos, resolví ausentarme por mucho tiempo de aquella ciudad de perdición donde en vano hubiera intentado emprender con fruto la regeneración moral é intelectual que debía rehabilitarme á mis propios ojos y á los de las personas respetables cuya aprobación y aprecio ambicionaba.

Sin que me detuviese la mal entendida vergüenza de abandonar de aquella manera intempestiva á los compañeros de mi alegre vida, ni la imagen seductora de los placeres y deleites que me gritaban como á San Agustín: "Con que quieres abandonarnos?" ni el sentimiento de que me iba á separar de mi anciano padre, alejéme de París con dirección al mediodía de la Francia, que tenía ánimo de recorrer antes, de trasladarme á Ginebra, á donde llegué durante el mes de enero de 1820."

Andryane, llegado que hubo á Ginebra, entabló en breve relaciones con carbonarios italianos. Su alma ardiente meditó en la independencia de Italia y quiso consagrarse completamente á consumarla. Habiéndose encargado de una comisión peligrosa para Milan, fué descubierto, prendido por la policía austriaca, y encerrado en un calabozo. No tardó en ver la triste suerte que le esperaba,

"¡En vano luchaba yo con la tristeza y el abatimiento que me causaba la convicción de que ninguno de los seres á quienes mas amaba estaría á mi lado durante mis últimos momentos! ¡Esta fatal idea continuamente me seguía, incessantemente me abrumaba! En vano procuraba no pensar sino en Dios, no meditar sino en la otra vida!... Mi fe no era bastante viva, no eran mi esperanza ni mi convicción religiosa bastante firmes para operar en mí aquel despego de las cosas terrenas que hace que á los decretos de la Providencia completamente nos sometamos. No murmuraba yo contra ella, es cierto, por el contrario la invocaba y llamaba en mi auxilio; empero estos arranques hacía Dios, estas invocaciones á su misericordia, distaban mucho de hacer que descendiese á mi corazón aquella paciencia, aquella mansedumbre, aquella tranquilidad en los trabajos, aquella constante resignación, aquella fe en las bienaventuranzas celestiales que el verdadero cristiano es el único que experimenta en medio de los males mas crueles, y aun en la hora en que la muerte se le aproxima.... ¡Todavía no tenía yo, como él, en la persona del Salvador del mundo, un hermano, un redentor, un Dios de amor y de misericordia á quien pudiera ofrecer con alborozo, en sacrificio, todas mis angustias y mis lágrimas! ¡Todavía ignoraba que el dolor es nuestra herencia en este mundo.... y que el dolor se convierte en un goce inefable cuando lo sobrellevamos por amor de

aquel Dios cuyas palabras y promesas serán eternas!....

Yo era dócil, sufrido, estaba resignado á la muerte, pero mi alma estaba triste y melancólica, y si la esperanza de los premios de la otra vida descendía de vez en cuando á ella, no introducía en su seno sino vagos fulgores que la alumbraban por un instante, sin calentarla ni vencerla.... Oraba, es cierto, empero el bálsamo de la oracion, cuando son los males crueles y dilatados, no ejerce consoladoras influencias sino en los corazones que de mucho tiempo atrás han pertenecido á Jesucristo, ó bien en aquellos á los que la luz del Evangelio ha herido repentinamente y que, movidos por el nuevo fervor que les anima, bendicen la desgracia que ha venido á abrir sus ojos á la verdad eterna.

Pero para los que creen en Dios como yo creía en él entonces, por sentimiento, por poesía, la oracion, en los dias de infortunio, no puede ser mas que un alarido que el dolor arranca, tan solo la efusion de una alma que, encorvándose al peso de sus penas, busca alivio en el supremo manantial de los bienes y de los males y se siente reanimada un instante para volver á caer despues en los tormentos de la incertidumbre y en la amargura de la adversidad. Mi religion no era sino la fe de la desgracia, y estaba satisfecho con ella porque aun no habia llegado la época en que el infortunio habia de ser mas fuerte que mi valor y mi voluntad

Convencido de que la muerte habia de separarme en breve de mis pobres amigos, y de que no volveria á ver mi patria ni á mi padre, quise aprovecharme del permiso que se me concedia de que cada ocho dias escribiese, a fin de que conservasen algunos recuerdos de aquél cuya pérdida llorarian. Esta idea hizome vencer la repugnancia que me inspiraba la certidumbre que tenia de que los miembros de la comision leerian mis cartas. ¡Qué de cosas me veia en la necesidad de pasar en silencio! ¡vérame en la precision de ocultar una infinidad de impresiones!.... Empero repetíame yo en mi mente: "Cuando tú hayas dejado de existir no les quedará mas memoria de tí que esos renglones; luego escribe.... ¡ese es el último consuelo que debes darles...."

Terminaba un dia una de estas melancólicas cartas cuando el carcelero Riboni entró en nuestra clausura y nos dijo con gravedad: "Caballeros, se me ha mandado que os prevenga que aquellos de entre vosotros que quisieren encomendarse á Dios podrán pasar á conversar mañana y pasado, con un eclesiástico que ha elegido la comision para que desempeñe esas funciones. ¡Estais decididos á hacer uso de de sus servicios? Me ha mandado la comision que á cada uno de vosotros lo pregunte." Mi compañero, que era en quien habia puesto los ojos Riboni, contestó apresuradamente: "Sin duda, sin duda, estoy dispuesto á verme con ese digno sacerdote; lo deseaba.—Y vos, *signor france-*

se, me preguntó sonriendo, ¿lo deseais igualmente?—Yo no.—¿Pero queréis que se os ponga en lista?—Tampoco; no estoy preparado para cumplir con ese deber religioso.—Bien está, dijo el carcelero saludándonos; daré cuenta de ello.”

Cuando llegó mi turno caminé con los demás no obstante. Bajé escoltado de gendarmes y atravesé, por en medio de una doble hilera de soldados húngaros, un patio que conducía á los calabozos en los cuales habia pasado yo tres meses incomunicado. En una de aquellas estrechas masmorras habiase preparado una especie de capilla con colgaduras negras, iluminada por algunos cirios, y que hablaba tanto mas á la imaginación cuanto que se veían, al lado de los ornamentos del culto y junto á los emblemas de la misericordia, divina las tristes señales de la desdicha y del cautiverio.

El sacerdote se puso en pié cuando yo me le aproximara. Era un hombre de estatura media, cuya fisonomía, benévola y afable, anunciaba que sabia compadecerse de los infortunios que era llamado á conocer y mitigar. Habíendose llegado á mi tomòme la mano con un aspecto cariñoso y me rogó que junto á él me sentase. “Hace por ventura mucho, preguntóme con bondad, que no cumplís con vuestros deberes religiosos? Las distracciones que ofrece el mundo, y al mismo tiempo su placeres, nos impiden con harta frecuencia que pongamos en práctica las piadosas instrucciones que

en nuestra juventud recibimos. Esa es, ¡ay! la condicion de cási la generalidad de los jóvenes á quienes ha mimado la fortuna y que á las seducciones de la sociedad se ven expuestos; y en ese olvido de lo mas importante que pueda existir en la tierra para el hombre como es su salvacion eterna, pasan una vida tan efímera y corta! ¡Felices aquellos que no esperan, para convertirse, á que el Señor les haya herido con su rayo como sucedió al eminente apóstol San Pablo!

“¡Felices igualmente aquellos que reconocen, como él la mano de Dios en las adversidades que les afligen, que abren los ojos á la luz y que en el seno del Señor encuentran consuelos para sus males presentes y santas esperanzas para lo futuro! Proporcionadme el gozo de que habreis de ser uno de estos predestinados, díjome dirigiendo hácia mí una mirada de bondad suplicante; hacedme ver, ¡oh hijo mio! que tan grande, infortunio, que tan completa soledad han hecho que vuelva vuestro corazón á la senda de nuestra religion sacrosanta, y con vos tributaré gracia á Dios de que haya permitido que la adversidad que se ha venido á arrojar sobre vuestra cabeza no haya permanecido estéril en consuelos y en gozos imperecederos...”

Hablábame con tanta unción, con bondad tanta, que la idea que á los principios me habia pasado por la mente sobre si seria un instrumento de la policia se modificó poco á poco, y en breve hasta la mas leve desconfianza entera-

mente dispóse. . . . “Permitidme, díjele en francés, que me exprese en mi propio idioma que sin duda alguna hablareis. . . .

— “Sí, sí, hijo mio, hablad francés; los pensamientos íntimos, los pensamientos que proceden del corazón, no se expresan bien sino en el idioma materno, y mucho me complazco en poder comprender el lenguaje de Bossuet y de Fenelon, ilustres compatriotas vuestros.

— “Yo habia resuelto á los principios, proseguí diciendo, resistirme á llegar á vos; empero reflexiones mas cuerdas me han hecho variar de opinion y ahora me huelgo de ello. . . . Temia, para decir la verdad desnuda, que tal paso, dado por mí y en la situacion en que me hallo, pareciese un acto de flaqueza una concesion hecha á las circunstancias. . . . y estaba decidido á no darlo. . . .

— “¿De suerte, hijo mio, que una vergüenza mal entendida, era la que se oponia á que con vuestros deberes cumpliéseis, á que tributaseis á Dios el homenaje que le debéis?

— “No, padre mio, no; una consideracion de esa especie no me habria arredrado, si hubiese yo estado convencido, si hubiese practicado la religion católica. . . . ¡pero la fe, padre mio, la fe yo no la tengo! . . .

— “Decid, hijo mio, que habeis dejado de tenerla.

— “Creo en Dios, en su poder, en su bondad; espero pasar á otra vida, respeto la religion revelada, y admiro la moral de Jesucristo.

— “Y sin embargo, dijo el digno sacerdote suspirando, no podeis admitir ni la divinidad de Jesucristo, ni las verdades de la santa Escritura! . . . ¡y creéis que sois religioso porque sentís inspiraciones que os elevan hácia el Omnipotente, porque le invocais en momentos de sensibilidad y de exaltacion! . . . Todo eso, ¡ay de mí! no es mas que una poesia del corazón y de la mente, no es mas que un puro deismo que no tiene otra consistencia ni otra base que la necesidad de otra vida que ha introducido Dios en nuestra alma, pero que no puede hacer frente ni á los sofismas de la incredulidad, ni á los golpes del infortunio.

— “¿Ha sido suficiente, sin embargo, padre mio, para hacer que sobrelleve con resignacion la suerte fatal que me espera! . . .

— “¡Ay, hijo mio! bien sé yo, dijo con una voz tan grata que su acento me conmovió el alma, bien sé yo que en un carácter como el vuestro se sostiene la exaltacion y hasta se aumenta, en proporcion de la violencia de la crisis y de la inminencia de la catástrofe. . . . pero que se prolongue la desdicha, que la carcel y el tedio mortal que origina, se sucedan á la agitacion del proceso, y desaparecerá esa exaltacion, esa creencia en el Ser supremo; esos arranques hácia Dios que os habian sostenido en el momento decisivo, se entibiarán en el silencio de un dilatado cautiverio, se empezarán á disipar á impulsos de los sofismas de la duda. . . . dejándoos desarmado y sin refugio contra el remor

dimiento de lo pasado, el disgusto de lo presente y la incertidumbre del porvenir. . . . ¡Libremé Dios, agregó con presteza, de querer inferir de ahí que semejante suerte os espere! No, hijo mio; y si nuestro salvador Jesucristo atendiese á mis ruegos conmoviéndos el corazón, volviéndoos á conducir al seno de la santa Iglesia, os devolveria la libertad, ese bien carísimo cuyo precio únicamente lo saben estimar los cautivos.

— Ya os tengo dicho, padre mio, que respeto la religion revelada: pero en estos momentos, y en la posición en que me hallo, es demasíadamente tarde para que examine la verdad de ella. Si me propusiese fingir, si me acercase á los sacramentos con las disposiciones en que por ahora me encuentro, ¿no tendriais derecho á acusarme de ligereza ó de hipocresía? . . . No puedo yo engañar á mi conciencia ni desgradarme hasta el extremo de fingir una creencia que no tengo; ya que en el ánimo del emperador me perjudico, siquiera habré logrado conservar la estimacion de mi mismo.

— Hijo mio! exclamó el sacerdote; si poneis esas vanas consideraciones en parangon con vuestra salvacion, ¿qué es lo que todas ellas valen? Si esa religion que venerais, segun decís es la religion verdadera, si ninguno se puede salvar sino practicándola, ¿á donde iria á parar vuestra alma ¡oh hijo mio! si Dios se sirviese exponeros á la postrera de las pruebas, si os arrebatase en breve de este mundo?

— Si no me engaño, Dios se apiadará de mí si muero. Sabe, él que escudriña los corazones, que no por menos, precio es por lo que me resisto á practicar la religion católica; él juzgará mis intenciones y cubrirá mis yerros con el manto de su misericordia.

— ¡Ya volveréis á él, jóven! volveréis á él, yo os lo digo. Vuestra alma es demasíadamente sensible, existe demasiada piedad en vuestro corazón para que algun día no os cuente nuestro Dios Salvador entre sus mas queridas ovejas. ¡Oh! ruégoos que pisoteéis todos esos respetos humanos: ¿qué valen comparados con la eterna bienaventuranza que únicamente la revelacion nos promete y nos asegura? Tomad en vuestras manos los santos libros, esos libros que no conoceis todavia; ledlos, meditadlos, y encontrareis en ellos, ved que os lo digo yo, hijo mio, la sabiduría y la verdad; allí aprendereis la humildad, la paciencia, el arrepentimiento, y al ver que aquella divina moral, que aquel adorable lenguaje no puede proceder de los hombres, percibiréis la mano de Dios que envió su Hijo para redimir vuestros pecados y abrirnos las puertas de la vida eterna. . . . Entonces se iluminará nuestro espíritu que todo se vuelve ahora tinieblas; entonces vuestro corazón, que lucha hoy contra la adversidad con trabajo tanto, sobrellevará su infortunio con alborozo, porque lo sobre; llevará por amor á su Dios, entonces estareis dispuesto, siempre dispuesto á ausentáros de la vida, si asi los hombres lo disponen,

ó á sufrir con resignacion los males de un dilatado cautiverio, ó bien á edificar á vuestros semejantes con la santidad de vuestra vida si en la sociedad volveis á pasarla.

“Con la religion sereis en todo lugar y en todo tiempo resignado, dichoso, y estareis lleno de esperanzas; sin ella no tendreis en la tierra mas que desengaños, remordimientos y desesperacion que no os podrán hacer adquirir esa felicidad sin fin que ha prometido Jesucristo á los que creen en él, y que por él padecen.

Dios, hijo mio, continuó diciendo con una tierna conviccion el sacerdote, no habrá descargado en vano sobre vos el rigor de su divinidad. . . . Volvereis á él, os volvereis hacia ese Padre misericordioso, único origen de la verdad y del consuelo; y cuando por medio de su gracia hayais saboreado las dulzuras y hayais gozado de la alegría que proporcionan una viva fe y una eficaz práctica, bendecireis el dia en que Aquél á quien llamamos *nuestro Padre*, condenándoos repentinamente en este mundo á las aflicciones y á las lágrimas, os devolviera el mas precioso, el mas imperecedero de los bienes, la creencia en su revelacion y la esperanza de merecer por vuestras virtudes las eternas bienaventuranzas.

—“Lo que bendeciré, padre mio, será que me haya enviado Dios á mi cárcel un ministro del Evangelio que comprenda tambien la mision de paz, y de consuelo con la cual está encargado

de cumplir para con los desdichados presos. . . . Y si algun dia descendiera la conviccion á mi alma, antes de mi postrer momento suplicaria que me concediese el favor de volveros á ver otra vez y de que me auxiliáseis.

“Si hoy me resisto á cumplir con los deberes del cristiano no es por desprecio á la religion, ni por obstinacion, ni por ateismo; podrá ser que esté extraviado mi corazon, pero no está empedernido; podrá ser que la exaltacion le ciegue y que léjos de la verdad le arrastre, pero es sincero en sus sentimientos, es enemigo de todo acomodamiento, de toda falsedad, de toda bajeza en cosas ó por cosas respecto de las cuales la conciencia no debe jamás admitirlos aun cuando vaya en ello la vida. . . . Gracias, padre mio, dije levantándome, mil gracias por vuestra indulgencia, por la bondad de que me habeis colmado; sea mi suerte cual fuere, con gratitud, y espero que con fruto, me acordaré de la plática que hemos tenido. . . .”

Diciendo estas palabras tomé la mano del buen sacerdote y la llevé á mis labios; luego la puse sobre mi corazon y oí, al ausentarme, que proferia su boca estas palabras tan gratas como una plegaria: “Dios tenga misericordia de tí, oh pobrecita alma!”

De este modo me separé de aquel respetable eclesiástico cuyas piadosas exhortaciones me habian coamoyido el alma sin que, sin embargo, hiciesen penetrar la conviccion en ella, porque todavia no habia llegado la hora, y porque

debía pasar por crudelísimas pruebas antes que mi deísmo, que la proximidad de la muerte ó que el aspecto del cadalso no habia logrado destruir, se desplomase bajo los argumentos del análisis y bajo la terrífica influencia de una prision perpetua. Entonces fué cuando mis ojos se empezaron á abrir á la luz, cuando las palabras del digno sacerdote presentaron en mi memoria el buen fruto que predijera. ¡Permita el cielo que algun dia lo sepa! ¡Quiera el cielo que la idea de que aquellas indulgentes exhortaciones fueran una de las causas que me hicieron volver al sendero de la verdad, le sean íntimamente gratas y le proporcionen aquel consuelo que en la parábola del buen pastor tan divinamente expresara Jesucristo!....

Este capellan fué nombrado para otro empleo; nuevas borrascas vinieron á agitar el corazon del preso; el eclesiástico que debía consumir la obra de salvacion comenzada se presentó por fin en Spielberg.....

“Os manda llamar el sacerdote, díjome el subdirector de policia; tened á bien seguirme.”

Obedecíle con preteza, y en breve me encontré delante del que habia de enseñarnos la palabra de Dios en lo venidero. Púsose en pié al verme y tendióme la mano diciendo en italiano; *Che sia il ben venuto* (bienvenido seais).

Su voz era suave, y tan benévola su fisonomía que me sentí atraído hácia él desde el primer instante que le viera. Ya no era aquel

seminarista tímido, cortado, que no se atrevia á hablar ni á levantar los ojos delante del obispo de Cattaro, sino un joven sacerdote, de piadoso y digno continente que sobre un amabilísimo rostro llevaba impresos el candor y la bondad de una excelente alma.

“Sentaos, díjome con afectuosa cortesía viendo que me conservaba en pié en su presencia... Son tan pesadas vuestras cadenas, y naturalmente estareis tan débil, que debeis tener necesidad de un continuo descanso. Solitario vivís; pobre jóven....; Ay de mí semejante soledad es un dolor acerbo su puesto que con ningunas cuenta el hombre que llene el vacío de los dias que pasa....

—“Vale mas solo, dije entonces, que mal acompañado.”

Asomé á los labios del sacerdote una melancólica sonrisa, y luego prosiguió diciendo:

—“Acaso os volverán á poner algun dia con vuestro antiguo amigo Confalonieri.

—“Ese es el mas ardiente de mis votos, contestéle, pero no lo espero; no estamos acostumbrados á que se cumplan aquí nuestros deseos, y solo padecer nos toca.

—“Demasiado lo veo, *caro signor*, y estaba léjos imaginarme que vuestra existencia fuese tan horrible; empero tendrá fin este tiempo de prueba y los males que estais sufriendo en este mundo se os tendrán en cuenta en el otro.... Tened pues paciencia y pensad en que Dios no abandona jamás á los que en él tienen confianza.

—“¡Ay, señor abate! la confianza se pierde cuando el mal se prolonga y cuando todo lo que os sucede y os rodea os impele á dudar de la misericordia divina.... ¡Hace ya mucho tiempo que gemimos tras de los cerrojos!

—“¡Oh! sí, sin duda, dijo entonces el sacerdote con la bondad mas tierna; ¡vuestra suerte es horrible!... mil veces mas cruel que la de los galeotes; ¿quien podrá negarlo? no yo, ciertamente, que estoy viendo en vos todas las fatales consecuencias de ella; pero esa desconfianza, ese desaliento, no deben alterar jamás vuestra fe en Dios y en su misericordia infinita. . . . Ofrecedle vuestros padecimientos y los aceptará, por amor á nuestro Redentor. . . .”

Guardé silencio.—“Os callais, añadió: ¿por ventura no echais de ver que no existe tribulacion alguna que no se pueda sobrellevar con paciencia, aun con alegría, cuando se tiene en el alma la consoladora conviccion de que se sufre por Jesucristo, y que habrá de premiárnoslo el dia de su juicio? ¡No vayais á creer que no os compadezco con toda mi alma! . . . Conozco cuánto es grande lo que perdisteis; cuánto es caro lo que sentis. . . vuestra familia, vuestra patria, vuestra juventud que se marchita, vuestras fuerzas que se consumen, vuestra inteligencia que por falta de estudio se extingue, y vuestro corazon que llora todos sus afectos. . . . ¡Sí, echo de ver cuan horribles tormentos encierra semejante destino para un hombre de la edad vuestra! . . . ¡y mis lágrimas, ya lo

veis, están corriendo sobre vos, pobrecito, preso! . . . Estad, pues, íntimamente persuadido de que mis palabras no llevan otro fin que el de animaros á que busqueis algun refugio contra tal rigor de la suerte en vuestros sentimientos religiosos, porque la piedad es la que habrá de consolaros en este mundo, y aseguraros la salvacion en el otro.

Se proferian con tanta uncion, con tanto candor estas palabras, que hube de abandonarme á él con la esperanza de que encontraría un consolador, un amigo, en el hombre que comprendia tan bien su santa y caritativa mision. Abrióse á él mi corazon, y si no lo derramé totalmente en el suyo, desde esta primera entrevista, si retuve la confesion de todos los recientes desconsuelos, de todas las nuevas heridas de mi alma, fué porque tenia vergüenza ante tan rico tesoro de fé, de revelar que habia podido, en dias por siempre lamentables, desprenderme de toda creencia, y que fluctuaba todavía en las tinieblas de la incredulidad y de la duda. . . . Pero desde luego adivinó, por las pocas palabras de mis labios se escaparan, el mal estar que me hallaba y las angustias que mi ciega conciencia padeciese al estar luchando todavía con los sofismas de la soberbia. . . . No tardó pues, en volver de nuevo á escitarme, y yo, conmovido de su evangélica benevolencia, confiéle sin restriccion alguna mis padecimientos y mis errores.

Despues de haberle referido la historia de mi

regreso al catolicismo, esplíqueme las causas que habian dado origen á que en seguida me inclinara al protestantismo; relatéle las dudas, las vacilaciones que habia tenido hasta el momento en que me decidiera á adoptar la religion reformada: hícele ver de que manera habia llegado, aplicando el principio de libre exámen en materia de fe, á desechar de mi creencia no solo los artículos no admitidos por los protestantes, sino aun, y sucesivamente, todos los demas dogmas de la revelacion incluyendo en ellos la divinidad de Jesucristo. —“Sí, señor abate, díjele tomándole una mano sin que él la retirase á pesar de la sorpresa y del dolor que en su semblante se pintaron, ahí es, debo confesarlo, á donde he ido á parar á consecuencia del análisis, no tomando mas que á mi sola razon por guia, es como mi alma ha descendido hasta el deísmo....”

—“¡Pobre jóven! ¡pobrecillo jóven! repetia á cada instante el piadoso eclesiástico escuchándome con tan indulgente lástima que mi enterrecido corazon no podia menos de llenarse de agradecimiento; ¡en qué errores habeis caido! ¡cuánto habeis debido padecer para llegar á desechar la religion de vuestros mayores, vos que os hallábais en tan absoluta necesidad de una firme creencia para sobrellevar los trabajos que os enviaba el Altísimo!... ¡porque el deísmo es muy vago, muy árido, cuando el alma tiene las fuerzas agotadas y se eleva hácia el cielo para buscar en él alivio y esperanzas! ¿No

lo habeis experimentado, preguntóme con voz afable y persuasiva, y no os ha sucedido tambien en vuestros dias de angustia haber recurrido inútilmente á esas que llamábais vuestras piadosas inspiraciones? ¡no sentíais en vos mayor abatimiento aun, no dudábais mas de la Providencia Divina, despues de cada una de esas éúmcras invocaciones?

—“¡Sí, ay de mí! contestéle... y desesperando á poco de adquirir resignacion y esfuerzo por medio de estériles plegarias en las cuales empezaba á no tener ya fe, fui á dar al mas horrible escepticismo. Aun no es todo, proseguí diciendo con una profunda emocion y vacilando un tanto, sino que no tardé en llegar, ¿podreis creerlo? sí, llegué al último grado á que puede ir á dar la aberracion mental; volvíme....”

—Materialista; añadió con presteza aquel excelente sacerdote. Era una consecuencia precisa del sistema que habiais adoptado; entre el catolicismo y el materialismo no hay medio racional en que el espíritu humano pueda detenerse... Vuestro ilustre Fenelon lo ha dicho, así como ha dicho tambien que el materialismo, verdadero suicidio filosófico, es la desesperacion de la razon y de la inteligencia. Pero estoy seguro, añadió aquel digno eclesiástico, de que no tardó vuestro corazon en indisponerse contra el monstruoso error de la materialidad del alma, y que encontrásteis en vuestra conciencia argumentos bastante fuertes para que llegáseis á dudar de la infalibilidad de la razon en materia

de fe. Decidme: ¿no os sentisteis muy infeliz, sumamente desesperado, cuando os visteis reducido, por todo porvenir, á los tristes dias de esta corta vida?

—“Tan desdichado me senti, exclamé, que habria ciertamente acabado con mi existencia, si semejante estado de incredulidad se hubiese prolongado por espacio de algunas mas semanas. . . . ¿Cómo, en efecto, habria podido yo, resistirme á la horrible tentacion de librarme en unos cuantos segundos, de los tormentos de semejante cautiverio? . . .

—“Desdichado jóven! vuestros padecimientos son grandes, es verdad, y la cruel situacion en que os hallais es tal, por su naturaleza, que hace perder toda esperanza. . . . Pues bien, precisamente porque el mundo no os da consuelos debéis ateneros á los que nos vienen de lo alto. Esos consuelos se les encuentra en una fe sincera, inalterable; pero no basta con creer en Dios y en la inmortalidad del alma, esta verdad es especialmente sensible para aquél que, como vos, se encuentra condenado á vivir bajo las silenciosas y oscuras bóvedas de una cárcel; el deísmo no puede ser la religion de los dilatados infelices; ya teneis una dolorosa experiencia de ello y habeis reflexionado demasiado para no haberos convencido de que es sobradamente débil, sea su primitiva exaltacion cual fuere, para defenderse del escepticismo y del materialismo, así como tambien habeis debido persuadiros de que nuestro intimo conocimien-

to de lo justo é injusto es insuficiente para que podamos fijar sobre inmutables bases nuestros deberes hácia Dios y para con nuestros semejantes. ¿No se sigue acaso de aquí que tendriamos derecho para murmurar de la justicia y de la bondad del Criador, si nos hubiese abandonado á las engañosas luces de la razon, sin darnos El mismo una ley revelada que todos nuestros deberes encerrase? Esa ley revelada, gracias á la misericordia Divina, existe en libros cuyo origen celestial, importa, antes de todo, que creamos: luego de todos los estudios este es el principal y mas urgente.

—“Eso ya lo sé, repuse con presteza, y he ahí por que habia pedido con empeño algunos buenos libros; pero me fueron rehusados. . . . irrevocablemente rehusados! agregué suspirando.

—“Pues bien, díjome el buen Urba, estudiaremos juntos; y si no puedo proporcionaros libros para que os los lleveis á vuestro calabozo, procuraré que los lleais siquiera á mi lado. . . . ¡Dichoso yo si logro, y no lo dudo, devolver á vuestra alma, á la vez que su fe primitiva, la paz, la resignacion y la esperanza! . . . ¡dichoso yo tambien si consigo que podais encontrar en nuestra pláticas algun alivio á vuestros pesares! . . . Consolar á los afligidos interesándose en sus males es el mas precioso atributo de nuestro ministerio, y todos los dias pido á Dios que bendiga mi dolorosa mision proporcionándome este goce.

—“Y la bendecirá sin duda, contestéle con un acento que revelaba la profunda emocion de mi alma. . . . Las dulces lágrimas que haceis verter de mis ojos son un irrefragable testimonio de ello. . . . ¡Hacia tanto tiempo que no las derramaba sino amargas! . . . ¡Dios os premie, padre mio, el bien que ya me habeis hecho con vuestra caridad é indulgencia! . . . ¡Vuestras palabras, no lo dadeis, han encontrado el camino de mi corazon y producirán en él fruto.

A estas palabras pintóse en el semblante del jóven sacerdote un inefable júbilo. . . . Observé tanto agradecimiento á Dios y tanto amor al prójimo en sus miradas, que me precipité á sus brazos cual si fuesen los de un hermano; y cuando le oí decirme con aquella su voz angélica. “¡Dios tenga compasion de vos, pobre affigido!” parecióme que aquella era un bendicion que descendia sobre mí del cielo. . . .

—“Sí, añadió con santa inspiracion, sí, tengo esperanzas de que volvereis á ver vuestra patria, de que volvereis al seno de vuestra familia. . . . ¡Volvereis á vivir en medio del bullicio del mundo! . . . ¡Ay! Procurad entonces, con vuestra conducta y vuestros labios, rendir el debido homenaje á nuestra sacrosanta religion, cuya refulgente verdad nada será ya capaz de oscurecer, en lo venidero, á vuestros ojos. Esta es una sagrada obligacion con la cual tendreis que cumplir para con Dios y vuestros semejantes, quienes estarán tanto mas dispuestos á dar crédito á vuestras palabras y á seguir vuestro

ejemplo, cuanto que os presentareis á ellos diciéndoles: “Mi creencia en la religion católica no es la efimera flor del entusiasmo y de la exaltacion, sino un fruto que se ha madurado lentamente, bajo las bóvedas de una cárcel, por medio de la meditacion y del exámen. Mi fe es la de un hombre concienzado é ilustrado que cree firmemente después de haberse convencido á sí mismo de que puede creer y de que es indispensable que crea. Gracias á esa fe, gracias á esa confianza inalterable en la verdad de la revelacion y en las promesas del Dios Salvador, he sido mas fuerte, durante mi dilatado cautiverio, que el abatimiento y el despecho; que me he sonreido aun en medio de males cuyo término no preveia, y que he esperado con tranquilidad el instante en que hubiera de venir la muerte á poner término á mis dolorosísimas pruebas.” Vuestra voz, cuando habléis así, penetrará en sus corazones, y se dirán, acaso á sí mismos: “Esa religion que sale triunfante del crisol del análisis y que hace descender al alma del encarcelado, la luz, el consuelo y la esperanza, ¿no es por ventura la religion que nos habían enseñado en nuestros años infantiles, y que luego descuidamos y despreciamos porque no la quisimos conocer á fondo ni estudiarla? . . . ¡Dichoso dos y mil veces, dichoso entonces, si una sola duda, haciéndoles penetrar en sí mismos, viniese á convertirles por vuestra causa y medio! . . . porque la salvacion de una alma es mas meritoria ante Jesucristo de lo que lo es

ante los hombres la conquista de todos los reinos de la tierra.... Prometeme pues, jóven amigo mio, para no ser ingrato hácia la Providencia, que no habrá respeto humano que os impida, en circunstancia alguna, manifestar vuestras convicciones religiosas y que cumplireis con la mision que os tiene Dios reservada uniéndoos á los que, sea cual fuere la condicion en que los hubiere colocado, predicán su santo nombre con sus obras y por medio de sus firmes creencias.”

Con la efusion del padecimiento prometíle que así lo haria.....

¡El consuelo mas grato, el mas salutífero de cuantos Dios nos concediera, debia tambien arrebatarásenos!.... El bueno, el caritativo Urba, cuyas piadosas pláticas eran un inagotable manantial de resignacion y de consuelos, fué reemplazado por otro sacerdote llamado Ziack.

No intentaré pintar el dolor que se apoderó de mi corazon al saber que habia de carecer de las benéficas conferencias, de las evangélicas lecciones de aquel digno Urba.... pero sí diré que corrian con profusion mis lágrimas en el momento de despedirme de él, que me arrojé en sus brazos sin poder articular palabra, y que le abracé, que le estreché contra mi pecho, cual si fuese á perder con él el ángel consolador de quien la luz y la fé me vinieran.”—Consolaos, consolaos, decíame con bondad; el padre Ziack es un eclesiástico respetable de quien queda-

reis completamente satisfecho; podreis continuar con él vuestros estudios religiosos, pues abunda en fervor y es extremadamente erudito.

Empero yo seguia llorando, porque sabia que no es fácil encontrar dos veces una alma tan tierna, tan cándida, tan animada de amor á Dios y al prójimo, como lo era la de nuestro sentidísimo Urba....

El bien que me proporcionó fué inmenso, porque á él debo haber vuelto con absoluta conviccion y para siempre al seno de la comunion católica, además de los gratísimos alivios que su ingeniosa caridad me supo procurar durante el poco tiempo que tuve la felicidad de gozar de sus consoladoras conferencias. ¡Sea pues por siempre venerado su gratísimo nombre, y bendito en mi corazon y entre mis deudos!.... ¡Quiera Dios que reciba en la tierra, así como en el reino de los justos, el premio de los angélicos consuelos que supo prodigar á los desventurados reclusos de Spielberg!

LACORDAIRE.

Los pormenores que se van á leer, relativos al ilustre orador que evangeliza hoy á la Francia con tanto fervor como buen éxito, se han

ante los hombres la conquista de todos los reinos de la tierra.... Prometeme pues, jóven amigo mio, para no ser ingrato hácia la Providencia, que no habrá respeto humano que os impida, en circunstancia alguna, manifestar vuestras convicciones religiosas y que cumplireis con la mision que os tiene Dios reservada uniéndoos á los que, sea cual fuere la condicion en que los hubiere colocado, predicán su santo nombre con sus obras y por medio de sus firmes creencias.”

Con la efusion del padecimiento prometíle que así lo haria.....

¡El consuelo mas grato, el mas salutífero de cuantos Dios nos concediera, debia tambien arrebatarásenos!.... El bueno, el caritativo Urba, cuyas piadosas pláticas eran un inagotable manantial de resignacion y de consuelos, fué reemplazado por otro sacerdote llamado Ziack.

No intentaré pintar el dolor que se apoderó de mi corazon al saber que habia de carecer de las benéficas conferencias, de las evangélicas lecciones de aquel digno Urba.... pero sí diré que corrian con profusion mis lágrimas en el momento de despedirme de él, que me arrojé en sus brazos sin poder articular palabra, y que le abracé, que le estreché contra mi pecho, cual si fuese á perder con él el ángel consolador de quien la luz y la fé me vinieran.”—Consolaos, consolaos, decíame con bondad; el padre Ziack es un eclesiástico respetable de quien queda-

reis completamente satisfecho; podreis continuar con él vuestros estudios religiosos, pues abunda en fervor y es extremadamente erudito.

Empero yo seguia llorando, porque sabia que no es fácil encontrar dos veces una alma tan tierna, tan cándida, tan animada de amor á Dios y al prójimo, como lo era la de nuestro sentidísimo Urba....

El bien que me proporcionó fué inmenso, porque á él debo haber vuelto con absoluta conviccion y para siempre al seno de la comunion católica, además de los gratísimos alivios que su ingeniosa caridad me supo procurar durante el poco tiempo que tuve la felicidad de gozar de sus consoladoras conferencias. ¡Sea pues por siempre venerado su gratísimo nombre, y bendito en mi corazon y entre mis deudos!.... ¡Quiera Dios que reciba en la tierra, así como en el reino de los justos, el premio de los angélicos consuelos que supo prodigar á los desventurados reclusos de Spielberg!

LACORDAIRE.

Los pormenores que se van á leer, relativos al ilustre orador que evangeliza hoy á la Francia con tanto fervor como buen éxito, se han

extraído de una obra del señor Guillemín, abogado empleado en el tribunal de casación. El señor de Guillemín es quien habla;

En el año de 1821 el jóven Lacordaire, á quien no conocia, presentóse en mi casa con una carta del señor Riambourg, en otro tiempo procurador general del rey y que era en aquella sazón presidente del real tribunal de Dijon, magistrado distinguido, filósofo cristiano, quien me honraba con su amistad mucho tiempo hacia. En esta carta proponíase me que recibiese como colaborador mio al jóven abogado dador de ella, y hacíase de él un retrato cuya semejanza con el original desde luego se echaba de ver que era exacta. Hablábase de su candor, de sus felices inclinaciones, de los brillantes adelantos que habia hecho estudiando el derecho en Dijon, y añadíase que no faltaba sino que diese al recomendado una buena dirección en París. Confrontando el aspecto decente, y el casi angélico semblante del protegido del señor Riambourg, y aquel candor que formaba una parte de la descripción del individuo, dije á este: "Si no comprendo mal esta frase de la carta, sobre que os indique un buen director, se trata, me parece, de que os busque un buen confesor." Y al proferir estas palabras, ví el rostro del que creia un ángel de piedad repentinamente manifestar una viva sorpresa, y oíle contestarme con apacible igennidad: "¿Confesor para mí! ¡oh, no! yo no acostumbro confesarme, por la razón de que no creo; si tuviera

la felicidad de creer, enhorabuena, me confesaría; pero no debo confesarme supuesto que no creo." Notábase en el modo con que se proferían estas palabras, aun cuando me hicieron retirar inmediatamente mi proposición, no sé qué encanto indefinible de franqueza y lealtad, que me hizo no pensar ni por un instante en negarme á la colaboracion de un jóven tan sincero y además tan bien recomendado. "La luz sin duda penetrará con el tiempo en su alma, díjeme para mí, y no debo desesperar de la conversión de un amigo del señor Riambourg, que es la austeridad y la virtud personificadas."

Entonces, dirigiéndome al jóven, le dije: "¿Será eso un obstáculo para que trabajemos juntos? ¡Oh no, caballero!"

Y por espacio de año y medio el señor Lacordaire justificó cuanto se habia dicho de su elevada inteligencia, de su florida imaginación, y del candor de su carácter y de sus costumbres. Las memorias y consultas que redactaba, y de las cuales he conservado algunos manuscritos, llevaban siempre el sello de un gran talento.

Pues me habia manifestado tanta franqueza el señor Lacordaire al confesarme su incredulidad, procuraré ser sumamente reservado con él en todo lo que á la religion concernia. No creo que me haya acontecido provocarle una sola vez á discusión alguna teológica. El era quien de motu propio entablaba siempre cuestiones á las cuales contestaba yo mas bien con la fe del corazón, que con los argumentos de la ciencia.

No tengo bien presente que tuviéramos mas que dos ó tres conversaciones sobre asuntos de esta naturaleza durante las hermosas noches del estío de 1822. El señor Lacordaire tenia un admirable modo de discutir; olvidábase absolutamente á sí propio, y no se acordaba mas que de investigar la verdad; la pureza de su vida no le permitia encontrar interés alguno en obrar en sentido contrario. Con bastante frecuencia sucedia que guardase silencio sobre las contestaciones que se daban á las objeciones que oponia, y sin convenir desde luego en ellas, las llevaba sin duda en la memoria para meditarlas á su sabor con la rectitud de sus intenciones; en una palabra, buscaba la luz de buena gana.

En 1822 el señor Lacordaire tuvo á bien seguirme al conferírseme el empleo de abogado en el tribunal de casacion y en los consejos, empleo que era sin disputa el de mas consideracion en aquel tiempo. Las árduas cuestiones de derecho se tratan ante aquella suprema jurisdiccion, poco mas ó menos como en las cámaras las legislativas, y la sala de audiencia del tribunal de casacion bien pudiera denominarse la tribuna de la jurisprudencia. La elocuencia del señor Lacordaire se adaptaba todavia mejor á esta especie de elevada discusion que á simples cuestiones de hecho.

El señor Lacordaire no tenia aún veintidos años, y á pesar del decreto de 20 de noviembre de 1822, que se revocó posteriormente, tomaba parte en los debates sin que los magistrados se

informasen sobre su edad que parecia ser menos todavia de lo que en realidad era; su talento era el salvoconducto de su palabra.

Proseguíamos de este modo en nuestras tareas cuando uno de los primeros dias del mes de mayo de 1823 por la mañana, entró á mi estudio mi jóven colaborador y me dijo con conmovido acento: —“Voy á separarme de vos.—¿Y por qué? ¿nos hallamos tan bien los dos juntos! — Es que no me voy á trabajar en mi profesion á otra parte; es necesario que os confiese que hace seis meses que estoy luchando; ahora ya CREO, y CREO con conviccion tan íntima, que para mí no hay medio; es preciso que me consagre á Dios, es preciso que abrace el SACERDOCIO.”

Al oír aquella imprevista revelacion una especie de temblor sobrecogióme. No se trató de un viaje lejano como se ha dicho por la prensa, sino únicamente del seminario de San Sulpicio á donde el jóven converso tenia el buen pensamiento de ir espontáneamente á recoger la ciencia y piedad verdaderas; lo único que detenia al señor Lacordaire era que deseaba conseguir un lugar de capense á fin de disminuir, en todo aquello que en su mano estuviese, los desembolsos de su familia, que habia hecho ya por él muchos sacrificios pecuniarios. “No sé, le dije, lo que se debe hacer para alcanzar ese favor; pero vamos á ver al señor abate Boudot ó al señor abate Borderies, que son vicarios del arzobispado, á quienes tengo el honor de cono-

cer particularmente, y ellos nos dirán qué pasos es indispensable que demos.”

Esta vocacion presentaba indicios tan notables de verdad y de santo fervor, que me sentí como impelido por una súbita revelacion y con alas para volar con la velocidad de aquel ángel hácia el logro de sus deseos; por otra parte, íbamos á dar al manantial de los acertados consejos. Todo lo que acabo de referir habia acaecido en el espacio de unos cuantos minutos, y como no vivia yo léjos de la catedral de Nuestra Señora, en menos de media hora ya nos habiamos visto con el señor abate Boudot, compatriota nuestro, quien nos recibió con su genial bondad y nos envió hácia el señor abate Borderies, que estaba en el arzobispado, á fin de que con él hablásemos. Después de las primeras indicaciones y de haberle dicho lo que sabia tanto por lo que me habia dicho el señor Riambourg como por lo que yo mismo habia notado, y especialmente por la franqueza del jóven Lacordaire, llevòle á parte el señor Borderies, sin duda para hacer mas completo exámen, y volvió con él manifestando aquel contento del buen pastor que llora por exceso de júbilo. Todos los que conocieron de cerca al señor Borderies, á quien la diócesis de Versalles, tantos amigos que tenia y mas que todos su digno sucesor en el obispado, llorarán todavia por espacio de mucho tiempo, saben cuan acertado ojo tenia para calificar las almas que á sus desvelos estaban confiadas. Habia formado

juicio del corazon del buen Lacordaire, é inmediatamente le dijo: “Escribid simplemente á vuestro obispo la carta que voy á dictaros.” Y después de haberle hecho las indispensables preguntas acerca de su nombre, su edad y su pais natal, dictòle en efecto una carta concebida en los términos mas sencillos, en la cual se solicitaba un *auto de excorporacion*, por que, decia la carta, *ha alcanzado de la bondad del Ilmo Señor arzobispo de Paris un lugar de capense en el seminario de San Sulpicio.*

Pocos dias después expidióse la concesion, y el señor Lacordaire entró en el seminario de Paris el 12 de mayo de 1823, aniversario de su nacimiento como tanto lo habia deseado.

No tardó en esparcirse por Dijon la noticia de este suceso y admiráronse todos de que el señor de Boisville hubiese accedido tan fácilmente á la solicitud tratandose de un individuo tan eminentemente distinguido; pero el Ilustrisimo señor obispo contestó que no le conocia, y que la carta que habia recibido no manifestaba por su estilo semejante distincion en el individuo que la dirigiera.

La familia del señor Lacordaire se afligió mucho á los principios. Estaba yo muy inocente de aquel pesar que recibia, y sin embargo no me vi libre de que de mí se sospechase; pero tuve la oportunidad de explicarme con la piadosa madre, que me dió una satisfaccion y que encontró en su fe y vigor la suficiente fortaleza para sobrellevar con resignacion tama-

ño sacrificio. Fuéle devuelto su hijo á su salida del seminario, y éste ya no se separó de ella; pero pocos años después tuvo el dolor de perderla y el consuelo de recibir sus últimos suspiros.

Volvíle á ver disfrutando de gran felicidad, en Roma, durante las vacaciones del año 1838, á donde me trasladé con mi hijo que tedria entonces de once á doce años. El señor Lacordaire, desde arriba del Palacio Albani que era donde moraba, tuvo á bien indicarnos la circunscripcion de la antigua Roma y la division de las siete colonias. “¿Quien nos hubiera dicho hace cinco años, exclamó con grata emocion, que nos encontraríamos hoy en Roma, vos con un hijo (en 1823 no lo tenia) y yo CONVERTIDO EN SACERDOTE?”

PIEL Y REQUEDAT.

Después del señor Lacordaire cuya interesante historia acabamos de referir á nuestros lectores, preséntanse dos jóvenes distinguidos por su inteligencia, por sus talentos y por las nobles dotes de su alma, y estos son Piel y Requedat, primeros compañeros del restaurador de la orden de Santo Domingo en Francia.

Luis Piel nació en Lisieux el año de 1808. Asuntos de familia obligáronle á que interrumpiese sus estudios, á los cuales habia dado principio de un modo brillante. Trasladóse á Paris y colocóse en una casa de comercio, sin tener gusto á esta carrera. Indújole un dia su imaginacion á hacer versos, los cuales envió al cacionero Berenger, quien le contestó de un modo sobre manera lisonjero.

Habiéndose vuelto en breve al seno de su familia por la repugnancia que tenia, como lo hemos dicho, á la ocupacion de dependiente de comercio, colocóse en un oficio de escribano. Este empleo tambien le disgustó y manifestó á su padre formalmente que queria ser arquitecto. Nada le detuvo para llevar á cabo la determinacion última que tomara, y á la edad de veinticuatro años dedicóse con entusiasmo y con empeño al estudio de la arquitectura, y desde luego se propuso seguir una senda separada y trabajar en la renovacion del arte bajo el punto de vista religioso.

Desgraciadamente ni él ni sus compañeros comprendian suficientemente que la moralidad del artista es un indispensable elemento para que se pueda distinguir en el arte que cultiva. Sin embargo Buchez, que en aquella sazón se ocupaba en formular su sistema filosófico, que apoyaba en el cristianismo, no tardó en contar á Piel en el número de sus adeptos; y á pesar de lo incompleta que era la doctrina de aquel filósofo, sirvió para que se encaminase el joven

arquitecto hacía la fe, por medio de la ciencia, la historia y al arte.

Habiéndole conducido á Nantes la esperanza de edificar allí una iglesia de un estilo verdaderamente católico, tuvo la felicidad de entablar allí relaciones con dos hombres que debían ejercer en su porvenir la mas salutífera influencia; estos fueron Pedro Requedat y Thomasco. El primero de ambos cautivó su corazón, y el segundo iluminó su entendimiento.

El señor Thomasco habia echado de ver cuánta abnegacion y cuánto heroísmo existían en aquella alma de arquitecto que quería consagrar todo su talento á la gloria de un Dios á quien todavía no sirviera, y moderaba con prudentes consejos la impaciencia algo fogosa de su amigo. “La paciencia, decíale, es superior al ingenio, porque es la virtud misma. Meditad en que el arte os necesita, y pensad en que en esta época miserable es uno de los mas dignos medios con que podeis tributar homenaje á Dios supuesto que acaso sois el único en Europa que comprenda ese arte como cristiano. Os lo digo porque creo que ese pensamiento, en lugar de enorgulleceros, os hará mas severo para con vos mismo por lo que hace al empleo que debeis hacer del tiempo y vuestras facultades.” En seguida inducíale á llegar, por medio de la humildad, á una fe práctica.

Piel, habiendo regresado á Paris; fuése á ocultar en una vivienda de la calle del Claustro de Nuestra Señora. Desde las celosías de su cuar-

to percibía la catedral y el hospital de caridad; la mansion del Señor y la morada de los pobres. De este modo habíalo todo dispuesto Dios para dar la postrera lección á aquel corazón de artista. Una de sus hermanas que era buena, sensible y piadosa, era la cabeza de aquella modesta familia. El ejemplo de las virtudes de aquella jóven conmovía á Luis, empero no le inducía á imitarlas.

“Es verdad que oíamos hablar, dice uno de sus amigos (el señor Teyssier), de quien tomamos este relato es verdad que oíamos hablar de vez en cuando de individuos que se volvían sinceramente á Dios, siendo muchos de ellos conocidos nuestros; pero estos lejanos ejemplos prestaban poquísimo vigor á nuestra flaqueza que se hallaba robustecida por un dilatado hábito de sistemática indiferencia para con las cosas del culto.”

No tardó Requedat en ir á reunirse en Paris á Piel, su querido amigo. Muy débil es, en verdad, esta denominacion de amigo para caracterizar la intimidad con que aquellas dos almas se hallaban unidas. Lo que el uno quería, igualmente lo quería el otro; lo que el uno hacía también lo hacia el otro. Tenían los mismos sentimientos, la misma voluntad, los propios deseos; en una palabra, eran hermanos, porque como hermanos vivían. Piel era el mas fuerte por lo que hace á la inteligencia y á la ciencia que tenia adquirida; empero érale superior Requedat en las sensaciones y en la eleva-

cion del alma. El fué el que cediera primero á la gracia que desde mucho tiempo hacia le estaba instando á que se rindiese; el fué el primero que se arrojara á lospiés del sacerdote que reconcilia y que participara del manjar divino.

Cuando supo Piel que su amigo habia vuelto á la recta senda no tardó en imitarle, y escibió- á su padre diciéndole: "Dios nos concede gracias y beneficios de todo género; por eso no he querido yo serle mas tiempo ingrato. Ya estaba decidido yo á normar mis acciones á mi creencia, porque no bastaba con que creyese todo lo que enseña la Iglesia, sino que tambien era preciso que practicase lo que manda que se practique, y esto es lo que he hecho. . . . Tuve la oportunidad de conversar sobre este particular con mi excelente amigo, quien habló á su director de conciencia con quien fui á verme.

La piadosa hermana de Piel encon.rábase junto á la santa mesa, cuando el neófito recibió el sacramento de la Eucaristia. "En un mismo dia, decia en una carta á su padre esta admirable jóven, en el mismo banquete, y puestos el uno al lado del otro, recibimos ambos la Pascua. Lo que he sentido durante la misa, y especialmente hallándome á la mesa eucarística, es inefable. Yo habria querido que hubieras estado conmigo para que hubieses participado de mi ventura. . . . ¡Ay qué dia aquel, amado padre! . . . ¡Si vieras con qué paso camina Luis por el sendero de los perfectos! ¡Ay! entonces

si podrias llamarte un venturoso padre como realmente lo eres. Regocijate y bendice á Dios por haberte dado tal hijo. Si te ocasionó algun pesar entrega al olvido aquel tiempo que ya pasó y que le tiene Dios perdonado. Olvida todos tus otros males y entrégate completamente al júbilo que debe causarte su regreso á la buena senda. En cuanto á mí, he derramado lágrimas y no sé cómo demostrar mi gratitud al que nos ha colmado de contento."

Ambos amigos reunidos en el Señor, no tardaron en consagrarse absolutamente á él en la órden de los hermanos predicadores. Requedat fué tambien el que diera el ejemplo en esto, y su amigo Piel le siguió á poco.

El 30 de abril escribia este último á su padre, desde Marsella, lo siguiente: "Me despido otra vez de tí antes de ausentarme de esta tierra de Francia, donde permanecerá mi corazon cuanto la obediencia me lo permitiere. Dios me ha concedido la gracia de haber siempre amado mucho á la patria; le tributo las gracias en este momento en que es su voluntad que me aleje. Dejo en ella un padre á quien entrañablemente amo, amigos muy queridos, y sobre todo, sepulcros que encierran preciosas cenizas. No me ha sido posible orar en ellos como lo habia deseado con ardor cuando emprendí mi último viaje, però tú pagarás por mi esta deuda en compañía de la familia. Cuando veais en necesidad á personas que no sean del país, auxilia-

las en el nombre de Jesucristo y en memoria de mi ausencia. Dios es testigo de que nunca cesé de amaros. Habria querido proporcionaros á todos mayor tranquilidad durante vuestros últimos dias, y habria apeteuido llenarte á tí de regocijo con aquella poca de gloria que parecia prometerme el mundo; pero demos ahora al olvido aquellos frívolos proyectos con que tanto nos engreiamos”....

Llegado que hubo á Roma escribió de nuevo á su padre: “Hoy he ofrecido la comunión á Nuestro Señor por intencion tuya. He puesto á tí y á vosotros todos bajo la proteccion divina, y le he pedido que se sirva hacer que palpeis los efectos de su tierna Providencia, que os haga conocer lo que puede haber de ventajoso para vuestra salvacion y la mia en la separacion que ha operado, que mitigue el pesar que hoy esa separacion cuesta y que le quite su amargura; pídele sobre todo, que se cumpla su divina voluntad en nosotros, ahora y hasta el cabo. No te olvides, queridísimo padre mio, que al sacrificarme tú al Señor, no puedes alcanzar mérito alguno sino en virtud de los sentimientos de amor y gratitud que acompañen tu sacrificio. He sido, y soy aún el último de los pecadores, mas espero que en consideracion á tu fe, á tu ancianidad que necesita apoyo y á las esperanzas que en mí cifraras, se servirá mirar nuestra separacion como una deuda que procuro satisfacer y como un sacrificio que tú por tu parte consumas. Ya verás como le es

acepto y como te lo tiene en cuenta el dia que á su presencia comparezcas.”

El Señor tenia ya dispuesta una corona para aquellas dos almas preciosas. Requetat, á quien siempre tocaba la iniciativa de las gloriosas citas, fue el primero que se ausentara de la tierra. Murió el 2 de setiembre de 1840, despues de haber estado padeciendo, por espacio de un año y dos meses, de una enfermedad durante la cual desplegó un valor, una paciencia, y una resignacion admirables.

El 17 de diciembre de 1841 reunióse Piel á su digno amigo. Tuvo una enfermedad de sobre seis meses. El 17 de diciembre se debilitó de tal modo, indicaba su semblante un abatimiento tan grande, que se consideró que era tiempo de que el sacramento de la Extremauncion se le administrase. Preparóse á este acto, y consumólo con sosiego una hora después de haberse unido, en virtud de la santa comunión, á su Salvador amadísimo. El efecto que produjo en él la recepcion de ambos sacramentos, fué prodigioso; esparcieron en su alma una indefinible mansedumbre, y desde aquel momento hasta su muerte estuvieron llenas sus palabras de una uncion y de una dulcedumbre que no se cansaban de admirar los que le vieran.

Nuestro Señor, que, durante el curso de su enfermedad, se habia siempre mostrado para con él tan bueno, dió en aquellos momentos mayor fortaleza á su alma. Lleno de humilde ar-

repentimiento y de un vehemenísimo deseo de unirse al Criador: ¡“Cuánto padezco, decía de vez en cuando, cuánto padezco, Dios mio! pero no me quejo, Señor, no me quejo; todo esto nada es comparado con lo que merezco. ¡Ay cuán grande es la divina misericordia supuesto que me sacó del abismo en que me encontraba y permitió que viniese yo á morir aquí, en medio de tantas gracias, en el seno de la santa Iglesia y auxiliado con todos los sacramentos!”

Y volviéndose á su crucifijo, besábalo con intenso amor diciendo: ¡“Dulce Jesus, dulce Jesus mio, cuán bueno sois, cuán bueno! . . . Luego que me pongo á meditar en todo lo que he hecho contra Dios, no comprendo como ha podido tener de mí misericordia. ¡Ay Dios mio, son graves en tal extremo mis pecados! . . . Toda mi esperanza está cifrada en la sangre de Jesucristo.” Y besaba de nuevo el crucifijo y lo apretaba contra los labios repitiendo: “¡Dulce Jesus, dulce Jesus mio!”

Uno de sus dignos hermanos, aquel de ellos que le velaba, suplicale que cuando estuviese cerca de Dios se acordase de aquella orden naciente, de su padre, de sus hermanos y de su patria. Levantó entonces la cabeza, y con una mirada en que se pintaba el cariño: “¿Cómo podeis imaginaros, contestóle, que os llegue jamás á olvidar en cualquier parte en que estuviere?”

En aquel momento parecieron disminuirse un tanto cuanto sus padecimientos y su respira-

cion fué menos ruidosa; dijo que deseaba dormir un poco y que estuviesen un rato sin hablarle. Media hora despues habia entregado á Dios su alma.

De este modo se durmieron en el Señor los dos jóvenes cuya conversion hemos referido, de suerte que podemos abrigar la esperanza de que serán para nuestra Francia agradables hostias que atraeran sobre tantos corazones que están apartados de Dios, la abundancia de las celestiales bendiciones.

DELAURO-DUBEZ.

Alí teneis un anciano que, después de haber llegado al invierno de la vida, y viéndose honrado de la mas alta consideracion en las honoríficas funciones de la magistratura, echa por fin de ver que ha perdido, en un trabajo inútil, los dilatados años de su existencia. Percibe que á la vez que ha estado haciendo uso de los dones de que le habia colmado el cielo, ha olvidado y desconocido al Bienhechor que se los habia, tan generosamente, concedido. El medio de que se sirve la bondadosa Providencia para conducir al sendero de la verdad al magistrado sexagenario, es el recuerdo de una ma-

repentimiento y de un vehemenísimo deseo de unirse al Criador: ¡“Cuánto padezco, decía de vez en cuando, cuánto padezco, Dios mio! pero no me quejo, Señor, no me quejo; todo esto nada es comparado con lo que merezco. ¡Ay cuán grande es la divina misericordia supuesto que me sacó del abismo en que me encontraba y permitió que viniese yo á morir aquí, en medio de tantas gracias, en el seno de la santa Iglesia y auxiliado con todos los sacramentos!”

Y volviéndose á su crucifijo, besábalo con intenso amor diciendo: ¡“Dulce Jesus, dulce Jesus mio, cuán bueno sois, cuán bueno! . . . Luego que me pongo á meditar en todo lo que he hecho contra Dios, no comprendo como ha podido tener de mí misericordia. ¡Ay Dios mio, son graves en tal extremo mis pecados! . . . Toda mi esperanza está cifrada en la sangre de Jesucristo.” Y besaba de nuevo el crucifijo y lo apretaba contra los labios repitiendo: “¡Dulce Jesus, dulce Jesus mio!”

Uno de sus dignos hermanos, aquel de ellos que le velaba, suplicale que cuando estuviese cerca de Dios se acordase de aquella orden naciente, de su padre, de sus hermanos y de su patria. Levantó entonces la cabeza, y con una mirada en que se pintaba el cariño: “¿Cómo podeis imaginaros, contestóle, que os llegue jamás á olvidar en cualquier parte en que estuviere?”

En aquel momento parecieron disminuirse un tanto cuanto sus padecimientos y su respira-

cion fué menos ruidosa; dijo que deseaba dormir un poco y que estuviesen un rato sin hablarle. Media hora despues habia entregado á Dios su alma.

De este modo se durmieron en el Señor los dos jóvenes cuya conversion hemos referido, de suerte que podemos abrigar la esperanza de que serán para nuestra Francia agradables hostias que atraeran sobre tantos corazones que están apartados de Dios, la abundancia de las celestiales bendiciones.

DELAURO-DUBEZ.

Alí teneis un anciano que, después de haber llegado al invierno de la vida, y viéndose honrado de la mas alta consideracion en las honoríficas funciones de la magistratura, echa por fin de ver que ha perdido, en un trabajo inútil, los dilatados años de su existencia. Percibe que á la vez que ha estado haciendo uso de los dones de que le habia colmado el cielo, ha olvidado y desconocido al Bienhechor que se los habia, tan generosamente, concedido. El medio de que se sirve la bondadosa Providencia para conducir al sendero de la verdad al magistrado sexagenario, es el recuerdo de una ma-

dre querida; preciosísimo estímulo es este para aquellas madres cristianas que tantas lágrimas derraman sobre sus descarriados hijos, objetos de todo su cariño, de todos sus desvelos, y que les van preparando de este modo la senda del arrepentimiento después de los mas dilatados extravíos. El señor Delauro-Dubez, *jornalero de la hora undécima*, consagró los últimos diez y ocho años de su vida á trabajar en la viña del Padre de familia. Sus virtudes y sus escritos han hecho volver al sendero de la religion á muchas almas que andaban como él discurriendo por los tristes desiertos de la incredulidad.

El señor Delauro-Dubez murió el 30 de agosto de 1839. He aquí los términos en que refiere su conversion él mismo.

“HE vivido sin religion hasta los sesenta y cuatro años de edad, á pesar de que tuve á la vista, entre los miembros de mi familia, dechados de todas las virtudes cristianas, y á pesar de haber sido testigo de la vida ejemplar que pasaban muchos de mis parientes cercanos.

“A consecuencia de mi empleo tuve que domiciliarme en Montpellier, en una época en que las doctrinas irreligiosas eran allí las opiniones dominantes. Esta circunstancia, y la de mi aislada posicion que era de todo punto independiente, debian naturalmente robustecerme en mis errores. ¡Quién me hubiera dicho en aquel tiempo que mi razon, tan altanera, habia de humillarse, de allí á poco, hasta

el grado de adorar con humilde fe arcanos de oscuridad para mí tan impenetrable, tan espantosas para la mente, que eran el escándalo de la humana sabiduria, y que habia de acontecer esto precisamente en los momentos en que estaba ya arraigada en mí la costumbre de considerarlos como los juguetes con que la supersticion se entretenia?

“A fines del año trascurrido desde mi cambio de domicilio complaciame frecuentemente en dar solitarios paseos por las cercanias de Montpellier. Durante uno de estos paseos fuéronse á fijar mis ideas, ignoro como, en la época de mi niñez y en mis primeros años juveniles: Acordéme con una verdadera delicia de aquel tiempo de inocencia y ventura, de los cuidados, de las complacencias y de los afectuosos desvelos que empleaba para conmigo la mas tierna de las madres á fin de apartar de mí el funesto contagio del mal. ¡Cuan precioso fué para mi corazon el recuerdo de los principales rasgos de aquella hermosa vida consagrada hasta los cuarenta y ocho años de edad al constante ejercicio de obras caritativas! ¡Cuanto fué viva la emocion de que me sentí penetrado al ir recorriendo en mi memoria aquel humor afable y uniforme, aquel caracter franco, jovial y placentero, tan propio para dar á su virtud nuevos hechizos, tan á propósito para que las almas mas frias no pudiesen menos de amarla; aquellas sus visitas diarias á los hospitales y á las cárceles, y aquel industrioso fervor que em-

pleaba para descubrir esos tristes y oscuros lugares donde los pobres vergonzantes ocultan sus horribles miserias!

“Veíala yo prodigando á todos consuelos, enjugando lágrimas, cubriendo las necesidades ajenas y mitigando ajenos pesares. Contemplábala en las plazas públicas, en las calles y hasta en su cuarto rodeada de pobres que ocurrían á ella cual si fuese su común madre, y recreábame mirándola olvidarse á sí misma por socorrerles, distribuyendo entre ellos sus vestidos y las provisiones á su propia familia destinadas. ¡Qué modestia la suya! ¡que celestial recogimiento cuando á los templos concurría! ¡qué sólida piedad, qué sencilla y qué constantemente amable!

“En los últimos años de su vida ya no podía salir de casa con motivo de sus dolencias. Sus manos, aunque débiles y extenuadas, ocupábanse sin cesar en descoser y en arreglar vestidos viejos, y hasta andrajos que le enviaban algunas personas caritativas para los hijos de los pobres. ¡Cuanto me fueron deliciosas, amadísima madre mía las lágrimas que me hizo verter el recuerdo de las virtudes que habíais practicado en la tierra!... Pero cuando eché una ojeada sobre mí mismo, ¡que doloroso contraste observé, contraste que abrumó mi alma! Los remordimientos anegaron mi corazón en amargura; revelábanme que fuera de este mundo existe una justicia soberana. Algunos tristes pensamientos penetraron en mi ánimo y lo

trastornaron. “¡Oh tú, la mas tierna de las madres! exclamé; ¿seria cierto que esa eternidad de ventura de que tanto me hablaste siendo niño se hubiese ya realizado en tí y que mis insensatas opiniones me condenasen, á estar separado de tí para siempre?... ¿Seria posible que me llegase yo á ver forzado á blasfemar de ese mismo Dios que hubiera premiado tus méritos con una felicidad sin límites.”

Totalmente abandonado á estas ideas, habia llegado sin echarlo de ver á una una distancia sumamente próxima de la iglesia del seminario. De repente y como á pesar mio caigo de rodillas delante de la reja que separa al vestibulo del interior, y exclamo: “¡Oh Dios de mi madre! si, como ella me lo asegurara, sois la verdad, la sabiduría y la bondad suprema; si es cierto que me habeis hecho para vos, y que ois los sinceros deseos que abriga un corazón desventurado, os pido y os suplico que empleeis vuestro poder en socorrerme; manifestaos á vuestra criatura, sed su luz y su vida, jenseñadle qué camino debe tomar para que pueda llegar hasta á vos!”... Mi agitacion era extrema, corrian con profusion mis lágrimas, pero al cabo de algunos instantes sentí que la tranquilidad renacia en mi alma y levantéme con la firme resolucion de buscar la verdad de un modo sincero.

“Pocos dias despues marchéme para Rodez á donde debia pasar el tiempo de las vacaciones. La mayor parte de este tiempo ocupelo

en leer los pensamientos de Pascal, los de Bossuet, diversos sermones de Bourdaloue y de Masillon sobre la verdad de los dogmas de la religion cristiana, y las confesiones de San Agustin en las cuales encontré reflexiones tan sólidas como consoladoras sobre la grandeza de la bondad y misericordia divinas. Este ilustre doctor de la iglesia, prueba, con su ejemplo, que aquel que gime bajo el peso de la mas inveterada costumbre no debe abandonarse á un funesto despecho; trabajo cuesta resistirse á la corrupcion de la naturaleza, pero por fin se cambia este combate en una dichosa libertad y en un indecible contento. Hice á la situacion en que me veia la aplicacion de este lindo pasage: "A donde está Dios allí está la verdad; hállase en el fondo de vuestro corazon, empero vuestro corazon de él se aparta. Penetrad, penetrad en vos mismo, y encontrareis allí, no lo dudéis, al que os hiciera. ¿A donde vais atravesando esos ásperos y asolados lugares? Por qué habeis de estar pasando y volviendo á pasar incesantemente por esas vías duras y penosas? Buscáis la vida venturosa, pues no es ahí donde la encontrareis; cómo ha de estar la vida venturosa donde ni siquiera vida existe? Yo tambien me engañé como vosotros; yo tambien recorrí mucho tiempo, con una increíble fatiga, los tenebrosos laberintos de una falaz filosofia; comí el acerbo pan del error á costa del sudor de mi frente.

Pero cansado de vagar tristemente lejos de

la verdad, lejos de Dios, volví á él y entonces disfruté de sosiego. Hasta después de haber conocido los bienes de la tierra y los del cielo, no fué cuando exclamé con toda la efusion de mi alma: "¡A vos, á vos sola es á la que quiero, oh justicia, oh inocencia que estais rodeada de un esplendor puro y brillante y que saciais completamente nuestros mas insaciables deseos! ¡en vos se encuentra un profundo sosiego, una vida llena de una tranquilidad inmensa! el que entra en vos entra en la plenitud de la alegría y colma deliciosamente su sed en el manantial del bien supremo. ¡Ay de mí! en los dias de mi juventud, resbalando por la pendiente de los placeres, alejéme de vos rápidamente, ¡oh verdad inmutable! y al momento, vagando al acaso, trasforméme para conmigo mismo en una region de dolor é indigencia. ¡Qué otra suerte era natural que esperase? Nos habeis hecho para vos, ¡oh Dios mio! y nuestro corazon se siente agitado sin cesar hasta el instante en que en vos descansa."

Estas detenidas lecturas disiparon todas mis dudas, todos mis errores. De vuelta á Montpellier acerquéme á un sacerdote recomendable por su edad, por sus virtudes y por sus luces, quien me ayudó con una bondad paternal, y con un fervor apostólico, á ver claro por entre el caos de mi tenebrosa conciencia, y después de haber pasado por la prueba á la cual juzgò él conveniente someterme tuve la felicidad de cumplir con mi deber pascual.

“¡Cuántas lágrimas derramé entonces, y cuántas he vertido desde aquel venturoso día al acordarme de mis dilatadísimos extravíos! Pero esas lágrimas no han hecho mas que aumentar la paz, el sosiego y la dicha de que por espacio de tanto tiempo me habia privado. Durante las prolongadas enfermedades que he padecido, la religion ha venido á calmar mis dolores, á mitigar mis males y á prodigarme los mas deliciosos consuelos. En estos casos complaciame en penetrarme de las memorables palabras de Domat. Este célebre jurisconsulto, tendido en su lecho de muerte, entregado á los intensos padecimientos que le ocasionaba una dolorosísima agonía, y en medio de sus numerosos amigos que contemplaban con asombro la serenidad de su semblante, decia: “No basta para un verdadero cristiano que sobreleve con resignacion sus males; debe hacerlo tambien con alegría en expiacion de su muchas infidelidades.”

“Desde la época de mi conversion he leído infinitas obras sobre las pruebas de la religion y he cifrado en esta lectura mis delicias porque me ha dado la mas completa certidumbre de la verdad del cristianismo. Mientras mas he meditado estas pruebas, mas las he ido profundizando y mas se han ido robusteciendo en mi la íntima conviccion en que ya estaba. Las luces que he adquirido en esas obras han sido infinitamente superiores á cuanto mi razon hubiera apetecido.

“Mi vuelta á la fe ejerció desde luego alguna influencia en la de uno de los miembros del tribunal, el señor B*** hombre distinguido por sus luces y sobre todo por una rectitud de ánimo y una concision analítica, en sus opiniones, verdaderamente admirables. Habia adquirido estas preciosas cualidades por medio del estudio de las matemáticas trascendentales y de sus progresos en la ciencia del cálculo de las probabilidades que perfectamente poseia. Después tuvo la grata satisfaccion de que me agregase al número de sus mas íntimos amigos.

“Otro magistrado perteneciente al mismo tribunal, que habia estado al alcance de apreciar en su justo valor el juicio sólido y la rara sagacidad del señor B*** sobre todo en dictámenes que presentaban cuestiones sumamente difíciles, asombrado del cambio extraordinario que se operara en él con respecto á la religion, no dudó de que debia haber tenido poderosísimos motivos para variar en aquellos términos y se decidió á leer algunas obras de las que existen en apoyo del cristianismo. Este magistrado, habiendo abandonado sus errores, practica desde entonces, con fervor y edificacion, todos los deberes religiosos.

“En fin, uno de mis parientes que estaba imbuido en las malhadadas ideas de la filosofía, cayó, hace algun tiempo, gravemente enfermo. Entablé correspondencia con él con motivo del triste estado de su salud, y le dirigí la historia

de mi conversion; leyóla y volvióla á leer y siempre fué derramando lágrimas.

“Ofrecile que haria para su uso, un análisis de las principales pruebas de la religion cristiana, y habiéndome contestado que le daria mucho gusto verlo, di principio á la obra. Este opúsculo produjo felicísimos efectos, gracias al Maestro supremo de las inteligencias y de los corazones. El mismo amigo me instó á que lo publicase.

“¿Permita el cielo que sea útil á aquellos de entre mis lectores que, por no hacer un maduro exámen, se han apartado de la religion ó están atormentados de una duda destrozadora! Hallándome ya próximo al término en que todo, menos la verdad, desaparece para el hombre; en una edad en que la fascinacion de los sentidos se disipa, y el tumulto de las pasiones se calma, acaso tengo algun derecho á que me escuchen aquellos á quienes deseo enseñar el camino de la verdadera filosofía, de la felicidad verdadera.

VEUILLOT.

Un viaje hecho á Roma en compañía de varios amigos cristianos, fué la causa de que volviere á la fe católica esa alma selecta, que, des-

pués de haber estado sometida á la trise influencia de su siglo, ha consagrado toda su existencia á la defensa de la verdad. Hemos extraído, los pasajes que presentamos á nuestros lectores, de la excelente obra intitulada: *Roma y el Loreto*

“A nada me decidia yo sin embargo! De dia en dia, de hora en hora lo iba diferiendo, y habia trascurrido mas de un mes que habia empleado en iluminar mis ideas, en disipar las tinieblas de mi ignorancia, en resolver mis dudas, en pulverizar mis objeciones; y á pesar de esto, ¡extraña y terrible circunstancia! en la incertidumbre de mi voluntad no se operaba cambio alguno. La conviccion de la existencia de Dios habíame conducido á las convicciones del catolicismo. No batallaba yo sobre los dogmas, porque nada presentaban á mi ánimo que no fuese fácil de admitirse; y cuando encontraba algo que no era para mí completamente claro, siquiera concebía que era porque no podía comprenderlo. Dios, sin duda, habia querido concederme esta gracia en atencion á la buena fe con que obraba. Tampoco discutía, fácil es de creerse, sobre la necesidad de decidirme de una vez á encaminarme hácia Dios. Empero mientras mas débiles se volvian los vínculos que me detuvieran menos me atrevia á confesarlo y más miedo me daba contemplarlos. El pecado estaba domiciliado en mi alma, y defendía su posicion sugiriéndome mil artificios y mil demoras. Deseaba yo sin duda su derrota, pero te-

de mi conversion; leyóla y volvióla á leer y siempre fué derramando lágrimas.

“Ofrecile que haria para su uso, un análisis de las principales pruebas de la religion cristiana, y habiéndome contestado que le daria mucho gusto verlo, dí principio á la obra. Este opúsculo produjo felicísimos efectos, gracias al Maestro supremo de las inteligencias y de los corazones. El mismo amigo me instó á que lo publicase.

“¿Permita el cielo que sea útil á aquellos de entre mis lectores que, por no hacer un maduro exámen, se han apartado de la religion ó están atormentados de una duda destrozadora! Hallándome ya próximo al término en que todo, menos la verdad, desaparece para el hombre; en una edad en que la fascinacion de los sentidos se disipa, y el tumulto de las pasiones se calma, acaso tengo algun derecho á que me escuchen aquellos á quienes deseo enseñar el camino de la verdadera filosofía, de la felicidad verdadera.

VEUILLOT.

Un viaje hecho á Roma en compañía de varios amigos cristianos, fué la causa de que volviere á la fe católica esa alma selecta, que, des-

pués de haber estado sometida á la trise influencia de su siglo, ha consagrado toda su existencia á la defensa de la verdad. Hemos extraído, los pasajes que presentamos á nuestros lectores, de la excelente obra intitulada: *Roma y el Loreto*

“A nada me decidia yo sin embargo! De día en día, de hora en hora lo iba diferiendo, y habia trascurrido mas de un mes que habia empleado en iluminar mis ideas, en disipar las tinieblas de mi ignorancia, en resolver mis dudas, en pulverizar mis objeciones; y á pesar de esto, ¡extraña y terrible circunstancia! en la incertidumbre de mi voluntad no se operaba cambio alguno. La conviccion de la existencia de Dios habíame conducido á las convicciones del catolicismo. No batallaba yo sobre los dogmas, porque nada presentaban á mi ánimo que no fuese fácil de admitirse; y cuando encontraba algo que no era para mí completamente claro, siquiera concebía que era porque no podía comprenderlo. Dios, sin duda, habia querido concederme esta gracia en atencion á la buena fe con que obraba. Tampoco discutía, fácil es de creerse, sobre la necesidad de decidirme de una vez á encaminarme hácia Dios. Empero mientras mas débiles se volvian los vínculos que me detuvieran menos me atrevia á confesarlo y más miedo me daba contemplarlos. El pecado estaba domiciliado en mi alma, y defendía su posicion sugiriéndome mil artificios y mil demoras. Deseaba yo sin duda su derrota, pero te-

mia tanto como él que llegase el instante en que hubiera de quedar vencido.

Era impotente mi razon, mis mejores deseos abortaban, veíase despreciada la gracia y el temor mismo no conseguia hacerme mover á pesar de herirme con sus mas ardientes agujones. No me era posible vencer sino con el auxilio del sacramento de la penitencia, y el demonio, que reinaba en mí, me inspiraba hácia la confesion un terror invencible.

¡Pues qué! decíame yo para mí mismo, ¡iréme á arrodillar á los piés de un sacerdote, iré á descubrir ante sus ojos todos los actos de mi vida y á mostrarme á él, no cual mis amigos me conocen, sino cual verdaderamente soy! ¡iré á despojar de su manto de hipocresia tantas obras de hermosa apariencia, pero en realidad detestables por medio de las cuales he engañado á los demas captándome su aprecio! ¡y para qué todo eso? para contraer después el compromiso, con el cual no me será dable cumplir acaso, de abandonar costumbres que son las de mi vida, de vencer instintos que siempre me vencieron, y de no andar ya en pos de mil objetos que me es fácil menospreciar sin duda, pero que es imposible ¡ay de mí! que no ame. . . .

“Gustavo seguia con una cariñosa inquietud mis combates internos; esa ciencia del corazon humano que á todo cristiano hace adquirir el vigilante exámen que de su propio corazon sin cesar hace, permitiale descubrir las renacientes peripecias del mio, inspirábale la caridad que

hiciese uso, para conmigo, de sus derechos de antiguo amigo para ofrecerme discretamente los consejos que mi soberbia y mi confusion se oponian á que pidiere. Unas cuantas palabras de él bastaban para que desease desahogar el torrente de mis angustias; y ciertamente poco trabajo habria costado para que hubiese hecho aquella revelacion que tanto terror me causaba ir á confiar á un confesor. ¡Tan cierto así es que existe una necesidad natural é imperiosa de acusarse y gemir, de arrojar del alma ese peso de iniquidades que la oprime, á fin de que en ella quede amplio lugar para los sentimientos nobles y grandiosos! Pero Gustavo me decia: “No es á mí á quien debes referir tu vida; Dios no te pide que hagas estas revelaciones sino á aquellos que tienen la facultad de absolverte; en cuanto á mí, lo mas que podria hacer seria compadecerte, y aun acaso correria el riesgo de llegar á apreciarte menos. El demonio es el que nos sugiere el deseo de hacer esas confidencias, porque de ellas espera obtener una doble ventaja; tanto por el escándalo que de ellas puede resultar, como por la funesta costumbre que de ese modo se contrae de hablar de sus culpas sin lavarlas y sin sentir arrepentimiento; al mismo tiempo sabe inspirarnos horror hácia la confesion, porque la confesion, va acompañada de celestiales gracias suficientemente abundantes para que podamos triunfar de él. ¡No comprendes eso? Explicame, pues, de otro modo esa extraña pro-

pension tuya á revelar tus secretos á un hombre que puede venderlos mas bien que á un sacerdote que debe llevárselos al sepulcro, y que, probablemente ha oido muchos infinitamente mas espantosos, supuesto que otros de mas edad y mas pecadores que tú se han convertido y han alcanzado el perdon de sus culpas.

“Créeme, toma á Dios en tu axilio; pon esa fuerte guarnicion en tu alma cercada de tantos enemigos que están furiosos porque ya no pueden penetrar á ella sin obstáculo. Infinitos ensayos has hecho para obtener tranquilidad y triunfar de tí mismo, y todo ha sido en vano; pero no has hecho prueba de los medios que la religion te presenta; sírvete de ellos. Hace 1800 años que producen buenos resultados en el mundo, y fueron de grande utilidad para mí mismo; porque en esa tu continua tristeza estoy leyendo una página de mi historia. Serán omnipotentes para tí, como para todo hombre de buena voluntad siempre lo fueron. *¡Paz á los hombres de buena voluntad!* esto era en la noche de Belén lo que los ángeles cantaban.

“Por lo que hace á tu perseverancia no te inquietes; ademas de un milagro que espera la gracia, y que no podrás comprender bien sino cuando en tí se haya consumado, la Iglesia sabe retener á sus hijos en su seno cuando una vez se han arrojado entre sus brazos. Por medio de una multitud de prácticas, llenas de confianza y de dulzura que nos enseña, que multi-

tiplica, y á cada una de las cuales agrega algun nuevo favor que nos robustece, contraemos tan grata costumbre de conservar el pensamiento del cielo y de cumplir con nuestros deberes, que en breve no creemos ya que nos sea posible olvidarlos. Vivirás todos los dias bajo la proteccion de las pienes que por la mañana hubieres proferido; te dormirás bajo las alas de tu ángel bueno en todos los actos de tu vida; una palabra, el mas leve objeto, la cosa mas insignificante, bastarán para que se susciten en tí sentimientos de confianza, de amor y de arrepentimiento que Dios tornará á su cuidado hacer que fructifiquen; atenderás á sus promesas y á sus amenazas, que son santas tambien y salutaras, y te levantará si cayeres. De esto que te estoy diciendo estoy seguro; Dios lo ha hecho, no una vez, sino cien y aun mil veces al dia por mí mismo; y ante su amor no eres tú de un precio mas bajo. Esto no lo puedes saber tú, es cierto, como yo; todavia no están tus ojos maravillados y deslumbrados con esos incesantes portentos, porque Dios da el adorable espectáculo de ellos al precio de un acto de fe y de obediencia que todavia estás empeñado tú en rehusarle; permaneces al pié de un muro que te oculta las maravillas del Edén y sus frutos. Traspasa ese muro como lo han traspasado tantos otros, y verás tú del mismo modo que han visto ellos, del mismo modo que yo veo....”

“No podia yo contestar á esto; ni tampoco queria moverme. Pedía tiempo; decia que no

sabia esto ó aquello que pretendia que era de necesidad que aprendiese; no me sentia tan atribulado ni tan infeliz como se creia, ni tenia tanta prisa de entrar por la senda; ademas, no operaba Dios en mi favor este milagro; hasta entonces Dios habia tenido paciencia conmigo, sin duda todavía tendria alguna espera. —“¿Estás hoy mas adelantado que ayer? proseguia diciendo Gustavo. Si supieras cuando ha llegado la hora, lo que siente uno en no haberla violentado cuanto podia, en lugar de haberla estado obstinamente diferiendo! Reflexiona en que se aumenta cada dia el número de esas culpas cuya muchedumbre te amedrenta ya hasta el extremo de pensar si no las confesarás nunca. Lo que no sabes hoy en tu vida habrás de saberlo; quizás te olvidarás en las tinieblas de tu endurecimiento, de que eres pecador, y de que Dios te ha dado un derecho al perdon valiéndote de su ternura. Porque Dios te ha concedido espera juzgas que continuará concediéndotela; pero el tiempo que debes pasar sobre la tierra está medido, su límite es irrevocable y esta noche tal vez vas á extinguirte. No vayas á decir que eres jóven, que no has salido aún de tu edad florida, y que quieres disfrutar de tu hermosa primavera; ni tú ni yo podemos saber si no llevarás á los ojos de Dios los signos de una edad avanzada; si mañana has de morir debes considerarte anciano.

Estábamos en días de Pascuas. A fin de solemnizar, como conviene á los hijos de Dios y

de la Iglesia católica, esta festividad gloriosísima, esforzábanse mis amigos en aumentar su natural piedad, y aumentaban en efecto su vigilancia para consigo mismos y en oraciones por intencion mia. Algun motivo religioso presidia á todas las visitas que hacian en Roma, á las cuales constantemente les acompañaba; la fe y el amor hácia Dios inspiraban sus conversaciones; permanecian mas tiempo que antes prosternados ante los altares, y sentíame yo mas atribulado é inquieto que nunca, y mas que nunca irresoluto. Siempre estaba en espera de aquellas cartas que no llegaban, imaginábame que desde mi salida habrian acaecido algunas catástrofes, y que acaso con esto empezaria Dios á castigarme, ó simplemente figurábame que, olvidado de aquellos de quienes me juzgaba amado, se me iba á demostrar otra vez, lo que ya tantas otras se me demostrara, es decir, la falsía de todos los efectos.

Envidiaba la felicidad de que aquellos mis cristianos amigos disfrutaban, amándose entre sí con una amistad santa y estable, amando siempre á Dios sobre todas las cosas y viviendo continuamente en la certidumbre de su amor.

Un dia domingo propuso uno de ellos santificar la tarde con una lectura piadosa; convinieron todos en ello y yo tambien acepté de muy buena gana. Adolfo habia sacado de Paris algunos volúmenes que contenian la *Cuaresma* de Bourdaloue; leyó los [título de varios sermones;

uno preferia este, el otro aquel. Conviniéron en que se atendrian al de la época en la cual estábamos; entrabamos en semana santa.

Aunque no soy yo nada hábil en el arte precioso de la lectura en alta voz, ya por vanidad, ya por el deseo de complacer á mis amigos me habia ofrecido por lector. Presentóme pues el libro Adolfo, abierto en el sermón correspondiente al lunes de la semana; intitulábase: "*Sobre la tardanza en la penitencia.*" Al principio no puse cuidado en este título, que sorprendió á mis compañeros como me lo confesaron mas adelante, y que les hizo fijar su atención juzgando que aquel era un solemne aviso que el Señor me iba á dar en presencia de ellos. Por lo que hace á mí, positivamente no pensaba mas que en leer lo mejor que pudiera, á aquellos cristianos, un discurso que, por su naturaleza, mas que á mí les interesaria.

Nada conocia yo de Bourdaloue, pero aprendí pronto á conocerle. Sabido es como este gran predicador procede: establece y divide, en unas cuantas líneas de una claridad admirable, el asunto de su discurso; y apoderándose inmediatamente del ánimo de sus oyentes, les hiere como con un golpe de maza con el conjunto de las severas á irresistibles doctrinas que en seguida va á desarrollarles; después camina, se adelanta con tranquilidad pero sin consideración á nadie, sube como las caudalosas aguas cubriendo en toda su estension el espacio que se ha señalado, va destruyendo una tras otra

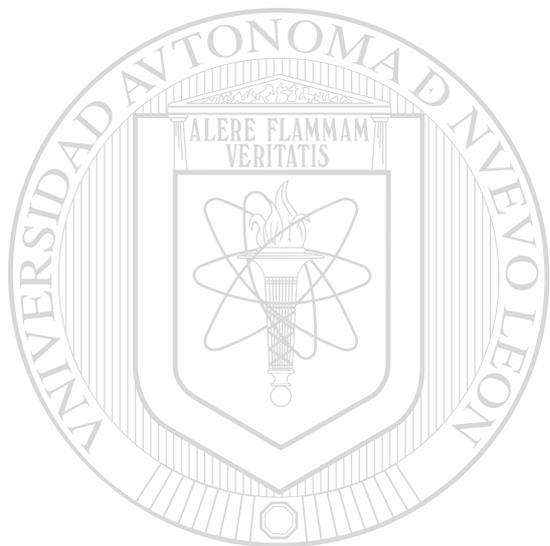
todas las objeciones, pasa de los mas fútiles á los mas fuertes y las sumerge todas en su poderoso torrente de lógica incesantemente robustecida con el vigor inmenso de la fe y con la ciencia de la doctrina que es la verdadera ciencia de Dios. No emplea sino pocas figuras, ningunas flores oratorias: no piensa en conmover y se desdena de seducir; pero se expresa con una claridad que ningun subterfugio permite, tiene un raciocinio que se eleva sin esfuerzo alguno á todas las alturas, y posee un impasible certidumbre de la evidencia que arroja á cuanto se le opondrá á la esfera de la contradicción y de la locura. Ahora bien, encontrábame yo luchando con este durísimo adversario en el último terreno que me habia quedado por refugio. Cada palabra que yo leia caia directamente sobre mi ánimo, pulverizaba mis prestos, ponía en claro mis artificios, me convencian de mi desatino y proclamaba mi locura, ó mejor dicho ya no leia sino que escuchaba con una especie de espanto y estupor mi propia voz que me parecia no ser la mia, y que, revelándome en presencia de mis amigos todos mis miserables pensamientos, me cubrian de confusión y de vergüenza. Temblaba yo, tartamudeaba, sentíame sonrojado y se llenaba de sudor mi frente; tan pronto queria dejar á un lado el libro y retirarme, tan pronto queria interrumpir lo que leia y confesar que estaba vencido que hacia solemne protesta de que no seguiria ya resistiéndome á razones cuya fuerza me dejaba absolutamente sin

disculpa, tan pronto sentia que me querian brotar las lágrimas, y continuaba por entre aquella tormenta de sentimientos encontrados, leyendo aquel sermón, aquella admonición á la vez paternal y terrible en que las amenazas de muerte figuraban al lado de las seguridades de salvación mas consoladoras, si mi deseo era el de salvarme, y que me hacían tan visiblemente conocer que en efecto, en la posición en que Dios me habia puesto, tenia yo mismo, en mis propias manos, el don de la gracia ó la sentencia de mi condenación.

Todo lo que se me tenia dicho, cuanto yo á mi mismo me decia y cuanto tenia confesarme, repetíamelo Bourdaloue á voz en creollo, con la suprema autoridad de la santa Escritura, con la de los santos Padres, con la de su propio ingenio, y esto por medio de palabras que penetraban como puñales candentes hasta lo mas recóndito de mi conciencia: "Hoy vengo á decir, clamaba aquel predicador, lo que el ángel dijo en la cárcel á San Pedro: *Surgite velociter: levantaos sin tardanza*. Bien sé yo cual es la ilusión que os seduce y por medio de qué pretextos os engaña la pasión y á la vez de vosotros se burla. Para calmar los interiores remordimientos de vuestra alma no haceis total renuncia de al penitencia sino que simplemente la diferís; no decís: "Yo no me convertiré nunca, porque esa desesperación horroriza; sino que decís, "No me convertiré todavía tan pronto;" peces yo quiero hacerlos ver cuales son las desgracia-

das consecuencias de esa demora y el peligro horrendo á que os expone....

Nada, hermanos míos, hay cierto en lo futuro, sino su misma incertidumbre. Nada hay cierto en él sino que en él nos veremos sorprendidos; porque nos lo ha dicho el Salvador del mundo en términos expresos: *Quid horum non putatis*. Después de un palabra tan terminante, pero tan terrible, ¿habré de agregar todavía al desorden de mi pecado, los desórdenes de la temeridad mas insensata, diferiendo incensablemente mi conversión, pidiendo que hasta el siguiente día se me conceda tregua, *Inducias usque mane?* ¿Y para qué pedimos esa tregua que puede no llegar á ser, si la obtenemos, mas que una afectada continuación de iniquidades, y si no la alcanzamos, mas que la causa de una final impenitencia? ¿Por qué he de esperar ostinadamente al día siguiente, contravieniendo al oráculo de la sabiduría que me lo prohíbe diciéndome: *Ne gloriaris in crastinum?* ¿Puedo acaso ignorar que esa demora ha sido la perdición de innumerables almas, y que el infierno está lleno de réprobos á quienes esa espera ha impelido á la última desgracia? ¿Lisonjébanse de que se les esperaria hasta el día siguiente, y no hubo para ellos ese día; habian hecho pacto con la muerte, segun la expresión del sagrado texto, y no cumplió con él la muerte. ¿Será creíble que cambie de naturaleza para conmigo, y siendo tan infiel para contodos los demás hombres seré yo el único que tenga derecho á



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fieles. ¿Cuales serian los primeros malhadados corazones que tuvieron el triste placer de disputar al hombre ese natural sentimiento que le inclina á venerar las reliquias de los santos y á invocarles en presencia de sus imágenes? No hay duda de que estaba yo exento de preocupaciones; no era yo todavía cristiano, negaba aun á Dios lo que esencialmente me pedia, y sin embargo amaba ya á los santos porque mi corazon y mi razon me mostraban en ellos mediadores que me era grato y consolador llamar en mi auxilio.

Después de haber oido misa fuimos á arrodillarnos delante de la balaustrada que rodea, al lado del altar mayor, al sepulcro de los Apóstoles. Esto era lo que hacíamos siempre que visitabamos á San Pedro, y aun puedo confesar que antes me habia parecido con frecuencia que mis amigos se estaban allí demasiado tiempo; pero no sucedió así aquel dia. Uniendo las manos y apoyando en ellas la frente, atrevíme en fin á contemplar francamente ante Dios mi alma, trastornada desde hacia un mes, cargada de tantas inquietudes, acosada de tantos remordimientos, avergonzada de sus cobardías, aterrada del porvenir que le esperaba y vacilante aun en sus resoluciones. Nunca habia percibido tan distintamente mis miserias, sentime poseido de compasion para conmigo mismo, y no pudiendo ya contenerme púseme á llorar á rienda suelta con una angustia y un extremo de dolor imposible de describirse. Aque-

llo era una tribulacion sin igual, era una confusion inaudita; era á la vez el remordimiento de mis pecados y el amor de ellos, la ira, la ternura, el inútil furor de un corazon a pesar de él mismo vencido, el noble arrepentimiento de un hijo que volviera al seno de su padre, la desesperacion de un jóven á quien se arrebataran sus placeres, el agradecimiento de un preso á quien de sus cadenas se libertara, en fin todo lo que me era dado pensar, comprender y sentir alimentaba el torrente de lágrimas que vertia. Lloraba de haber desconocido á Dios, lloraba de que no podia ya, sin temor, ofenderle. Prostrado á sus piés pediale que anonadase él mismo hasta el menor vestigio de los indignos ídolos por quienes tanto tiempo le abandonara, y casi al mismo instante, ¡oh locura, oh miseria humana! suplicábale que no los destruyese, y como si hubiese llorado sangre parecía-me que con las lágrimas se me iba la vida.

A aquel combaté violento, empero rápido, aunque no lo fué tanto que no hubiese podido abrazar, en la confusion ocasionada por la derrota, el conjunto de mis mas encontrados deseos, siguióse en breve cierta tranquilidad que me condujo á tristísimas reflexiones. Pareció-me que me encontraba en el mismo estado que antes, y que el dia de la conversion de que me habia hablado Bourdaloue la víspera, ó no habia llegado todavía ó mas bien habia ya pasado, pasado para siempre, pasado por mi culpa, pasado para mi condenacion eterna, y que iba yo

á morir culpable ó á sumergirme mas aun en el lodazal de iniquidades de que me hubiera sido fácil huir, para hacerme merecedor, cubriéndome de mas feas manchas, de mas terribles castigos. Entonces apoderóse de mi corazon una especie de rabia, y atrevíme á revelarme contra aquél decreto, que me suponía haber Dios pronunciado. ¡Pero que! decia yo para mí, ¿no es elemento Dios, y no está lleno de misericordia? No me ha condenado supuesto que hoy quiero convertirme, y lo que solo le pido es que me preste un poco de auxilio. . . . ¿Y qué auxilio era el que yo pedia? un milagro sin duda, porque no era capaz de comprender el que en mí se estaba operando. Como si hubiera esperado que me veria trasportado por los aires, ó que percibiria, con mis ojos físicos y materiales á Dios descendiendo de su gloria para absolverse y trasformarme, figurábame que no me queria dar oido porque estos portentos no se operaban. Dirigíme á los Santos apóstoles diciendo: Pedro, vos negasteis tres veces á vuestro maestro; Pablo, vos le perseguisteis; ¡habré pecado yo mas que vosotros? ¡amparadme! ¡alcanzadme el perdon que vosotros mismo alcanzasteis! ¡Singular oracion aquella! ¡aquel era sin duda un grito que hiciera exalar la soberbia al gusano aplastado á medias en el fango! Empero queria mi desgracia que hubiera de ofender á Dios aun al implorar su mercedes, y que después de haber solicitado que me perdonase mis culpas, le habia de pedir que me perdonase tambien mi insolente arrepentimiento.

Y como los santos apóstoles no salieran de su sepulcro para asegurarme en persona que si intercederian por mí, después de haber derramado nuevas lágrimas levantéme convencido de que no habia de convertirme.

He aquí el triunfo de la razon humana, he aquí por lo menos los servicios que mi propia razon me prestara. Toleraba, es cierto, que yo quisiese á cada paso que por mí se operasen milagros, empero no era suficiente para impelerme hácia aquel punto á donde todo la decia que se llegarían á consumir aquellos tan deseados portentos.

Y cuando hubimos salido del templo desgarré el corazon de mi pobre Gustavo, que habia visto un feliz anuncio en aquellas mis lágrimas y dilatadas preces, al decirle con sinceridad que me habia ofrecido á Dios pero que Dios no me queria y que nunca seria cristiano.

Gratísimo momento de la vida del cristiano es aquel en que, no habiendo aun entrado del todo en la gracia de Dios, está cierto de que en breve habrá de entrar en ella y se prepara á tal objeto con un júbilo que no carece de temor y asombro, procurando borrar hasta los mas leves vestigios de sus manchas, á veces inquieto por no saber si podrá lograrlo, pero mas comunmente lleno de natural confianza en la voz de aquel que le promete que le volverá toda su

pureza. Ya recorre el Eden de las divinas promesas, y aun cuando todavía no sea sino un extraño á quien se admite por favor en aquel jardín delicioso, mañana le hará posesor de él otro nuevo favor que solemnemente se le asegura; entonces será el hijo del amo, todo para él florecerá y germinará, todos le cantarán alabanzas. Aquellos amigos que allí encuentra serán mañana sus hermanos; irá, penetrado de amor y de agradecimiento y cubierto de la divina púrpura, á sentarse al banquete paternal con ellos. ¡Cuánto me era grata esta esperanza, y de cuántas nuevas bellezas encantaban mis ojos Roma y los objetos que allí veía! En aquellas iglesias á las cuales íbamos á orar, ya no era yo una constante y animada blasfemia; habíame desprendido de la estúpida insolencia de mi soberbia, y mil objetos, mudos y muertos hasta entonces, comenzaban á hablarme allí con la mayor ternura.

Despertábase en mí un sentido ignorado hasta entonces que me hacia respirar en medio de los templos, no sé qué preciosos perfumes, exhalados por invisibles flores, y que daba al silencio de aquellos lugares voces confusas, sí, pero en tal extremo melodiosas, que jamás música del medio día escuchada bajo la grata sombra de los árboles, ni sonoras cuerdas de lira con la mayor destreza pulsadas, ni inspirados acentos de la poesía y de la elocuencia, me habrían con extremo tal encantado. Parecíame que las imágenes de los santos me seguían con

una fraternal mirada; á veces quedábame contemplando la cruz, como si en todos los días de mi vida la hubiese visto, y á decir verdad, nunca antes la habia visto del modo que en aquella sazón la viera, pues hacia latir mi corazón, estaba resplandeciente de prodigios, elevábase, aumentábase y desaparecia en el cielo á mis ojos anegados en lágrimas.

Comprendía mejor á mis amigos, y por esta razón mas les amaba; ya no se me venia á la mente la idea de dudar de virtudes que consideraba posibles á la flaqueza humana desde que camencé á saber qué era lo que las servia de salvaguardia. Mi indignidad cesó de serme insoportable luego que tuve la esperanza y la santa impaciencia de verme libre de ella. Un monje que pasase por la calle, por medio de su simple aspecto iluminaba mi ánimo con una repentina inteligencia y mil cosas que no habia podido concebir inmediatamente las comprendía. Cuando me hallaba delante de cuadros que representaban asuntos piadosos, deleitábame contemplando aquella amabilísima sonrisa con que acarician al espectador los ángeles y los santos que estaban pintados en el lienzo, y deciales en mi alma: Mañana habré de volver á veros, y entonces á un hermano vuestro se dirigirán vuestras sonrisas. Llenábanme de noble ufania todas las glorias de la religion y de la Iglesia, y en la aureola de los santos, en las cicatrices de los mártires y en el madero y los clavos de la cruz, encontraba vínculos de fami-

lia, y conocia que nunca volaría mi alma á bastante altura para poder abrazar con mis ojos el horizonte de los esplendores que iba Dios á prodigarme.

En fin, fuéme dado acabar de hacer la lenta y penosa, pero sincera revelacion ante la cual habia retrocedido por espacio de tanto tiempo. Habia dado principio á ella con terribles angustias y terminéla en medio de la vivificadora tranquilidad de la esperanza y del arrepentimiento.

De rodillas á los piés del santo religioso que me exhortaba sobre los hechos de mi pasada vida y acerca de la nueva que en lo sucesivo era necesario que pasase, no sentí, ni pesar por los objetos que abandonaba, ni temor alguno para lo venidero. Escuché con oído piadosamente atento las lecciones de la divina sabiduría que iluminaron mi corazon completamente; eché de ver que eran absolutamente posibles todos los actos que me recomendaban practicase, nada ví ya molesto en ellos, ni nada oscuro me proponian; y hasta aquel adorable y facil perdon de tantos errores, explicábelo por medio de la bondad suprema que no me imponia mas condicion para otorgarlo que la de que me condujese mejor en lo venidero, dándome al mismo tiempo todas las gracias de que para tal fin necesitara. Alimenté la santa confianza de que ya no seria nocivo á mis hermanos, y de que Dios sería misericordioso para conmigo hasta el grado de libertarme, salvando sus almas del

mal que en otro tiempo las ocasionara, haciendo por medio de mi conversion una salutífera advertencia á los que me habian conocido, advertencia de la cual podrian estos aprovecharse y que los demás acaso no desdeñarían.

Abandonado aquel pasado que ya no se encontraba en mis manos, y sacrificando de todo corazon los malos deseos para borrar las acciones culpables, sentí en mí, no ya la vaga voluntad, sino la verdadera resolucion de caminar sinceramente por la senda que se me señalaba, en la cual ya no temia perderme, porque en lugar de seguir mi vana é inútil sabiduría no seguiria sino la de Dios, bajo la vigilancia y el apoyo de la santa Iglesia católica romana que estableciera el Padre de los fieles con el fin de que se encaminasen hácia él todos sus hijos.

Hallábame en el puerto y contemplaba con mirar tranquilo aquel infinito mar de antiguas tentaciones en el cual parecíame que no me volveria á ver acometido por nuevas tormentas.

Sabia cual es el mal: lo que Dios prohíbe. Veinticuatro años habia vivido sin saberlo y sin tener la posibilidad de aprenderlo; habíalo llegado á saber para que jamás se me olvidase, y todas mis ilusiones y miserias no eran ya un arcano en el cual mi razon se perdiese.

Contemplaba la posibilidad de que cayesen sobre mí todos los infortunios sin dignarme honrar ni aun con una simple mirada á los que podian mas fundada y próximamente amenazarme. Dios tenia una visible intervencion en

mi vida; yo tenia fe y habíala encontrado con todos los consuelos, con todas las evidencias, con todas las certidumbres donde me habian dicho que la encontraria. “¡Vengan pues, sobre mí, borrascas y desgracias! con ese signo venceré;” decíame yo en mi mente contemplando el crucificado.

Y cuando levantando la mano sobre mi cabeza, el ministro del Señor profirió con grato y grave acento las palabras sacramentales de la misericordia y del perdon, inclinéme mas de lo que estaba, estremeciéndome de júbilo. Adoré el inesplicable secreto de la clemencia divina y comprendí que me podía perdonar Dios porque sentí que estaba perdonado.

El dia siguiente Gustavo, Adolfo é Isabel, conduxéronme, bendiciendo á Dios, al banquete celestial de la reconciliacion. Celebróse esta ceremonia durante la octava de Pascuas, en la santa basílica de Santa María la Mayor. ¡Jesus, Salvador mio, tened commiseracion, por vuestra grande misericordia, de mí que tan indigno soy de tantas gracias, y de todos aquellos por quienes oré aquel dia!

ALFONSO RATISBONA.

ALFONSO MARIA RATISBONA era un joven israelita de una posicion elevada, de una brillante educacion, criado en las preocupaciones del judaismo, y animado de un odio violento en contra de la religion católica. Repentinamente este joven cayó de rodillas en uno de los templos de Roma, pidiendo que se le administrase el santo sacramento del bautismo.

Este prodigioso suceso, que reproduce en la memoria aquel que se consumó en el apóstol de las naciones cuando iba por el camino de Damasco, fué declarado en Roma *verdadero é insigne milagro* por un rescrito de 3 de junio de 1842.

He aqui como este nuevo y fervoroso católico da a saber los pormenores y las circunstancias de aquel prodigio de la gracia.

“Si no hubiese de referiros mas que el hecho de mi conversion, una sola palabra bastara: el santo nombre de *Maria*; empero se me piden otros hechos; quíerese saber cómo este antiguo hijo de Abraham encontró la vida, la gracia y la felicidad en Roma. Voy pues, invocando primeramente el auxilio de mi celestial Ma-

mi vida; yo tenia fe y habíala encontrado con todos los consuelos, con todas las evidencias, con todas las certidumbres donde me habian dicho que la encontraria. “¡Vengan pues, sobre mí, borrascas y desgracias! con ese signo venceré;” decíame yo en mi mente contemplando el crucificado.

Y cuando levantando la mano sobre mi cabeza, el ministro del Señor profirió con grato y grave acento las palabras sacramentales de la misericordia y del perdon, inclinéme mas de lo que estaba, estremeciéndome de júbilo. Adoré el inesplicable secreto de la clemencia divina y comprendí que me podía perdonar Dios porque sentí que estaba perdonado.

El dia siguiente Gustavo, Adolfo é Isabel, condujéronme, bendiciendo á Dios, al banquete celestial de la reconciliacion. Celebróse esta ceremonia durante la octava de Pascuas, en la santa basílica de Santa María la Mayor. ¡Jesus, Salvador mio, tened commiseracion, por vuestra grande misericordia, de mí que tan indigno soy de tantas gracias, y de todos aquellos por quienes oré aquel dia!

ALFONSO RATISBONA.

ALFONSO MARIA RATISBONA era un joven israelita de una posicion elevada, de una brillante educacion, criado en las preocupaciones del judaismo, y animado de un odio violento en contra de la religion católica. Repentinamente este joven cayó de rodillas en uno de los templos de Roma, pidiendo que se le administrase el santo sacramento del bautismo.

Este prodigioso suceso, que reproduce en la memoria aquel que se consumó en el apóstol de las naciones cuando iba por el camino de Damasco, fué declarado en Roma *verdadero é insigne milagro* por un rescrito de 3 de junio de 1842.

He aqui como este nuevo y fervoroso católico da a saber los pormenores y las circunstancias de aquel prodigio de la gracia.

“Si no hubiese de referiros mas que el hecho de mi conversion, una sola palabra bastara: el santo nombre de *Maria*; empero se me piden otros hechos; quíerese saber cómo este antiguo hijo de Abraham encontró la vida, la gracia y la felicidad en Roma. Voy pues, invocando primeramente el auxilio de mi celestial Ma-

dre, á manifestaros sinceramente todos los actos de mi vida.

“Mi familia es bastante conocida por la razon de que es rica y benéfica, motivos por los cuales ocupa, desde hace mucho tiempo, el primer lugar en la Alsacia. . . .

“Empecé mis estudios en el real colegio de Estrasburgo, donde hice muchos mas progresos en la corrupcion del corazon que en la instruccion de la inteligencia.

Erased el año 1825; nació el 1.º de mayo de 1814; en aquella época acaeció un suceso que dió un fuerte golpe á mi familia. Mi hermano Teodoro, en quien se fundaban grandes esperanzas, declaróse cristiano, y poco después, á pesar de las vivas instancias que se le hicieran, no se limitó al pesar que nos habia ya ocasionado, sino que se hizo sacerdote y se puso á ejercer su ministerio á la vista de mi inconsolable familia y en la propia ciudad en que morara. A pesar de que era yo muy jóven, indispuísome contra mi hermano aquella conducta que observara, é inspiróme odio el traje que vestia y la carrera que habia adoptado. Criado en medio de jóvenes cristianos tan indiferentes como yo, no habia sentido hasta aquel momento ni simpatía ni antipatía hácia el cristianismo; pero la conversion de mi hermano, que yo consideraba como una inexplicable locura, me hizo creer en el fanatismo de los católicos y me inspiró horror hácia ellos.”

Después de relatar el señor Ratisbóna la vida totalmente mundana que pasaba, y de hablar de la seguridad en que estaba de ser dichoso en virtud de un enlace matrimonial que proyectaba, continúa expresándose en estos términos:

“Solo habia en mi familia un individuo á quien odiara, y este era mi hermano Teodoro. El sin embargo nos amaba, empero repugnábame su hábito, disgustábame su preseneia y la seriedad y gravedad de sus palabras infundíanme ira. Un año antes de mis esponsales, no pudiendo ya contener mi resentimiento, manifestéelo en una carta que le dirigí, la cual debió romper para siempre toda relacion entre nosotros; hé aquí lo que me impulsó á dar este paso. Hallándose un niño en agonía no temió mi hermano Teodoro solicitar abiertamente de sus padres el permiso de bautizarle, y acaso se estaba disponiendo á hacerlo cuando llegó á mi conocimiento. Considerando aquel proceder como una indigna cobardia, escribí al sacerdote diciéndole que se dirigiese á hombres y no á niños, y hube de acompañar estas palabras con tantas inectivas y amenazas, que hoy todavia me causa asombro que no contestase á ellas una sola palabra mi hermano. Continuó sus relaciones con los demas individuos de mi familia, y en cuanto á mí no quise ya verle; alimentaba un vehemente odio contra los sacerdotes, las iglesias, los conventos, y especialmente en contra de los jesuitas cuyo simple nombre me ponía furioso.

“Afortunadamente ausentóse mi hermano de Estraburgo, circunstancia de que me alegré sobremanera. Llamábasele en Paris para emplearle en Nuestra Señora de las Victorias, donde no cesaria, decíanos despidiéndose de nosotros, de orar por la conversion de sus hermanos. Su ausencia me quitó del corazón un gravísimo peso, y me presté, à instancias de todos los de mi familia, à escribirle dándole aviso de mis esponsales y dirigiéndole unas cuantas palabras con el ánimo de disculparme. Contestóme cariñosamente, recomendándome sus pobres entre quienes en efecto mandé distribuir una corta suma.

“Después de esta especie de acomodamiento no tuve ya relacion alguna con Teodoro, ni volví à pensar mas en él; olvidábale yo....; en tanto que él no dejaba de orar por mí!....

“Juzgóse conveniente, en razon de la edad demasiado tierna que tenia todavía mi novia, diferir nuestro casamiento; no tenia ella mas que diez y seis años. Dispúsose que habia yo de pasar viajando el plazo que se estipulara. No sabia hácia qué rumbo dirigirme; una de mis hermanas que estaba domiciliada en Paris, queria que fuese à vivir con ella; un excelente amigo que tenia me llamaba à España; resistíme à las instancias de muchos otros que en materia de viajes tenian formados deliciosos planes. Resolvíme por fin à poner en práctica el pensamiento que me vino de trasladarme directamente à Nápoles, de pasar el invierno en Malta para

robustecer allí mi salud que estaba un poco delicada, y regresarme después por Oriente; tomé cartas para Constantinopla, y me puse en camino à fines de noviembre de 1841. Debía estar de vuelta à principios del siguiente estío...”

Después de una corta permanencia en Marsella, embarcóse el señor Ratisbona para Nápoles.

“Detúveme, dice, unos cuantos dias en Marsella, donde mis parientes y amigos me festejaron mucho à mi llegada; fuéme muy penoso arrancarme de la exquisita hospitalidad con que se me acogiera. En efecto trabajo cuesta desprenderse de las playas de Francia, y particularmente cuando va à dejar uno tras sí toda una vida de cariño y tantos plácidos recuerdos....

“Antes de llegar à Nápoles tocó el buque en Civita Vecchia. En los momentos de entrar al puerto oíanse disparar con estrépito las piezas de artillería de la fortaleza. Informéme con maligna curiosidad de la causa de aquel rumor de guerra en los pacíficos dominios del papa, y al decirseme que aquel saludo era en solemnizacion de la Concepcion de María, encogíme de hombros y no tuve voluntad de ir à tierra.

“El dia siguiente, al alumbrar un magnífico sol que centelleaba sobre la columna de humo que exhalaba el Vesuvio, llegamos à Nápoles. Jamás hubo espectáculo de la naturaleza que mas que aquel me deslumbrara. Entonces contemplé enagenado las imágenes que los artistas y los poetas me habian presentado del cielo.

“Un mes pasé en Nápoles con el intento de verlo y escribirlo todo. Escribí especialmente en contra de la religion y de los sacerdotes, que en aquel venturoso país me parecían absolutamente inoportunos. ¡Ay cuantas blasfemias estampé en mi diario! Si de ellas hago mención aquí es puramente para hacer ver el grado de depravacion al cual habia llegado mi ánimo. Escribí á Estrasburgo diciendo que en el Vesuvio habia bebido *lacrima Christi* á la salud del clérigo Ratisbona, y que lágrimas de aquella especie me hacian provecho. No me atrevó á transcribir aquí los horribles retruécanos de que me serví con aquel motivo.”

El señor Ratisbona estaba muy decidido á no ir á Roma; tenia poderosísimas razones para no emprender semejante viaje; sin embargo, sin que él pudiese saber cómo, salió de Nápoles y llegó á la precitada ciudad el 7 de enero, día de la festividad de los santos Reyes.

“Roma no produjo en mí, á los pincipios, la impresion que yo me esperaba. Tenia, por otra parte, tan pocos dias que dedicar á aquella excursión improvisada, que me apresuraba á devorar, por decirlo así, todas las ruinas antiguas y modernas que presenta la ciudad á la ansia de un viajero. Acumulábalas confusamente en mi imaginacion y en mi diario. Visitaba con una monótona admiracion las galerías, los circos, las iglesias, las catacumbas, en fin, las innumerables magnificencias de Roma. Las mas veces iba acompañado de mi inglés y de un

mozo de esquina; ignoro á qué religion pertenecian, porque ni uno ni otro manifestaron ser cristianos, en las iglesias, y si no me engaño me conducia en ellas con mayor respeto que ambos.

El 18 de enero, hallándome en mis correrías, oí, yendo por la calle, que alguien me llamaba; volvíme y ví que era un amigo de mi niñez, Gustavo de Bussiére. Alegréme de aquel encuentro, porque el aislamiento en que me hallaba me entristecia. Fuimos á comer á la casa del padre de mi amigo, y en el seno de aquella grata sociedad disfraté de un tanto de aquella alegría que sentimos ordinariamente en tierra extraña cuando en ella encontramos animados recuerdos del país donde nacimos.

“Al entrar en la sala de la casa de mi amigo, iba saliendo de ella el señor Teodoro de Bussiére, primogénito de aquella respetable familia. No conocia yo personalmente al baron Teodoro, pero sí sabia que era amigo de mi hermano y tocayo suyo; tambien sabia que en un tiempo habia profesado el protestantismo y que después se habia convertido al catolicismo, y esto bastó para que me inspirase una profunda antipatia. Parecíame que él en cambio me veia tambien con repugnancia.”

“Sin embargo, como el señor Teodoro se habia dado á conocer por medio de sus viajes á Oriente y á Sicilia, que ha dado á la luz pública, alegrábame mucho, antes de emprenderlos yo mismo, de estar en contacto con él para que

me hiciese algunas indicaciones; y ya por esta causa, ya por simple cortesanía, manifestéle la intencion de hacerle una visita; dióme una contestacion de exquisita finura, y agregó que acababa de recibir cartas del padre Ratisbona, y que me indicaria cual era la nueva residencia de mi hermano. Recibiré en hora buena vuestros informes, repliquéle, aunque no habré de hacer uso de ellos.

“En esto quedamos, y al separarme de él arrepentíme para conmigo mismo de la necesidad en que me habia puesto de hacer una inútil visita, y de perder de aquel modo un tiempo que tan gran falta me hacia.

“Proseguí recorriendo á Roma durante las horas todas del dia, á excepcion de dos que pasaba por la mañana con Gustavo y de las en que descansaba por la noche en el teatro ò en alguna tertulia. Mis conversaciones con Gustavo eran animadas, porque entre dos compañeros de colegio los mas leves recuerdos proporcionan una inagotable materia de risa y charla. Pero él era fervoroso protestante, y tan entusiasta como lo son ordinariamente todos los pietistas en Alsacia. Ensalzábame la superioridad de su secta sobre todas las demás sectas cristianas, y procuraba convertirme, lo cual sobre manera me divertia porque hasta entonces habia estado yo en la creencia de que la manía del proselitismo los católicos única y exclusivamente la tenian. Comunmente le replicaba yo con chanzas, hasta que una vez, para consolarle de

las tentativas que vanamente hacia, prometíle que si en algun tiempo me venia la gana de convertirme, me volveria pietista. Aseguréselo, y él, en cambio, me hizo la promesa de que asistiria á la celebracion de mi casamiento el mes de agosto. Las instancias que me hizo para que me detuviese en Roma mas tiempo del que yo me tenia señalado fueron inútiles. Los señores Edmundo Humann y Alfredo Lotzbeck, que eran tambien amigos míos, uniéronse á él para decidirme á que pasase el carnaval en Roma; pero no pude resolverme á ello temiendo incurrir en el desagrado de mi novia, y por la razon de que el señor Vigne me esperaba en Nápoles de cuyo punto debiamos salir el 20 de enero.

“Aprovechame, pues, de las últimas horas que me quedaban de permanencia en Roma, para dar fin á mis excursiones. Fuíme al Capitolio y visité la iglesia de *Ara Cali*. El imponente aspecto de aquel templo, los cantares solemnes que en su vasto recinto retumbaban, y los históricos recuerdos que despertaba en mí la tierra misma que pisaba, todo aquello produjo en mí una impresion profunda. Estaba conmovido, penetrado, enajenado; y era tal mi turbacion que la eché de ver el mozo que me acompañaba, y mirándome con cachaza me dijo que mas de una vez habia observado igual emocion en los extrangeros que visitaban la iglesia de *Ara Cali*.

“Al bajar del Capitolio hizome atravesar el

Ghetto (barrio de los judíos) el cicerone que iba conmigo. Allí sobrecojíame una emoción totalmente diversa; eran lástima é indignación á un tiempo. ¡Cómo! decíame yo al contemplar aquel espectáculo de miseria; ¿es esta la caridad de Roma que tan á voz en cuello ensalzan? Estremeciame de horror y preguntábame si por haber dado muerte á un hombre hace mil ochocientos años, merecía todo un pueblo tan bárbaro trato y tan interminables prevenciones... ¡Ay de mí! no conocía yo entonces todavía quien era aquél hombre; ignoraba el sanguinario grito que aquel pueblo lanzara... grito que no me atrevo á repetir, ni quiero tampoco reproducirlo. Prefiero recordar aquél otro exhalado en la cruz, que decía: *¡Perdónales, Dios mío, por que no saben lo que hacen!*

“Referí á mi familia lo que había visto y sentido; me acuerdo de que dije en mi carta que quería mejor estar entre los oprimidos que encontrarme en el campo de los opresores. Volví al Capitolio y observé que había mucho movimiento en Ara Cœli con motivo de una ceremonia religiosa que había de haber el día siguiente. Pregunté qué objeto tenían todos aquellos preparativos y contestóseme que eran para la ceremonia del bautismo que iban á recibir dos judíos, los señores Constantini, de Ancona. Imposible me sería expresar la indignación de que me sentí poseído al oír proferir estas palabras; y cuando me preguntó mi guía si quería concurrir á la festividad le contesté exclamando:

“Yo asistir á tamañas infamias! ¡no, no! no podría dominarme á mí mismo y me precipitaria sobre los bautizados y los bautizadores.”

“Debo decir, sin temor de creer que exagero, que en mi vida había estado mas irritado contra el cristianismo que desde que estuve en el Ghetto. No cesaba de proferir baldones y blasfemias.

“Entré tanto tenía que hacer algunas visitas de despedida, y la del baron de Bussiére presentábaseme incesantemente en el ánimo como una desagradable obligacion que espontáneamente me había impuesto. Afortunadamente no le había preguntado donde vivia, y esta circunstancia me parecia un motivo plausible para no cumplir con ella. Estaba contentísimo de haber encontrado aquel pretexto para no efectuar mi promesa.

“Estábamos á 15 y fui á tomar mi asiento á la agencia de carruajes de Nápoles; estaba arreglado mi viaje para el 17 á las tres de la mañana. Quedábanme libres dos dias, y ocupélos en hacer nuevas excursiones. Pero al salir de una librería donde había visto algunas obras relativas á Constantinopla, encontréme en el *Corso* con un criado del padre del señor de Bussiére, quien, llegandose á mí, saludóme. Preguntéle donde vivia el señor Teodoro, y díjome con su pronunciación alsacia: “Piazza Nicosia, número 38.”

“Fuéme pues preciso, mal de mi grado, hacer aquella visita, y sin embargo todavía estuve

pensando veinte veces en si por fin la haria. Deidíme al cabo trazando un *p. d* en mi tarjeta.

“Púseme á buscar aquella plaza de Nicosia, y después de muchas vueltas y rodeos, llegué al numero 38. La puerta de la casa del señor Teodoro era precisamente la contigua al despacho de las diligencias donde habia ido á tomar mi asiento aquel mismo dia. Mucho habia tenido que caminar para llegar al punto de que poco antes me separara; ¡asemejábase aquel ífimerario el de mas de una existencia humana! Pero del punto en que en aquella sazón me encontraba íbame á volver á apartar para seguir otro camino absolutamente diverso.

“Ocasionóme mal humor mi entrada á la casa del señor de Bussiére, por que el criado, en vez de tomar de mi mano la tarjeta que le presentaba, me anunció y condujo á la sala. Disimulé mi desazon lo mejor que pude mostrándome risueño, y fui á tomar asiento al lado de la baronesa de Bussiére, que estaba rodeada de sus dos niñas que eran afables y graciosas como los ángeles, de Rafael. La conversacion, que á los principios habia sido vaga é insignificante, aceleróse en breve á consecuencia del apasionado relato que hice de mis impresiones de Roma.

“Consideraba yo al baron de Bussiére como un santurrón y alegréme sobre manera de encontrar la oportunidad de mortificarle con motivo de la situacion en que vivian los judíos ro-

manos. Esto mitigó un poco mi furia, pero mis quejas conduxeron naturalmente la conversacion al terreno religioso. El señor de Bussiére me habló de las grandezas del catolicismo; contéstele yo con ironias y con imputaciones que con suma frecuencia habia leído ú oído, aunque puse freno á mi charla impía por respeto á la señora de Bussiére y á la fe de los tiernos niños que estaban jugando á nuestro lado. “En fin, díjome el señor de Bussiére; supuesto que detestais la supersticion, y que profesais doctrinas tan altamente liberales, supuesto que estais dotado de un entendimiento tan vigoroso é ilustrado, ¿tendreis valor para someteros á una prueba que es infinitamente inocente?—¿Que prueba es esa?—La de que lleveis en el cuerpo un objeto que voy á daros; ese objeto aqui lo teneis; es una medalla de la Santa Virgen. Os parece muy ridiculo ¿es cierto? pues bien, en cuanto á mi, estimo en mucho esta medalla.”

“Confieso que semejante proposicion me sorprendió por la pueril singularidad de ella; no esperaba aquella salida. Mi primer movimiento fué reirme encogiéndome de hombros; pero vino me á la mente la idea de que aquella escena proporcionaria un deliciosísimo capítulo á mis impresiones de viaje, y consentí en tomar la medalla, porque serviria como de documento justificativo que podria presentar á mi novia. Dicho y hecho; pusieronme la medalla al cuello, no sin algun trabajo, porque el cordon de que pendia era demasiadamente corto y no me

entraba. Por fin, á fuerza de estirar aquí y allí, vínome á quedar la medalla al pecho, y entonces exclamé prorumpiendo en una careajada: “Ea, ea! ya me teneis ahí hecho todo un católico, apostólico y romano.”

“En aquellos momentos estaba haciendo el demonio una profecía por mis labios.

“El señor de Bussiére veía con sencillez que se iba á consumir su triunfo, y quiso alcanzar todas las ventajas que esperaba que de él resultarían.

“Ahora, me dijo, es necesario completar la prueba; tratáse de que receis á mañana y tarde el *Memorare*, que es una oracion muy corta y eficaz que dirigió á la Virgen María San Bernardo.—¿Y qué cosa es ese vuestro *Memorare*? exclamé; ¡dejémonos ya de necesidades! es de saber que en aquel momento sentía que toda mi animosidad se reanimaba. El nombre de San Bernardo traíame á la memoria á mi hermano que habia escrito la historia de este santo, obra que nunca habia querido yo leer, y este recuerdo despertaba á su vez en mí todos mis resentimiento en contra del proselitismo, en contra del jesuitismo, y en contra de aquellos á quienes daba la denominacio de hipócritas y apóstatas.

“Rogué pues al señor de Bussiére que no prosiguiese adelante, y al paso que me burlaba de él sentía no tener alguna plegaria hebraica que ofrecerle para que fuese igual el partido; pero ni la tenia ni conocia ninguna.

“Entretanto mi interlocutor insistia; díjome que si me negaba á decir aquella oracioncita quedaria la prueba nulificada y con esto demostraria que era positiva la voluntaria obtinacion que se echa en cara á los judios.

“No queriendo dar á aquello una importancia que en mi concepto no tenia, díjele: “En hora buena! os prometo que diré esa oracion; al fin, si no me hace provecho tampoco me habrá de hacer daño. “El señor de Bussiére fué á buscarla, y encargóme que la copiase. Consentí en ello bajo la condicion de que le dejaria mi copia y me llevaría su original. Mi pensamiento, al hacer esto, era el de enriquecer mis notas con aquel nuevo documento justificativo.

“Estabamos pues perfectamente satisfechos uno de otro; nuestra conversacion, despues de todo, hábame parecido extravagante, y divertíome. Nos separamos, y fuíme á pasar unas cuantas horas de la noche al teatro, sin acordarme del *Memorare* ni la medalla. Pero cuando me volví á mi casa encontréme con un billete del señor de Bussiére, que me habia venido á pagar mi visita, en el cual me brindaba á que le viese antes de mi marcha. Tenia yo que devolverle el *Memorare*, y como debia salir de Roma el dia siguiente, arreglé mis baules, hice todos mis preparativos, y me puse luego á copiar la oracion que estaba concebida en estos términos:

“Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María! de

que jamás se oyó decir que alguno de los que recurrieran á vuestra proteccion, imploraran vuestro auxilio y solicitaran vuestro sufragio, se viese abandonado. Lleno de una plena confianza, vengo, ¡oh Virgen de las virgenes! á arrojarme á vuestros brazos, y gimiendo bajo el peso de mis pecados á vuestras plantas me prosterno. . . . ¡Oh Madre del Verbo! no desdeneis mis oraciones sino escuchadlas propicia y atended á ellas.”

“Copié maquinalmente estas palabras de san Bernardo sin casi meditar en ellas. Estaba cansado, era muy tarde, y necesitaba sosiego.

“El dia siguiente, que era el 16 de enero, mandé visar mi pasaporte y acabé de hacer mis preparativos de viaje; pero de paso, iba repitiendo sin cesar las palabras del *Memorare*. ¿Cómo pues, ¡oh Dios mio! se habian apoderado aquellas palabras tan viva é íntimamente de mi ánimo? No me podia desprender de ellas, veníanseme sin cesar á la memoria y repetíalas continuamente como aquellos trozos de música que os acosan, que os impacientan, y que repetís en vos baja á pesar vuestro y por muchos esfuerzos que hacéis para olvidarlos.

“A eso de las once dirigime á la casa del señor de Bussiére para devolverle su incomprendible plegaria. Háblele de mi viaje á Oriente, y me proporcionó excelentes datos.

“Pero, exclamó repentinamente, es extraño que os ausenteis de Roma en momentos en que todo el mundo viene á concurrir á las pompas

de San Pedro. Acaso nunca volveréis y sentiréis no haberos aprovechado de una oportunidad que tantos otros vienen á buscar con tanta curiosidad como ansia.”

“Contestéle que ya habia tomado y pagado mi asiento, que ya habia dado aviso de mi salida á mi familia, que me estaban esperando algunas cartas en Palermo, y en fin, que era demasiadamente tarde para que variase de intencion y que decididamente me marcharia.

“Este coloquio interrumpiólo el repartidor de la correspondencia que traia al señor de Bussiére una carta del padre Ratisbona. Dióme conocimiento de ella, y la lei aunque sin interés alguno porque solo hacia referencia de una obra religiosa que habia mandado imprimir en Paris el señor de Bussiére. Por otra parte ignoraba mi hermano que estuviese yo en Roma. Este inesperado episodio debia abreviar mi visita, porque me disgustaba hasta el mas leve recuerdo de mi hermano.

“Sin embargo, por una incomprensible influencia decidime á prolongar mi permanencia en Roma. Prestéme á hacer, á instancias de un hombre á quien apenas conocia, lo que habia obstinadamente rehusado á mis amigos y á mis mas íntimos compañeros.”

“¿Cuál era pues, ¡oh, Dios mio! aquel irresistible impulso que me obligaba á obrar de una manera á la cual mi voluntad se resistia? ¿No me movia en esto la misma mano que de Strasburgo me impelió á Italia á pesar de las

invitaciones que de Valencia y Paris me dirigieran? ¿No era la misma que de Nápoles me impeliera á Roma á pesar de la determinacion que habia tomado de ir á Sicilia? ¿No era la misma que en Roma, en los momentos de mi salida, me obligaba á hacer la visita que me repugnaba, al paso que no tenia ya tiempo para hacer ninguna de otras que me hubieran sido mas gratas? ¡Oh conducta de la Providencia! ¡Luego existe una misteriosa influencia que acompaña al hombre por el sendero de la vida! Habíase me dado al nacer el nombre de Tobías, asociado con el de Alfonso; olvidéme de mi primer nombre, empero no se olvidó de él el ángel invisible. Este era el verdadero amigo que me habia enviado el Señor, pero yo no le conocia. ¡Ay de mí! ¡Tantos Tobías hay en el mundo que no conocen á este guia del cielo y que se resisten á las palabras que exhala su labio.”

“No era mi intencion la de pasar el carnaval en Roma; pero queria ver al papa y me habia asegurado el señor de Bussiére que le veria, el primero de aquellos dias, en San Pedro. Hicimos algunas excursiones juntos. Nuestras conversaciones tenian por objeto cuanto notable percibiamos; tan pronto hablábamos de un monumento como de un cuadro, como de las costumbres del país, y con estos diversos asuntos venianse siempre á complicar las cuestiones religiosas. El señor de Bussiére íbalas trayendo á colacion con tanta franqueza, sosteníalas con

tanto entusiasmo, que mas de una vez en el fondo de mi pensamiento, me dije á mí mismo que si algo podia apartar á un hombre de la religion, era el propio empeño que se empleaba para convertirle.

“Mi natural jovialidad inclinábame á reirme de los asuntos mas serios, y á las chispas que en mis chanzas arrojaba, veníase el fuego infernal de mis blasfemias, en las cuales no quiero ni aun pensar hoy, pues en tal grado me horro- rizan.

“Y sin embargo, el señor de Bussiére, á pesar del dolor que mi conducta le causaba, mostrábase para conmigo con mucha moderacion é indulgencia. Aun llegó una vez á decirme: “En despecho de vuestra ira, estoy intimamente persuadido de que algun dia sereis cristiano, porque observo un fondo de rectitud en vos que me convence de que se verá vuestra alma iluminada aun cuando para ello os haya de enviar el Señor uno de sus ángeles del cielo.

“Sea en buena hora, contestéle, porque de otro modo el negocio seria difícil.

“Al pasar por la *Scala santa* llenóse el señor de Bussiére de entusiasmo. Púsose en pié dentro del carruage, descubrióse la cabeza, y exclamó con fervor: ¡Salve á tí, Santa Escala! ¡aquí tienes un pecador que algun dia te habrá de subir de rodillas.”

“Imposible me seria espresar el efecto que produjo en mí aquel inesperado movimiento, aquel extraordinario honor tributado á una *scala*.

Reíme de ello como de una accion verdaderamente insensata; y cuando poco después atravesamos por la deliciosa villa *Volkonski* cuyos jardines, siempre llenos de flores, están cortados por los acueductos de Neron, levanté la voz á mi vez y dije parodiando la exclamacion que antes oyera: "Salve, oh vosotras verdaderas maravillas de Dios! jante vosotras deben prosternarse los hombres, en lugar de hacerlo ante una escala!"

"Estos paseos en coche repitiéronse los dos dias siguientes y duraron una ó dos horas. El viernes 19 volví á ver al señor de Bussière, pero parecióme que le veia triste y abatido. Retiréme por discrecion sin preguntarle la causa de su pena que no supe hasta el dia siguiente á medio dia, en la iglesia de San Andrés de los Hermanos.

"Debía yo emprender mi viaje el 22 porque habia vuelto á tomar mi asiento para Nápoles. El pesar del señor de Bussière habia mitigado su fervor proselitico y figurábame que se habia olvidado de su medalla milagrosa al paso que proseguia yo profiriendo sin cesar con una inconcebible impaciencia la eterna invocacion de San Bernardo.

"Entre tanto acontecióme que á eso de la media noche del 19 al 20, me desperté sobresaltado; veia fija delante de mí una cruz grande, negra, de una figura particular, y sin Cristo. Hice grandes esfuerzos para apartar de mí aquella imágen, pero no podia dejar de verla,

y la encontraba siempre delante de mí fuera cual fuese el lado al cual me volviera. No podré decir cuanto tiempo duró esta lucha; por fin dormime, y el dia siguiente al despertar, ya no volví á pensar en ella.

"Tenia que escribir varias cartas, y me acuerdo que una de ellas, dirigida á la hermana menor de mi novia, terminaba con estas palabras: ¡Dios os guarde!... Después recibí otra de mi fatura, con la misma fecha del 20 y esta por una singular coincidencia, concluía lo mismo: ¡Dios os guarde!... ¡Aquel dia, en efecto, encontrábame yo bajo la proteccion divina!...

"Sin embargo, si la mañana de aquel dia alguien me hubiese dicho: *Te has levantado ju- dio pero te acostarás cristiano*, habria considerado á quien esto me hubiera dicho como el mas loco de los hombres.

"El jueves 20 de enero, despues de haber almorzado en la hostería y llevado yo mismo mis cartas al correo, fuíme á la casa de mi amigo Gustavo, el pietista, que habia regresado de la caza que le habia tenido ausente algunos dias.

"Admiróse mucho de encontrarme todavía en Roma. Explíqueme el motivo que consistia en las ganas que tenia de ver al Papa.

"Pero iréme sin verle, díjele, por que no ha asistido á las ceremonias de la Catedral de San Pedro y me habian hecho concebir la esperanza de que en esa festividad le veria.

"Consolóme irónicamente Gustavo hablando-me de otra ceremonia sumamente curiosa que, si

bien me acuerdo, habia de celebrarse en la iglesia de Santa Maria la Mayor; esta era la bendicion de los animales. Sobre este particular todo se nos volvió irrisión y chanzas cuales puede figurarse el lector tratándose de un judío y un protestante.

“Nos separamos á eso de las once después de haber quedado en que nos reuniríamos el día siguiente para ir juntos á ver un cuadro que habia mandado hacer el baron de Lotzbeck, compatriota nuestro. Dirgíme á un café que habia en la plaza de España, para recorrer los periódicos, y apenas habia llegado allí cuando fué á sentarse á mi lado el señor Edmundo Humann, hijo del ministro de hacienda, y nos pusimos á hablar muy alegremente de Paris, de artes y de política. A poco llegóse á mí otro amigo, que era protestante y que se llamaba el señor Alfredo de Lotzbeck, con quien tuve una conversacion mas fútil todavía, pues hablamos de la caza, de placeres, de las diversiones del carnaval y de la brillantísima tertulia que habia habido la noche anterior en la casa del duque de Torlonia. No podia dejarse de hablar de las fiestas de mi casamiento, á las cuales convidé al señor de Lotzbeck, quien me ofreció que concurriria á ellas.

“Si en aquel momento (porque era medio día), otro mas interlocutor se hubiese aproximado á mí y me hubiese dicho: “Alfonso, dentro de un cuarto de hora adorarás á Jesucristo, tu Dios y salvador, estarás arrodillado en una

pobre Iglesia y te golpearás el pecho á los piés de un sacerdote, en un convento de jesuitas donde pasarás el carnaval para prepararte al bautismo, hallándote puesto á inmolarle por la fé católica; y harás completa renuncia del mundo, de sus pompas, de sus placeres, de tu fortuna, y de tus esperanzas y porvenir; y si necesario fuere tambien harás renuncia de tu futura, del cariño de tu familia, del aprecio de tus amigos, de tu adhesión á los judíos... y no aspiraras mas que á seguir á Jesucristo y á llevarle su cruz hasta la muerte...” Digo que si algun profeta me hubiese hecho una prediccion de esta naturaleza; un solo hombre hubiera habido á quien juzgara mas insensato que él, y este habria sido aquel que hubiese creído en la posibilidad de tal locura.

“Y sin embargo, esta locura es la que constituye en el día mi sensatez y mi ventura.

Al salir del café encontréme con el carruage del señor Teodoro de Bussiére. Detúvose y se me convidó á que subiese para dar un paseo. El tiempo estaba magnifico, y acepté con gusto el convite; pero el señor de Bussiére me pidió permiso para detenerse unos cuantos minutos en la iglesia de San Andrés de los Hermanos que se encontraba casi á nuestro lado, donde tenia que cumplir con una comision que le habian dado. Propúsome que le esperase en el carruage, pero preferí yo apearme para ver por dentro aquella iglesia. Hacíanse en ella preparativos fúnebres é informéme del nombre del

difunto á quien se iban á tributar los últimos honores. El señor de Bussiére me contestò: "Es uno de mis buenos amigos, el conde de la Ferronnays; su muerte súbita, agregó, es la causa de esa trizesa que habeis debido notar en mí hace dos días."

"No conocia yo al señor de la Ferronnays, nunca le habia visto, y de consiguiente no sentí mas impresión, al saber su muerte, que aquel vago pesar que nos comunica la noticia de toda muerte repentina. Separóse el señor de Bussiére de mí para ir á tomar un asiento. "Tened paciencia, díjome subiéndose al claustro, será asunto de diez minutos."

"La iglesia de San Andrés era reducida, pobre y desierta. . . . Creíame casi solo en ella. . . no me llamaba la atención objeto alguno artístico; miraba maquinalmente en derredor de mí sin que se fijase en mi mente pensamiento alguno. . . . cuando de repente ya nada ví. . . . ó mejor dicho, ¡¡¡ay Dios mio, solo ví una cosa!!!

"¿Cómo sería posible explicar lo que ví? ¡Oh! no, la voz humana no debe explicar lo que no puede; toda descripción, por sublime que fuese sería una profanación de la verdad inefable.

"Habíame quedado prosternado, anegado en gada en lágrimas, queriéndome salir el corazón del pecho cuando el señor de Bussiére me volvió á la vida.

"No podia yo contestar á las precipitadas

preguntas que me hacía; pero por fin me así de la medalla que tenia colgando al pecho, besé con efusión aquella imagen de la Virgen radiante de mercedes, y observé que era ella. . . . ¡Oh! ¡realmente ella!

"Ignoraba yo donde estaba; no sabia si era Alfonso ú otro; sentia en mí tal cambio que creia ser otro yo mismo. . . . procuraba volverme á encontrar y no podia. . . . Llenóse de júbilo mi alma; no pude hablar, ni queria hacer revelación alguna; sentia interiormente algo solemne y santo que me hizp pedir un sacerdote; condujéronme á él, y hasta que no hube recibido de este la orden terminante de que hablése, no hablé como pude, de rodillas y con el corazón palpitándome.

"Las primera palabras que proferí fueron de gratitud hácia el señor de la Ferronnays y á la archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias. Yo sabia de de una manera cierta que el señor de la Ferronnays habia orador por mí (1) pero no me es dable decir cómo lo supe, como tampoco sabre explicar cómo llegué á adquirir tan repentinamente y de un golpe el conocimiento de las verdades de la religion y de la fe

(1) Notorio es que el señor de la Ferronnays, despues de haber edificado á Roma con sus virtudes y con la piedad que mostró en los últimos años de su vida, murió repentinamente el 17 de enero en la tarde. La vispera habia comido en la casa del principe Borghese donde el señor de Bussiére recomendó el joven israelita á las oraciones del señor de la Ferronnays que mostró tomar, en esta conversion, un interés vivísimo.

en ellas. Lo único que pude decir es que en el momento de la vision cayó de mis ojos la venda, ó mejor dicho, todas aquellas infinitas vendas con las cuales habia estado envuelto, desaparecieron sucesiva y rápidamente así como la nieve, el lodo y el hielo desaparecen bajo la accion de un sol ardiente.

“Salía yo de un sepulcro, de una morada de tinieblas, y encontrábame vivo, realmente vivo. . . . ¡cuánto lloraba! Percibía, allá en el fondo del abismo, las extremas miserias de las cuales me habia sacado una misericordia infinita; contemplaba mis enorme iniquidades y quedábame atónito, enternecido de admiración y de agradecimiento. . . . Pensaba en mi hermano con una indecible alegría; pero á mis lágrimas de amor mezclábanse lágrimas de lástima. ¡Ay de mí! decíame; ¡cuántos hombres bajan tranquilamente á ese abismo con los ojos cerrados por el orgullo ó por la indiferencia! ¡cuántos hombres se sumergen vivos en esas horribles tinieblas! . . . ¡y mi familia, mi futura, mis infortunadas hermanas! . . . ¡Oh inquietud desgarradora; ¡en vosotras pensaba oh vosotras á quienes tanto amo! ¡á vosotras consagraba mis primeras preces! . . . ¿No levantareis los ojos, decíame yo, hacia el Salvador del mundo que borró el pecado original con su sangre? ¡Cuánto es horrible la mancha que ese pecado deja impresa! Vuelve inconocible á la criatura que formara Dios á su imagen.

“Se me pregunta cómo llegué á aprender estas verdades, supueso que es notorio que nunca tuve un libro religioso en mis manos, que jamás leí una sola página de la Biblia, y que el pecado original, que absolutamente han olvidado ó niegan los judíos de nuestra época, nunca habia ocupado mi mente, y aun dudo que hubiera nunca conocido su nombre. ¿Cómo, pues, alcancé á saberlo? No puedo decirlo. todo lo que sé es, que al entrar á la iglesia todo lo ignoraba, y que al salir de ella todo distintamente lo percibía. No puedo explicar este cambio sino sirviéndome de la comparacion de un hombre á quien se despertase súbitamente de un profundo sueño, ó por medio de la analogía de un ciego de nacimiento que adquiriese repentinamente la vista; veria, pero no podria definir la luz que le alumbrara, y en medio de la cual contemplaba los objetos que le admiraran. Y si no puede uno explicar la luz física, ¿cómo hubiera de poder explicar esa luz que en sustancia, no es sino la verdad misma? Páreceme que acierto con decir que no tenia ciencia alguna de la letra, pero que sí entreveía el sentido y el espíritu de los dogmas. Estas cosas sentialas mas de lo que las veía, y sentialas por los inesplicables efectos que en mí produjeron. Todo lo que en mí pasaba era interior, y estas impresiones, mil veces mas rápidas que el pensamiento, mil veces mas profundas que la reflexion, no habian siquiera conmovido mi alma, pero sí la habian como cambiado, como

encaminadola en direccion diversa hácia otro fin, á otra nueva vida.

— “Me esplico mal sin duda; pero ¿cómo queréis que con mezquinas y áridas palabras esplique sentimientos que apenas caben en el pecho?

— “Sea lo que fuere de este lenguaje inexacto é incompleto, lo que hay de positivo es que me encontraba yo hasta cierto punto como un ser desnudo, como una tabla rasa. . . Nada era ya el mundo para mí, ya no existían mis preveniciones contra el cristianismo; de las preocupaciones de mi infancia no quedaba ya la menor huella; el amor á mi Dios habia tomado en grado tal el lugar del amor á todo otro objeto, que mi misma fatura se me presentaba bajo un punto de vista nuevo. Amábala como amáramos á un objeto que tiene Dios entre sus manos, como un dón precioso que hace que se aumente el amor que ya tuviéramos al donante.

— “Repitó que supliqué encarecidamente á mi confesor, al R. P. de Villefort y al señor de Bussière, que guardasen su secreto inviolable con respecto á lo que me habia sucedido. Quise sepultarme en el convento de los trapistas para no ocuparme ya sino en las cosas eternas, y tambien, lo confieso, porque juzgaba que los individuos de mi familia y mis amigos me tendrían por loco, me ridiculizarían, y parecíame que me estaba mejor apartarme totalmente del mundo y huir de sus palabras y de sus juicios. Sin embargo, los superiores eclesiásticos

me hicieron ver que el ridículo, las injurias y los falsos juicios hacían parte del cáliz de un verdadero y fiel cristiano; indujéronme á que bebiese este cáliz, y me advirtieron que Jesucristo habia predicho á sus discípulos que tendrían que sobrellevar trabajos, que padecer tormentos y suplicios. Estas graves palabras, bien léjos de desalentarme, aumentaron el júbilo que interiormente sentía; hallábame á todo dispuesto y solicité con ahínco el bautismo. Quisieron diferirlo, empero exclamé yo dirigiéndome á ellos: ¡Cómo! los judíos que oyeron la predicacion de los apóstoles recibieron inmediatamente el bautismo; ¡y queréis demorármelo á mí despues de haber oído á la reina de los apóstoles! Mis emociones, mis vehementes deseos y mis súplicas conmovieron á aquellos caritativos varones que me acogieron, y se me hizo la promesa, por siempre venturosa, de que se me administraría el bautismo.

— “Casi no podia yo esperar el dia designado para la realizacion de esta promesa; ¡hasta este punto me veía disforme ante Dios! Y entretanto, ¡cuántas bondades, cuánta caridad se me manifestó durante los dias destinados para prepararme! Habia entrado al convento de los padres jesuitas para vivir en el retiro bajo la direccion del P. de Villefort, que alimentaba mi alma con cuanta suavidad y unción tiene la palabra divina. Aquel varon de Dios no era un hombre, sino un corazon, sino la caridad celestial personificada. Pero apenas hube abierto

los ojos cuando descubrí en derredor de mí otros hombres de la misma especie, cuya existencia ni siquiera imagina el hombre. ¡Dios mío, cuánta bondad, cuánta delicadeza y cuánta gracia existe en el corazón de aquellos verdaderos cristianos! Todas las noches, durante mi retiro, llegábase hácia mí el venerable superior general de los jesuitas, y derramaba un celestial bálsamo en mi alma. Decíame unas cuantas palabras, y estas palabras parecían abrirse y ensancharse en mí á medida que las escuchaba, y llenábame de júbilo, de luz y de vida.

“Aquel sacerdote tan humilde y al mismo tiempo tan poderoso, hubiera podido no hablarme, porque su solo aspecto producía en mí el efecto de la palabra; su memoria, todavía hoy, basta para recordarme la presencia de Dios y reanimar en mí un vivísimo agradecimiento. No tengo términos con que espresar este agradecimiento, pues necesario sería que estuviese dotado de un corazón infinitamente más vasto, y que tuviese cien bocas para decir cuánto amor siento para con aquellos varones de Dios, para con el señor Teodoro de Bussiére, que para mí fué el ángel de María, y para con la familia de la Ferronays, á quien profeso una veneración y un cariño incomparables.

“El día 31 de enero llegó por fin, y no unas cuantas almas, sino toda una multitud de almas caritativas y piadosas me envolvió, por decirlo así, de simpatía y ternura. ¡Cuánto diera yo

por conocerlas para tributarles las gracias! ¡Ojalá oren siempre por mí como oro yo por ellas!

“¡Oh Roma, que gracias encontré en tu seno! La madre de mi salvador lo había dispuesto todo de antemano, pues había hecho que estuviese allí un eclesiástico francés que me hablase en mi lengua natal en el momento solemne del bautismo, y este fué el señor Dupanloup, cuya memoria se asociará toda mi vida á las más vivas emociones que sienta. Dichosos los que han escuchado su voz, porque los ecos de aquella potente palabra, que se han repetido después, jamás producirán el efecto que la palabra misma. ¡Ay! sentía yo, sí, que la inspiraba aquella misma madre, que era el asunto de su discurso.

“No referiré los pormenores concernientes á mi bautismo, confirmación y primera comunión, gracias inefables que recibí aquel mismo día de manos de Su Eminencia el cardenal Patrizi, vicario de Su Santidad.

“Muy largo escribiría si me dedicase á espresaros mis impresiones, si repitiese lo que ví, oí y sentí.... si especialmente recordase la caridad que se me prodigara; únicamente citaré aquí al eminentísimo cardenal Mezzofante.... el Señor ha dotado á este varón ilustre del don de lenguas, como premio que se ha servido conceder á aquel corazón afectuosísimo para con todos.

“Estábame reservado recibir un postrer consuelo.

“Os acordareis de que tenia yo un vehemente deseo de ver al santo Padre, deseo, ò mas bien curiosidad que me habia hecho detenerme en Roma; pero estaba léjos de imaginar en qué circunstancias se efectuaría. Como niño recién nacido para la Iglesia presentóseme al Padre de la universalidad de los fieles. Parecióme que, desde mi bautismo, experimentaba para con el sumo pontífice los sentimientos de respeto y amor de un hijo; consideréme, pues, muy venturoso cuando se me anunció que me daría audiencia á la cual sería conducido por el R. P. general de los jesuitas; mas no obstante tan plausible nueva, temblaba yo porque nunca habia comparecido ante los grandes de la tierra, y estos grandes me parecían entonces muy pequeños comparados con aquella verdadera grandeza. Confieso que todas las majestades del mundo me parecían estar concentrados en aquel que posee el poder de Dios en la tierra, en el Pontífice que, por una sucesion no interrumpida, tomó su origen en San Pedro y el sumo sacerdote Aaron, y que ha sucedido al mismo Jesucristo cuya cátedra eterna ocupa.

“Jamás olvidaré el temor y los latidos de corazón que me sobrecogieron al entrar en el Vaticano, al atravesar por tantos vastos patios, por tantos imponentes salones que conducen al santuario del sumo Pontífice. Pero toda la inquietud que sentia disipóse y dió lugar á la sor-

presa y al asombro, cuando le ví á él mismo tan sencillo, humilde y paternal. No era aquel varon un monarca, sino un padre que con una extrema bondad me trataba como á un amadísimo hijo.

—“¡Dios mio! ¿sucederá lo mismo el día final, cuando deba comparecer ante vos para dar cuenta de todas las gracias recibidas? Tiembla uno á la idea de las grandezas de Dios y teme su Justicia; pero en vista de su misericordia renacerá sin duda la confianza y con ella un amor y un agradecimiento sin límites.

“¡Agradecimiento, tú serás mi ley y mi vida en lo sucesivo! No puedo expresar este sentimiento con palabras, pero procuraré manifestarlo con mis obras.

“Las cartas que he recibido de mi familia me ponen en una libertad completa; esta libertad se la consagro á Dios y se la ofrezco desde ahora con mi existencia toda para servir á la Iglesia y á mis hermanos bajo el amparo de María.”

M. COLLIN DE PLANEY. ®

M. COLLIN DE PLANEY nació cerca de Arcis sobre Aube el 28 de enero de 1796. Hizo en Troyes excelentes estudios. Después de ha-

“Estábame reservado recibir un postrer consuelo.

“Os acordareis de que tenia yo un vehemente deseo de ver al santo Padre, deseo, ò mas bien curiosidad que me habia hecho detenerme en Roma; pero estaba léjos de imaginar en qué circunstancias se efectuaría. Como niño recién nacido para la Iglesia presentóseme al Padre de la universalidad de los fieles. Parecióme que, desde mi bautismo, experimentaba para con el sumo pontífice los sentimientos de respeto y amor de un hijo; consideréme, pues, muy venturoso cuando se me anunció que me daría audiencia á la cual sería conducido por el R. P. general de los jesuitas; mas no obstante tan plausible nueva, temblaba yo porque nunca habia comparecido ante los grandes de la tierra, y estos grandes me parecían entonces muy pequeños comparados con aquella verdadera grandeza. Confieso que todas las majestades del mundo me parecían estar concentrados en aquel que posee el poder de Dios en la tierra, en el Pontífice que, por una sucesion no interrumpida, tomó su origen en San Pedro y el sumo sacerdote Aaron, y que ha sucedido al mismo Jesucristo cuya cátedra eterna ocupa.

“Jamás olvidaré el temor y los latidos de corazón que me sobrecogieron al entrar en el Vaticano, al atravesar por tantos vastos patios, por tantos imponentes salones que conducen al santuario del sumo Pontífice. Pero toda la inquietud que sentia disipóse y dió lugar á la sor-

presa y al asombro, cuando le ví á él mismo tan sencillo, humilde y paternal. No era aquel varon un monarca, sino un padre que con una extrema bondad me trataba como á un amadísimo hijo.

—“¡Dios mio! ¿sucederá lo mismo el día final, cuando deba comparecer ante vos para dar cuenta de todas las gracias recibidas? Tiembla uno á la idea de las grandezas de Dios y teme su Justicia; pero en vista de su misericordia renacerá sin duda la confianza y con ella un amor y un agradecimiento sin límites.

“¡Agradecimiento, tú serás mi ley y mi vida en lo sucesivo! No puedo expresar este sentimiento con palabras, pero procuraré manifestarlo con mis obras.

“Las cartas que he recibido de mi familia me ponen en una libertad completa; esta libertad se la consagro á Dios y se la ofrezco desde ahora con mi existencia toda para servir á la Iglesia y á mis hermanos bajo el amparo de María.”

M. COLLIN DE PLANEY. ®

M. COLLIN DE PLANEY nació cerca de Arcis sobre Aube el 28 de enero de 1796. Hizo en Troyes excelentes estudios. Después de ha-

ber vacilado por espacio de algun tiempo acerca de la carrera que adoptaria, decidióse por las de las letras.

Trasladóse á Paris en 1814, y desde entonces extraviado por la filosofia, publicó sucesivamente muchas obras audazmente impías.

M. Collin de Planey manifestó en muchos pasajes de sus escritos una sensatez y una equidad que formaban notable contraste con las tristes doctrinas que profesaba y con el tono que en sus demás obras tomaba. Sirvióse Dios de los trabajos para convertirle, y tenemos hoy el consuelo de publicar la retractacion, tan digna como interesante, de este literato, fecha en Kullenburgo de Holanda el 9 de agosto de 1841.

“Aquellos de entre mis amigos, dice, que leyeren estas lineas, no dejarán de sorprenderse si conservan aun en la memoria las obras que he publicado especialmente en los años de 1818 á 1830. Me han visto caminar con violencia tanta por la senda de la filosofia anticatólica, que no debian proveer que variase tan completamente de ideas. En aquellos dias de vértigo yo mismo no lo preveia; necesario ha sido para detenerme, fuertes y multiplicadas lecciones, y estas lecciones, gracias á Dios, no han sido infructuosas. En 1833 púseme á hacer serias investigaciones á fin de dar con la verdad, y como estaba entregado á mi mismo durante esta tarea, fueron dilatadas mis pesquisas. Necesité de ocho años de penosas irresoluciones y de interiores luchas para volver á las conviccio-

nes que habia sofocado en mí el espíritu del mundo.

“En fin, Dios, cuya bondad no conoce limites, hizo desaparecer de mis ojos la densa niebla de que estaban todavía cubiertos. Mostróme, dirigiendo su voz á mi corazon y á mi entendimiento, que los sistemas y raciocinios de esa filosofia embustera á la cual habia yo prodigado, por espacio de tanto tiempo, mis homenajes, no son mas que errores, engaños, falsedad grosera, y mala fé; que esos sistemas no se sostienen sino por soberbia, por interés del vicio y de la corrupcion; que la humana sabiduria no es mas que viento si no se apoya en la revelacion sin la cual ningun filosofo pudo jamás explicar al hombre, y que la verdad, única y esclusivamente reside en la religion católica que es donde se la encuentra completa, sólida é inalterable. Cuando me sentí robustecido por medio de estas convicciones, que se enseñorearon de mí sin haber consultado á nadie, habiendo regresado á la senda del catolicismo en virtud de la simple investigacion recta y sincera de la verdad, y particularmente por una gracia inmensa de la bondad divina, volvíme completamente á Dios lleno de felicidad al hechar de ver que su celestial mansedumbre no se habia cansado de mi soberbia; con suma vergüenza, y destrozado por mis remordimientos, ingresé á la Iglesia que me recibió como el buen padre de familia recibe al hijo pródigo, colmándome de satisfaccion y de contento.

“Juzgo de mi deber anunciar públicamente esta noticia, tan feliz para mí, á todos los que durante tantos años me vieron incrédulo, impío, viviendo olvidado de Dios, extraviado yo mismo al paso que estraviaba á mis prójimos. Esta revolucion que se ha operado en mí, debo sobre todo anunciarla á los que han leído los criminales libros que he escrito.

Condeno, pues, y pisoteo cuanto he escrito contra la fé y las buenas costumbres, y lloro amargamente las funestas lecciones que se han podido tomar en aquellos libros malditos. Pido perdon á Dios de los desórdenes de que hayan sido origen, y de los que puedan ocasionar todavía, y le suplico que mueva las conciencias que he emponzoñado, así como se ha servido mover la mía. Ruego á los que tengan algunos de mis depravados escritos que léjos de sí los desechen, que me perdonen el daño que haya podido hacerles, que esten convencidos de que si vuelven á leer esas obras, que hoy maldigo, se preparan los remordimientos que desde hace mucho tiempo me afligen. Repito ante Dios y (ante los hombres) ante vosotros lo que esto leyereis, que, como aquel príncipe sicambriano á quien hizo doblar el cuello San Remigio, adore lo que habia quemado y quemado lo que habia adorado. Declaro que me someto en todo y sin reserva á la santa Iglesia católica y á la santa sede, que apruebo todo lo que aprueba y condeno todo lo que condena, y que detesto todo cuanto he dicho, hecho, es-

crito y publicado digno de vituperio, sea que lo haya reprobado ya el Sumo Pontífice, sea que no lo haya hecho todavía.

“Y pido á Dios de todo corazón la gracia de vivir y morir como buen cristiano, en la fe de la Santa Iglesia católica, apostólica y romana, y me propongo, con el divino auxilio, emplear en lo futuro todos mis esfuerzos en reparar, cuanto me sea posible, en mis nuevos escritos, el perjuicio que he ocasionado durante los dilatados años de mis insensatos extravíos.”

M. Collin de Planey acaba de dar á luz (1844) una nueva edicion de su *Diccionario infernal*, aprobado por el Ilustrísimo señor arzobispo de Paris. “La supersticion, dice en el prefacio de esta tercera edicion, que consiste en prácticas y creencias no contenidas en las reglas prescritas por la Iglesia, comprende tambien á las herejías, á los cismas y á los excesos de todo género. . . .

“El autor de este libro, en las dos primeras ediciones que de él hizo, cayó él mismo, de una manera lamentable, en los descarríos que aquí condena. Arrastrado fuera del seno de la Iglesia, centro único de la verdad, extravióse en los senderos de una filosofia mentirosa, y sembró en sus escritos errores que detesta y que desconoce. Vuelto al seno de la Iglesia romana en virtud de una gracia de la bondad divina de que ciertamente no era digno, se ha encontrado en la posibilidad, desde entónces, de reconocer que la Iglesia es la única que tenga los compe-

tentes medios de combatir con eficacia, como los ha combatido siempre, los descarríos de la superstición y los absurdos desenfrenos de la mente.

“Una circunstancia no se ha echado de ver bastantemente en medio de los interesados clamores de los filósofos, y es la de que los únicos hombres que viven escentos de superstición son los fieles hijos de la Iglesia; y esto consiste en que ellos son los únicos que poseen la verdadera luz. Los que dudan, por el contrario, parecen todos justificar aquella memorable espresion que dice que los que se separan de Dios tienen el ánimo descaminado; porque los mas incrédulos de entre ellos son los mas supersticiosos.

“En asuntos que una astucia satánica ha asociado á la religion con frecuencia tanta, presentáranse de vez en cuando al escritor pérfidos encuentros y pasos delicados. Ojalá el espíritu de sabiduría le conduzca! Si en ciertos artículos se engaña, declara de antemano que, como hijo sumiso de la santa Iglesia, y sumiso á ella sin restriccion y sin reserva, desconoce, detesta y condena cuanto la Iglesia pudiera desconocer en su libro.”

Hé aquí como termina este escritor su obra:

“En ese dedalo de errores é ilusiones cuyo cuadro hemos delineado, no se pierda de vista este grande hecho—que cuanto sea falso y monstruoso ha sido fruto de los estravíos del entendimiento humano, y que estos estravíos no

han podido ser producidos sino por las ilusiones de una falsa filosofia que ha continuado esparciendo sus errores bajo diferentes disfraces. Pero existe una luz que resplandece en medio de todas las tinieblas por mas que muchos cierran los ojos por no verla: *Lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt*. Esta verdadera luz tan solo en la Iglesia católica se encuentra, porque solo ella es el centro de la verdad y de la libertad,—¡en la que se sirva Dios conservarnos!”

DORY.

“Una mañana (1) del mes de febrero de 1830, que hacía mucho frio, abrí la celosía de mi aposento y púseme á contemplar la perspectiva que se presentaba á mis ojos; era bastante hermosa, aunque es verdad que vivia yo en el cuarto piso. Percibía desde allí el Luvre y las Tullerías, las flechas y las cúpulos de los monumentos públicos; y mas allá los molinos de Montmartre. La nieve habia estendido por todas partes su blanco manto. Consideraba yo

(1) Extracto de una obra intitulada: *Conversion al cristianismo de un sansimoniano*, por Alfonso Dory.

tentes medios de combatir con eficacia, como los ha combatido siempre, los descarríos de la supersticion y los absurdos desenfrenos de la mente.

“Una circunstancia no se ha echado de ver bastantemente en medio de los interesados clamores de los filósofos, y es la de que los únicos hombres que viven escentos de supersticion son los fieles hijos de la Iglesia; y esto consiste en que ellos son los únicos que poseen la verdadera luz. Los que dudan, por el contrario, parecen todos justificar aquella memorable espresion que dice que los que se separan de Dios tienen el ánimo descaminado; porque los mas incrédulos de entre ellos son los mas supersticiosos.

“En asuntos que una astucia satánica ha asociado á la religion con frecuencia tanta, presentáranse de vez en cuando al escritor pérfidos encuentros y pasos delicados. Ojalá el espíritu de sabiduría le conduzca! Si en ciertos artículos se engaña, declara de antemano que, como hijo sumiso de la santa Iglesia, y sumiso á ella sin restriccion y sin reserva, desconoce, detesta y condena cuanto la Iglesia pudiera desconocer en su libro.”

Hé aquí como termina este escritor su obra:

“En ese dedalo de errores é ilusiones cuyo cuadro hemos delineado, no se pierda de vista este grande hecho—que cuanto sea falso y monstruoso ha sido fruto de los estravíos del entendimiento humano, y que estos estravíos no

han podido ser producidos sino por las ilusiones de una falsa filosofia que ha continuado esparciendo sus errores bajo diferentes disfraces. Pero existe una luz que resplandece en medio de todas las tinieblas por mas que muchos cierran los ojos por no verla: *Lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt*. Esta verdadera luz tan solo en la Iglesia católica se encuentra, porque solo ella es el centro de la verdad y de la libertad,—¡en la que se sirva Dios conservarnos!”

DORY.

“Una mañana (1) del mes de febrero de 1830, que hacía mucho frio, abrí la celosía de mi aposento y púseme á contemplar la perspectiva que se presentaba á mis ojos; era bastante hermosa, aunque es verdad que vivia yo en el cuarto piso. Percibia desde allí el Luvre y las Tullerías, las flechas y las cúpulos de los monumentos públicos; y mas allá los molinos de Montmartre. La nieve habia estendido por todas partes su blanco manto. Consideraba yo

(1) Extracto de una obra intitulada: *Conversion al cristianismo de un sansimoniano*, por Alfonso Dory.

con interés aquel espectáculo hasta entonces desconocido, y aquella cenicienta bóveda del cielo tan extrañamente cortada por la blancura de la nieve, cuando me puse à repasar en mi cabeza todo lo que habia visto en la capital y lo que me quedaba por ver todavía. Mientras mas en ello meditaba, menos encontraba cosa que mi curiosidad exitase. Repentinamente reflexioné en que bien podia suceder que no estuviese todo Paris comprendido en sus calles, ni en sus paseos, ni en sus edificios, que acaso existia un pensamiento, una ciencia que pudiera denominarse, pensamiento ó ciencia de Paris, y entonces púseme à meditar donde podria encontrarlo. ¿Pero no hay aquí acaso, repuse, facultades y academias? ¿no hay doctos artistas, abogados, &?

Habiendo hecho estas reflexiones cerré mi celosía, y vistiéndome con presteza dirigime inmediatamente hácia el cuartel latino.

Unos cuantos dias bastaron para que me iniciase en un nuevo género de vida, y no tardé en volverme uno de los alumnos constantes de los mas constantes de la Sorbona, en grado tal que pocos habria contenido, aquel año edificio, que me igualasen. Púseme à seguir todos los cursos; química y física, literatura y moral, geografía, filosofía, historia natural, historia antigua y moderna, fisiología, &... Figuré en el curso de todos los profesores y estúveme todo el dia por mañana y tarde, en el *paris latino*.

.....

De suerte que habia tomado la costumbre de pasar una considerable parte del dia en las aulas, tomando notas, concurriendo á cinco ó seis cátedras consecutivas, y decorándolo, por decirlo así, todo, hasta lecciones de literatura latina ó griega. La ciencia habia llegado á ser en mi pasión. No me ocupaba mas que eu esto, en esto solo meditaba. No tenia tiempo para leer, pues apenas me era suficiente todo aquel de que disponia para coordinar en mi cabeza aquel incesante flujo de ciencia que penetraba en mí por los oídos.

Existe una diferencia grandísima entre la ciencia escrita y la ciencia emitida por los labios. Un libro científico es un texto muerto, sin comentarios ni explicaciones; pero encuéntrase en la voz de un profesor, y en el fuego de su fisonomía no sé qué cosa que hace que se comprenda lo que enuncia, y un acento que ocasiona que lo que explica en el entendimiento se introduzca. Sin embargo, á pesar de lo numerosas que eran las cátedras á que asistiera, y de la consumada habilidad de muchos de los profesores, el conjunto de sus doctrinas no correspondia, á la idea que de antemano me tenia formada. No encontraba en ellos unidad ni sistema alguno uniforme; aquello era una especie de científico caos. Al salir de la escuela condillacica fui á dar al eclecticismo; de la historia segun Voltaire, pasé á la historia segun la Providencia; el uno, y este era el señor Daunon, como tipo de asociacion política me pre-

sentaba sus eternos espartanos, en tanto que el otro percibía que en la sociedad era preciso rehacerlo todo. El señor Andrieux, á pesar de ser uno de los admiradores de Voltaire hablaba bastante bien del cristianismo, al paso que esta santa doctrina era desechada, y acaso ridiculizada por otros. En fin, uno era absolutamente filósofo y otro totalmente griego; este todo se volvía materia desde la cabeza hasta los piés, y aquel era un espartano hecho y derecho; uno hablaba incesantemente de animales, y otro estaba convertido en guarismos. Aquello presentaba un espectáculo que ciertamente habria podido calificarse de curioso, y que yo, que era un discípulo algo atrevido, empecé á calificar de caos.

Peligroso es y mas de lo que comunmente se piensa, agitar incesantemente las elevadas cuestiones en que está interesada la existencia del hombre; á fuerza de volverlas en todos sentidos sucede con frecuencia que, afligidos de las manchas que ven en ella impresos nuestros ojos, de los tropiezos positivos ó poco fundados que en ella percibimos, y del velo que parece ocultarlos á nuestra natural curiosidad, caigamos en una duda criminal ó en un involuntario desaliento. Una de las condiciones inherentes á nuestra humana naturaleza es la de que cuando se quiere esta elevar un poco alto no falte el aire, y entonces por todas partes se presenta á ella el infinito, el problemático infinito.

En cuanto á mi, mas débil quizá que cualquiera otro, leía de buena voluntad las obras de San Simon, y *el Organizador*, periódico que publicaban sus discípulos. El modo con que estos explicaban la historia me agradaba mucho. Pero lo que me hizo mas impresion fué la obra intitulada el *Nuevo Cristianismo*, fruto de los últimos años de la vida de San Simon; notaba yo en esta produccion un acento de autoridad y fe que en ninguna otra parte encontraba. ¡Extraña circunstancia! á medida que progresaba yo en la senda del sansimonismo se iba mas y mas enseñoreando de mí la duda. Mi cristianismo, violentamente acometido en sus cimientos, bamboleaba, y sin embargo no tenia yo absolutamente fe alguna en aquella nueva palabra que era como un ariete con el cual podia venir mi religion por tierra. A decir verdad no creia yo firmemente en nada. El cristianismo continuaba siendo para mí bello y admirable; era una porcion de verdad, pero una verdad plena y perdurable; proseguia amandóla, pero nada se atrevia á concluir mi entendimiento. Además, todas aquellas blasfemias en que habia oido prorumpir á tantas bocas, aquellas diarias ironías; aquella ciencia moderna casi totalmente materialista, la memoria de mis antiguas ideas y de mi escepticismo de antaño, todas aquellas producciones del día tan poco cristianas, todo esto abalanzabase sobre mí, acometiame casi de un modo simultáneo, y encontrábame cual bajel en medio de los mares, im-

pelido por todo tempestuoso viento, sin piloto ni brújula.

De regreso á Marsella declaréme públicamente sansimoniano. Tomé alquilado un salon á propósito en una casa de la calle de las Bellas artes, é hice mi primera predicacion el 13 de diciembre del año 1830.

Sin embargo, encontrábame solo entónces. Ni tenía prosélitos ni veía persona alguna que me animase. Ocupábame en predicar mi doctrina ante hombres que estaban predisuestos contra ella. No ignoraba los peligros que era posible que corriese. Sabia que me hallaba en el seno de una poblacion entusiasta, inspirada aún de las ideas que yo poco antes abandonara. Sabia que cuando menos me esponía á la ironía y á los sarcasmos, y que podian vengarse de la doctrina en aquel que la predicaba. Pero esto nada me importaba porque tenia fe en lo que decia, y todo es posible al que cree. Desdeñábame el mundo y ningun caso hacia de mi familia, aunque decia mi padre que iba á solicitar que se me encerrase; reíame de las lágrimas que vertia mi madre. Agréguese á esto que en mi vida habia yo hablado en público y que tampoco habia tenido jamás gana de hacerlo, que soy tímido y poco saciable, y sin embargo no sé como pude resolverme á mandar poner en el Ateneo de Marsella este extraño anuncio: "Mañana domingo, á las diez del día, habrá una predicacion sansimoniana en la calle de las Bellas artes núm. 24."

Celebráronse muchas sesiones públicas. No dejó de concurrir gente á ellas, pero aunque hicieron impresion en algunos jóvenes, escitaron en general disgustos. Dory, no encontrando ya quien le proporcionase local para sus predicaciones, se volvió periodista. Esto acacia en 1832, año del cólera.

"De mucho tiempo atrás estaba el cólera haciendo destrucos en Europa, y parecia tener satisfaccion en recorrer las capitales, cuando un día cayó sobre Paris inesperadamente. ¡Qué terror aquel y qué angustial! Cada cual trató de aislarse, algunos tomaron la fuga y otros fueron atacados por la plaga y esterminados. Corrióse á pedir auxilio á la ciencia: los doctos pusieronse á descomponer el aire, entretuviéronse los médicos en formar sistemas, y no por eso dejaba de producir sus efectos el cólera. —"¿Es contagioso?—¿No lo es?" Tal era la cuestion del dia. Y sin embargo, otra cuestion habia más importante y elevada, y era esta: "¿Qué medio hay por el cual pueda la sociedad librarse de esta plaga?"

Una circunstancia estraña y sorprendente habia, y era esta la manera con que se apoderaba de un hombre y lo convertia en cadáver en el término de unos cuantos minutos. Aquella enfermedad no se veia, ni se la oia, ni tampoco podia tocársela. Los que en sus dedos habian cifrado la certidumbre quedábanse perplejos y veíanse reducidos á hacer sus esperimentos en cadáveres. Y entre tanto aquel inmenso visi-

tador todo lo visitaba; entraba en los palacios y en las cabañas, en las ciudades y en los suburbios, asiase de hombres y de mugeres, de ancianos, niños y doncellas. ¡Cuánto duelo y desolacion! Compadezco sinceramente á aquellos que no teniendo nada con que confortar su corazon procuraban solo aturdirse. ¡Qué cosecha de varones ilustres hizo la muerte! No hubo uno de los diversos ramos del saber humano, no hubo una de las varias clases de los publicos funcionarios, que no tuviese que llevar á alguno de sus jefes.....

¡Ay! en la mente de aquellas personas para quienes las cosas de la vida no son el todo, cuya existencia es totalmente contemplativa, ¡cuánto debió pasar entónces! ¡Cuántas inveteradas convicciones no disipó, cual humo, el cólera! ¡Cuántas imprevistas mutaciones que apenas se pueden creer no obstante haberlas visto, no debemos á aquella plaga!

El viento de la desolacion elevábase á los sábios, y la ciencia, no sabiendo ya á que atenerse, temblaba ella misma sobre sus bases. Nada, en mi opinion, llegó nunca á demostrar mejor la debilidad y la incertidumbre de esa que denominamos ciencia. Hombres hubo que recibieron con alborozo al cólera; verian si era la plaga mas pujante que sus brazeros y sus visturries; pero aquellos hombres, en breve, llenos de terror, no supieron ya que creer; hicieron por mostrarse estoicos, y por la primera vez acaso de su vida dudaron de sí mismos.

La cuestion del cólera interesaba á todo el mundo, porque de Paris podia trasladarse á las provincias y presentarse entre nosotros. El gobierno mandó publicar una circular que se podia llamar precatoria; contenia algunas medidas de salubridad y de higiene; ¡cosa harto mezquina era aquella! Aconsejábase que se comiese carne y que se abstuviese uno de yerbas, que no se bebiese aguardiente, &c. Muchos médicos pusieron el grito en el cielo sosteniendo que no se debia cambiar el método ordinario de vida, y que las legumbres eran mas sanas que la carne. Muchos hacian uso del cloruro de cal, y en Marsella hubo doctores que sostuvieron publicamente que no habia cosa mas perjudicial que el cloruro. Si refiero estas circunstancias, que son notorias, es simplemente para hacer ver lo que es la ciencia, cuanto cuenta tiene que se la conserve secreta; y cuán inútil aparece ante esos inmensos azotes que suelen caer de vez en cuando sobre las naciones enteras. Los que cifran en la ciencia su todo, el *summum*, son ciegos que buscan una montaña en un prado. La ciencia es buena, no hay duda en ello, y lo confieso; pero no puede reemplazar lo que vale infinitamente mas que ella, lo que la suple y que ella no puede suplir nunca, á saber, el pensamiento religioso.

¡Cuál era, en aquella sazon, la solucion cristiana? esta: "El hombre, envuelto en carne y culpable, debe dar á Dios una satisfaccion por sus culpas. De hecho satisface, sea en esta

vida, sea en la otra. Dios le affige, empero esta afliccion no es mas que momentánea. Además, el hombre tiene á su disposicion un poderoso medio de librarse de la ira del cielo, y este medio es la oracion, palanca inmensa que conmueve á las inteligencias sobrenaturales y que hasta la mansion de Dios llega.

Acaso se deseará saber cual era la solucion Sansimoniana. *El Globo*, en vista de una calamidad tan grande, no se estuvo mudo. No se limitó, como los demas impresos públicos, á presentar en lista los nombres de los muertos y de los moribundos, sino que dijo lo que era necesario que se hiciese:

“El cólera no es una plaga emanada de Dios. Toma origen en la miseria en que vive el pueblo, ese pueblo mal alojado, vestido y sustentado; introdúcese con facilidad en los corazones carcomidos por el escepticismo y el disgusto. Entregaos á la alegría y al trabajo, bebed y comed, celébrese una grande asamblea en el *Campo de Marte* donde todos los artistas, músicos y bailarines se ostenten en amplios tablados, que las principales corporaciones del estado se reunan, salgan del entorpecimiento en que yacen y vengán á precidir estas festividades nacionales, que inmediatamente ponga manos el pue- á la construcción del camino de fierro, de Paris al Havre y que la alegría y la abundancia por todas partes reinen.”

Ya vemos que todo lo seria esta solucion, menos cristiana; era precisamente lo contrario

De suerte que no pude yo, lo confieso, adoptar estas ideas ni digerirlas; escandalizábanme casi.

Entretanto no me sentia yo aterrorizado. Estaba decidido á esperar el azote con entereza y á no ausentarme de Marsella. Pero abandonando á los hombres y no queriendo ya pensar en la sociedad ni en el porvenir de ella, propúseme ocuparme en solo mi individuo y en resolver, con relacion á mí, el problema del destino. Entonces, mas de una vez presentéme la proposicion siguiente: Un moribundo se encuentra en el último trance; se llama para él á un sacerdote sansimoniano; ¿qué le dirá este?

“Amigo mió, es necesario que murais; esa es una ley de la naturaleza á la cual todos estamos sometidos; vuestra vida se requirirá á la vida universal; vivireis siempre en Dios y en nosotros.”

No creo que pueda hablar de otra manera.

Supongamos que por otro lado se acerca un sacerdote católico al moribundo; ¿que habrá de decirle?

“Hermano, estais padeciendo; el Señor padeció como vos; ved si vuestros dolores pueden compararse á los suyos. Vais á morir; confesad vuestras iniquidades y pedid á Dios que os las perdone. Dentro de poco vais á comparecer ante él y á ser juzgado segun vuestras obras; mas espero que el Todopoderoso tendrá para con vos, mucha misericordia. A un lado tenéis la mansion de eternos dolores, y al otro

dado el Paraíso; ireis pues à la una de ambas partes, personalmente y en toda la plenitud de vuestro ser."

Así me tomaba yo la libertad de hacer hablar á un sacerdote católico. Reflexionando en ello confieso que con mas gusto prestaba oído á este último, y cuando pensaba, sobre todo, en aquel mundo espiritual, en aquella ciudad de Dios tan gloriosa y tan pura.....

En la época á que me refiero, empleaba, pue-
do asegurarlo, cuanta actividad tenia en el ánimo para poseerme de esa certidumbre, de esa fe que parecia huirme. Cuando pensaba que la habia afianzado y que en mis brazos la tenia, una nada me hacia perderla. Habria querido creer, pero á pesar de los grandes esfuerzos de mi voluntad, no podia.

Quizá hay en esto algo mas íntimo de lo que á primera vista se imagina; acaso esto no viene á ser sino un castigo de la duda. ¿Seria por ventura cosa extraña que nos pagase con el desprecio una persona despreciada? No me atrevo á insistir en esta idea. Aquel esfuerzo de mi voluntad desechada, aquel pasar de una region á otra; aquella sucesion de doctrinas heterogéneas, aquella lucha, aquel combate, dejábanme momentos terribles en que postrado y aterrado sucumbia....

Sin embargo no eran permanentes en mí aquellas tan lúgubres ideas; acaso seria imposible al hombre soportarlas. Después de aquellos biliosos arranques en contra de todo lo que

existe, tomaba el Evangelio y leía con singular serenidad el misterioso nacimiento de un Salvador, las palabras divinas que de sus labios se exhalaban y el discurso que en la montaña pronunciará. Recorria las epístolas de san Pablo, ó si estaba mi corazon dispuesto á lo sublime, abria alguno de aquellos inspirados poemas que se encuentran en la ley antigua; y seguia en su vuelo á Isaiás, David, Jeremías ó Daniel, aquellas águilas de fuego. Cuando me entretenia en leer el Evangelio imponia completo silencio á toda razon ó recuerdo; dejaba que hiciesen en mí toda su impresion aquellas sus palabras tan grátas á la vez que graves, tan llenas de dolor y aspiracion al cielo, y dilataba todo mi corazon para que de aquella divina leche se impregnase. Entonces era yo cristiano, exclusivamente cristiano.....

En la época de que hablo acometiome una enfermedad poco grave pero dilatada.

Las enfermedades tienen la ventaja de que sirven, hasta cierto punto, de retiro. Desprende-se repentinamente de sus ocupaciones, de sus distracciones el hombre, y encuéntrase solo, ó casi solo, reflexionando en esa extraña ley de su naturaleza: *el dolor*. El mundo, que le impelia hácia todos lados con sus olas, se retira y le deja gimiendo en el aislamiento. La idea de la muerte, la idea de ese acontecimiento que habia estado á punto de calificar de un verdadero sueño, preséntase á él como posible. Todo ese trabajo á que, durante la vida, incesan-

temente nos entregamos, ¡á qué conduce? ¡Ha encontrado el hombre acaso en este mundo satisfaccion para sus licitos deseos ó para la continua tribulacion de su ánimo? ¡Cuántas ilusiones acogió con júbilo su imaginacion y se le desvanecieron cual sombra! ¡Con cuantos objetos contaba ya que de las manos se le fueron! Luego, en las cuatro paredes de su cuarto, limitado á un horizonte poco halagüeño, pónese á considerarse á sí mismo y á dar una vuelta á lo pasado. Recorre su infancia, sus primeros años, su juventud, recuerda las ideas ú ocupaciones que tenia en aquel período de la vida, arroja una melancólica mirada hácia aquel tiempo que tan tristemente trascurriera, y admírase que haya limitado su porvenir á lo poco que á la sazón parece. ¡Cómo desapareció todo aquello! Después calcula la edad que tiene y se encuentra con que ya es viejo. Sus físicos padecimientos le hacen acordarse de su cuerpo, y reflexiona de nuevo en *el dolor*, en esa ley de la naturaleza.

En suma, la ley que explica por medio del dolor las cosas de la vida, es muy cierta; el hombre padece siempre en esta vida; esto nos lo acredita la experiencia y no lo puede poner en duda ningun enfermo. Luego el cristianismo tiene sus raíces en la naturaleza del hombre y es la verdadera é íntima explicacion de la vida.

Si el lector ha observado con detenimiento la sucesion de ideas que queda expresada,

echará de ver cómo, y por qué, medios volví á la senda del cristianismo: dejando á un lado toda influencia sobre humana debo decir que alcancé esta felicidad con el auxilio de la soledad y de la lectura de obras religiosas.

BAUTAIN.

EL PADRE BAUTAIN, cuyo nombre se ha hecho tan famoso, empezó por médico, y signió la cátedra de filosofia del señor Cousin, de quien fué uno de los mas notables discipulos. Mas adelante, desengañado de lo que es el eclecticismo, y disgustado de las doctrinas de los hombres, declaróse cristiano. He aquí cómo refiere el modo en que fué conducido al catolicismo:

“¡Y tambien yo me he creído filósofo porque he sido amante de la humana sabiduría y admirador de vanas doctrinas! He creído, como tantos otros, que en mi razon se encontraba la medida de lo absoluto y de lo posible, y que mi voluntad no tenia mas ley que ella propia....

He buscado la verdad en mí, en la naturaleza y en los libros. He ido á llamar á la puerta de todas las humanas escuelas, me he abandonado á todo viento de doctrina, y tan solo he

temente nos entregamos, ¡á qué conduce? ¡Ha encontrado el hombre acaso en este mundo satisfaccion para sus licitos deseos ó para la continua tribulacion de su ánimo? ¡Cuántas ilusiones acogió con júbilo su imaginacion y se le desvanecieron cual sombra! ¡Con cuantos objetos contaba ya que de las manos se le fueron! Luego, en las cuatro paredes de su cuarto, limitado á un horizonte poco halagüeño, pónese á considerarse á sí mismo y á dar una vuelta á lo pasado. Recorre su infancia, sus primeros años, su juventud, recuerda las ideas ú ocupaciones que tenia en aquel período de la vida, arroja una melancólica mirada hácia aquel tiempo que tan tristemente trascurriera, y admírase que haya limitado su porvenir á lo poco que á la sazón parece. ¡Cómo desapareció todo aquello! Después calcula la edad que tiene y se encuentra con que ya es viejo. Sus físicos padecimientos le hacen acordarse de su cuerpo, y reflexiona de nuevo en *el dolor*, en esa ley de la naturaleza.

En suma, la ley que explica por medio del dolor las cosas de la vida, es muy cierta; el hombre padece siempre en esta vida; esto nos lo acredita la experiencia y no lo puede poner en duda ningun enfermo. Luego el cristianismo tiene sus raíces en la naturaleza del hombre y es la verdadera é íntima explicacion de la vida.

Si el lector ha observado con detenimiento la sucesion de ideas que queda expresada,

echará de ver cómo, y por qué, medios volví á la senda del cristianismo: dejando á un lado toda influencia sobre humana debo decir que alcancé esta felicidad con el auxilio de la soledad y de la lectura de obras religiosas.

BAUTAIN.

EL PADRE BAUTAIN, cuyo nombre se ha hecho tan famoso, empezó por médico, y signió la cátedra de filosofía del señor Cousin, de quien fué uno de los mas notables discipulos. Mas adelante, desengañado de lo que es el eclecticismo, y disgustado de las doctrinas de los hombres, declaróse cristiano. He aquí cómo refiere el modo en que fué conducido al catolicismo:

“¡Y tambien yo me he creído filósofo porque he sido amante de la humana sabiduría y admirador de vanas doctrinas! He creído, como tantos otros, que en mi razon se encontraba la medida de lo absoluto y de lo posible, y que mi voluntad no tenia mas ley que ella propia....

He buscado la verdad en mí, en la naturaleza y en los libros. He ido á llamar á la puerta de todas las humanas escuelas, me he abandonado á todo viento de doctrina, y tan solo he

encontrado tinieblas é incertidumbre, vanidad y contradicciones. Gracias al cielo, nunca pudieron hallar cabida en mí las degradantes doctrinas del materialismo, ni jamás pude revolcarme sistemáticamente en el fango. Pero he sido idólatra de la hermosura, esclavo de la imaginación, y en medio de los portentos de las artes y de los encantos de las imágenes, se ha quedado vacía y hambrienta mi alma. . . .

Entonces he raciocinado con Aristóteles, he querido reformar mi entendimiento con Bacon, he dudado metódicamente con Descartes, he procurado determinar, con Kant, lo que me era posible y lícito saber, y el resultado de mis raciocinios, de mi reforma, de mi duda metódica y mi crítica, ha sido que nada sabía y que acaso nada podía saber.

He ido á refugiarme, con Zenon, á mi fuero interno, á mi conciencia moral, buscando, en la independencia de mi voluntad, la ventura, y me he convertido en estoico. Pero entonces me he vuelto á encontrar sin principio, sin dirección, sin objeto, y además, sin felicidad ni nutrimento, no sabiendo qué hacer con mi libertad y no atreviéndome á ponerla en ejercicio de temor de perderla. Entonces me he vuelto hácia Platon. Sus sublimes especulaciones han hecho que se altere mi espíritu de igual modo que si tuviese alas, y por medio de las *ideas* esperaba llegar á la contemplación de la verdad pura y la hermosura eterna. . . . ¡Hallábame repleto de ciencia y de ideas! He aprendido á

discurrir magníficamente sobre el bien, pero no sabía practicarlo. Presentia mucho, veía poco, y nada me gustaba; no por tener mas ciencia era mejor ni mas venturoso, y en medio de mis ensueños de perfección y de virtud, sentía sin cesar en mi seno la hidra roedora del egoismo que se mofaba de mis teorías y de mis esfuerzos. Disgustado de las doctrinas de los hombres, dudando de todo, creyendo apenas en mi razón misma, no sabiendo qué hacer con mi go propio ni con los demás en medio del mundo, íbame consumiendo la sed de la verdad, íbame matando el hambre de lo justo y bueno que en ninguna parte encontraba—cuando vino á salvarme un libro—¡libro que ciertamente no han escrito los hombres! Habíalo desdenado yo mucho tiempo, juzgando que no servía mas que para la gente crédula é ignorante, pero en él he encontrado la mas profunda ciencia del hombre y la naturaleza, la moral mas sublime á la vez que sencilla. He leído el Evangelio de Jesucristo con el deseo de encontrar en él la verdad, y me he sentido arrebatado de viva admiración y penetrado de una esplendente y agradable luz que no solo ha iluminado mi entendimiento sino que ha introducido el calor y la vida hasta lo mas recóndito de mi alma; esa luz me ha como resucitado. Ha caído de mis ojos la densa tela que los cubría. . . . He visto al hombre tal cual es, tal cual debe ser, he comprendido su pasado, su presente y su porvenir, y me he estremecido de júbilo al volver

á encontrar lo que me enseña la religion desde la infancia, al sentir renacer en mi corazon la fe, la esperanza y la caridad."

HURTER.

No podemos terminar mejor esta coleccion que con la conversion de Hurter, que ha dado, hace muy poco, gran consuelo á la Iglesia por medio de su ruidoso ingreso á la senda de la religion. Dejemos que este ilustre escritor nos la refiera.

"Los estudios que me vi en la necesidad de emprender para la composicion de mi historia de Inocencio III, habian llamado mi atencion hácia la maravillosa estructura que distingue al edificio de la Iglesia católica. Quédeme pasmado al observar la vigorosa direccion que la diera esa dilatada série de sumos pontífices, todos dignos de la elevadísima posicion que ocuparan, y admiré la vigilancia con la cual supieron mantener la unidad y la pureza de la doctrina.

Al frente de estos hechos presentóseme la movilidad de las sectas protestantes, su miserable dependencia de los gobiernos, sus interiores divisiones y ese espíritu de individualismo

que somete sin limite alguno la doctrina al análisis de los críticos, al racionalismo de los teólogos, á la libre interpretacion de los predicadores. Yo mismo como predicador, y mas adelante como cabeza espiritual de un canton protestante de Suiza, considerábame como un centinela encargado de vigilar por la conservacion de un puesto perdido á medias y obligado á defenderlo, con una resolucion firme y animosa, por todos los medios que en mi mano estuviesen; con este fin quise adherirme con inflexible rigorismo, al respeto á todos los dogmas fundamentales del cristianismo revelado, como son los de la Trinidad, el pecado original, la divinidad de Jesucristo y la Redencion. El conjunto de mi doctrina, como predicador y como profesor, tendia á repeler toda tentativa de racionalismo.

Dediquéme pues á fortificar y á mantener intactos los restos que quedaban de la verdadera doctrina. Pero en aquella época el especial objeto de mis tareas tendia al exterior mas bien que al interior de la Iglesia, mas bien á su historia y á su constitucion que á sus dogmas. Sin embargo, mi conviccion religiosa encontrábase ya lastimada al ver á aquella fraccion del protestantismo á la cual pertenecia, suprimir totalmente el culto á la Santa Virgen, sea porque no se hiciese caso alguno de su existencia, sea porque se considerase únicamente como una madre vulgar y como una simple muger piadosa.

Desde mis juveniles años, sin haber procurado instruirme por medio de la lectura de algunas obras, sin haber entrado en discusion alguna, sin poseer un conocimiento particular de la doctrina católica con relacion á la Madre de Dios, ya me sentia yo penetrado de una inesplicable veneracion hácia ella. Adivinaba que era la abogada del cristiano y desde lo mas íntimo de mi corazon dirigíame á ella en el secreto de mi vida privada.

En los pulpitos protestantes es lícito desechar completamente cuanto los fundadores del protestantismo se han dignado conservar de los dogmas del cristianismo; pero querer conservar ó restablecer lo que no han querido admitir, seria recibido sin duda alguna de parte de los protestantes, con una fuerte oposicion, y el que tal hiciera seria censurado con dureza. Sin embargo, esforcéme yo en llamar la atencion hácia la *Virgen*, (esta es la denominacion que se le da aún en la confesion de Augsburgo), y en recordar á mis correligionarios cual era la elevada significacion de la persona de la Madre de Cristo. No me era posible ir mas allá á causa de la particular posicion que ocupaba.

En el año de 1840 dirigióseme la impertinente pregunta de si era protestante de corazon, y esta pregunta no se me hacia por motivo de hechos que tuviesen relacion con mis funciones públicas, sino esclusivamente en razon de mi historia de Inocencio III y de un viaje que habia emprendido á Viena. Neguéme á contestar

á la pregunta, porque lo que se intentaba saber era lo que no creia mas bien que lo que creia. Si por el contrario, se me hubiese preguntado: ¿sois católico? entonces hubiera contestado con un *Nó* terminante.

Mi resistencia á responder levantó contra mí una verdadera tormenta; la ingratitude, limitadas ideas, un mezquino pietismo, la envidia, la venganza y un resentimiento político reunieronse contra solo un hombre que se defendió con suma viveza. Hoy, para expresar todo lo que siento, diré que debo dar las gracias á mis enemigos; hoy que el *fruto de justicia y paz* está maduro, echo de ver que aquellas luchas, que entonces me eran tan dolorosas, fueron el medio salutífero que para mi justificacion empleará el cielo; convencido de que Dios, desde mi edad mas tierna quiso conducirme, á pesar de tan dilatados rodeos, al término al cual he llegado, considero á esta hora bendita la tempestad que se desencadenó contra mí, como la señal de que iba á entrar por otra senda, de la cual no me he separado, desde aquel dia, sostenido por una voluntad firme y resuelta.

Casi enfermo á la vez que toda mi familia; á dos queridísimas hijas mias arrebatóselas la muerte; y en tanto que varios conventos católicos de Suiza se dirigian oraciones al cielo por la salud de mi familia, entregábase el pietismo á los arriagues de un cruel alborozo, teniendo á gran satisfaccion poder sumergir en el corazon de un padre un puñal de tres filos. Desde

luego abrigué la íntima convicción de que con semejante gente no se podía vivir en paz sino bajo la condición de someterse al durísimo yugo de una ceguera miserable. ¿Podía ser mi elección todavía dudosa? Deseché mis dignidades, mis empleos, mis rentas, y volvíme á la vida privada disgustado de una secta que, á causa del racionalismo, echa por tierra los dogmas todos del cristianismo, ó que huella la moral por sugerencias del pietismo. Sin embargo, hasta aquel día no admitía yo aun todas las doctrinas de la Iglesia. ¿Pero es presumible que cuatro años de vida para un hombre que piensa, que tiene amor al trabajo y que disfruta del libre empleo del tiempo, trascurrieran sin que adelantase ó retrocediese? Nadie lo creería lo que hay de cierto es que la dirección que había dado la divina Providencia á mi ánimo me había hecho hacer rápidos progresos por medio de mis propios estudios. No quiero dar á entender con esto que no hubiese habido personas que influyeran en mí directa ó indirectamente; pero el resultado fué que se abrió paso la luz y que fué esparciendo de día en día mayor y mayor claridad en el sendero que recorría.

Durante mis históricas tareas había tenido que consultar una infinidad de obras acerca del origen de la supuesta reforma, de sus causas, de los medios que se pusieran en práctica para fijar sus dogmas, y sobre su influencia política, especialmente en Inglaterra. No me faltaban

pruebas, aun á mi vista, que demostrarán el furor que anima al racionalismo en contra de la Iglesia católica, en tanto que abandona á su libre acción al protestantismo, y aun en ciertos casos hace causa común con él por la razón de que anda en pos del mismo objeto que es la destrucción del catolicismo. En medio de mis estudios otro hecho se me presentaba, y era este; los pueblos católicos, cuando se arrojan á la senda de las revoluciones políticas, tienen la posibilidad de detenerse y de reconstituirse, al paso que los protestantes no pueden ya fijarse en medio de sus precipitados movimientos; las naciones católicas, cuando se encuentran agitadas por el delirio revolucionario, sanan con mucha mayor prontitud de esta enfermedad social que las naciones protestantes, y estas se curan con tanta mas celeridad cuanto es mas débil en ellas la hostil disposición que contra los católicos abrigan.

El espectáculo de las luchas que tiene que sostener la Iglesia católica en nuestro siglo y en el mundo entero, ejerció especialmente en mi ánimo, una influencia decisiva.

He ahí los hechos que me hicieron seriamente reflexionar en la existencia de una institución que sale rejuvenecida y fortificada de su lucha en contra de tantos enemigos abiertamente declarados ó hipócritamente encubiertos.

Después de haber hecho dimisión de mis funciones de presidente del consistorio, consagré

todas mis horas de ocio al estudio de los dogmas católicos, y en este particular aprovechéme de la lectura de la *Simbólica* de Mœhler. En mi vida habia yo dudado de que el cristianismo fuese una revelacion divina; pero en aquella época ocupéme exclusivamente en aclarar ciertos asertos de los protestantes en que sostienen, por ejemplo, que el cristianismo no se conservó en toda su pureza sino durante los tiempos primitivos, para sumergirse después, por espacio de doce siglos, en un abismo de errores y de instituciones completamente humanas, abismo que por fin viniera á cerrarse en virtud de los esfuerzos de ingenios superiores. . . . y estos fueron un fraile fecundo en contradicciones de todo género y un rey libertino y ladrón.

¿Y no debería ser suficiente la sencilla sana razon para destruir toda confianza en una supuesta reforma dirigida por personajes de un valor moral tan repugnante? Agréguese á esto las guerras intestinas que se hacen todas las sectas protestantes, su divergencia con relacion á todas las doctrinas esenciales, y la circunstancia de que no se llegan á unir mas que en virtud de la oposicion que hacen y del odio que tienen á la Iglesia. Encontréme pues en la posibilidad de percibir patentemente que las diferencias que existen en la doctrina del protestantismo se dejaron ver desde los primeros dias de la reforma, así como se ven aun en el dia entre tantos protestantes que asombran por lo

extraño de sus sistemas y por la facilidad con que los modifican y los cambian segun las necesidades del dia. Una de las causas no menos decisivas que contribuyeron á iluminarme y á fijar mi resolucion, fué la certidumbre de encontrar, por el contrario, en todos los teólogos católicos romanos, la unidad y la armonia de la doctrina. El lenguaje de los novadores protestantes con respecto á una iglesia invisible, á una tradicion de la pura doctrina por medio de una serie indefinida de herejias, ese lenguaje no puede cegar á cualquiera que haya conservado ó vuelto á adquirir la facultad de apreciar en su justo valor los hombres y las cosas.

Acabé de robustecerme en estas convicciones con la lectura de una traduccion alemana del tratado de la *Explicacion de la Santa Mesa* escrito por el papa Inocencio III

Tales fueron, pues, los medios visibles y palpables de que Dios se sirvió para convertirme; encuéntranse estos medios al alcance de todo el mundo. Los motivos ocultos, aquellos que vienen de lo alto y que solo el cielo conoce, estos no los habrán de saber los hombres. Hasta después de haber entrado al seno de la Iglesia no supe cuantas oraciones habian dirigido al Padre eterno, en todos los conventos, sacerdotes y legos, en Roma y en lo demás de Italia, en el Tirol, en Baviera, en Suiza y acaso tambien en otros países, las cuales oraciones habianse encaminado á la Santa Virgen, desde muchos años hacia, á fin de alcanzar su interce-

sion para con el Dispensador de todas las mercedes. Hasta después de haberme convertido no supe cuantas misas se habian celebrado para obtener la misericordia de Dios en favor mio. El dia de mi salida para Roma, uno de los amigos que tenia en Paris recomendóme á la Archicofradía del Santísimo é inmaculado Corazon de Maria.

Bajo la proteccion de todos estos piadosos sentimientos emprendí mi viaje á Roma el 29 de febrero de 1844, firmemente decidido á presentarme como el mas fiel de los hijos de esa tierna madre la Iglesia católica.

En Pavia, merced á una amistosa intervencion y por un favor singularísimo, espusieron á la pública veneracion las insignes reliquias del gran obispo de Hipona; acerquéme temblando á aquella sagrada osamenta, conteniendo todavia en mi corazon mis sentimientos de respeto y amor, porque no habia llegado todavia el momento de declararme.... pero recibí, de la contemplacion de aquellas santas reliquias, un nuevo y mas fuerte impulso para llevar á cabo mis proyectos. ¿Y cómo no hubiera yo encontrado grande, laudable y atrayente una institucion que, despues del traseurso de mas de quince siglos, no ha cesado de venerar los restos mortales de una inteligencia sublime, modelo eterno de las mas preciosas virtudes, cuyas luces y cuyo vigor todavia iluminan á la Iglesia y la fortifican? Estos piadosos y dignos sentimientos conserváronse en mi ánimo por

EL ISRAELITA

PRISIONERO EN BABILONIA.

Del Eufrates remoto en la orilla
De Judá me acordé con tristura,
Y al mirar su marchita hermosura,
La corriente con llanto aumenté.

De memorias funestas y amargas
Solo vive el dolor que alimento:
"En un sauce ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué."

El tirano que alli nos oprime
Con cadenas y duros baldones,
Nos mandó repetir las canciones
Que entonamos en Sion otra vez.
¿Como fuera que en tierra enemiga
Profanara cautivo mi acento?
"En un sauce ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué."

Si de ti me olvidare, Solima,
Hierro agudo mi mano segregue,
A las fauces mi lengua se pegue
Si un recuerdo jamas te negué.
Tú que fuiste en un tiempo mi gloria,
Eres hoy de dolor monumento:
"En un sauce ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué."

sion para con el Dispensador de todas las mercedes. Hasta después de haberme convertido no supe cuantas misas se habian celebrado para obtener la misericordia de Dios en favor mio. El dia de mi salida para Roma, uno de los amigos que tenia en Paris recomendóme á la Archicofradía del Santísimo é Inmaculado Corazon de Maria.

Bajo la proteccion de todos estos piadosos sentimientos emprendí mi viaje á Roma el 29 de febrero de 1844, firmemente decidido á presentarme como el mas fiel de los hijos de esa tierna madre la Iglesia católica.

En Pavia, merced á una amistosa intervencion y por un favor singularísimo, espusieron á la pública veneracion las insignes reliquias del gran obispo de Hipona; acerquéme temblando á aquella sagrada osamenta, conteniendo todavia en mi corazon mis sentimientos de respeto y amor, porque no habia llegado todavia el momento de declararme.... pero recibí, de la contemplacion de aquellas santas reliquias, un nuevo y mas fuerte impulso para llevar á cabo mis proyectos. ¿Y cómo no hubiera yo encontrado grande, laudable y atrayente una institucion que, despues del traseurso de mas de quince siglos, no ha cesado de venerar los restos mortales de una inteligencia sublime, modelo eterno de las mas preciosas virtudes, cuyas luces y cuyo vigor todavia iluminan á la Iglesia y la fortifican? Estos piadosos y dignos sentimientos conserváronse en mi ánimo por

EL ISRAELITA

PRISIONERO EN BABILONIA.

Del Eufrates remoto en la orilla
De Judá me acordé con tristura,
Y al mirar su marchita hermosura,
La corriente con llanto aumenté.

De memorias funestas y amargas
Solo vive el dolor que alimento:
"En un sauce ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué."

El tirano que alli nos oprime
Con cadenas y duros baldones,
Nos mandó repetir las canciones
Que entonamos en Sion otra vez.
¿Como fuera que en tierra enemiga
Profanara cautivo mi acento?
"En un sauce ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué."

Si de ti me olvidare, Solima,
Hierro agudo mi mano segregue,
A las fauces mi lengua se pegue
Si un recuerdo jamas te negué.
Tú que fuiste en un tiempo mi gloria,
Eres hoy de dolor monumento:
"En un sauce ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué."

Cual gigante se alzó el Idumeo,
 Precedido del hierro y el fuego,
 Tú lo viste frenético y ciego,
 ¡Oh Señor! devastar a Salen.
 “¡Que perezca!” clamó como un trueno,
 Y los muros derrumba violento:
 “En un sauce ludibrio del viento,
 Para siempre mi lira colgué.”

Babilonia insensata, ya el cielo
 Te apareja tremen lo castigo,
 El acero del crudo enemigo
 Templará con su sangre su sed;
 Y verás como ardiente, insaciable,
 Se apacenta en tus hijos sangriento:
 “En un sauce ludibrio del viento,
 Para siempre mi lira colgué.”

JERUSALEN.

Quando aquesta ciudad delincuente
 Se manchó con la sangre del Justo,
 Un acento incesante, robusto,
 Fatigaba los ecos doquier.
 Con proféticas voces revela
 Los arcanos del tiempo futuro:
 “¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
 “¡Ay de tí, desdichada Salen!”

En el aire de sangre teñido,
 Escuadrones de ardientes guerreros
 Con clarines, banderas, aceros,
 Discurrir combatiendo se ven.
 Despeñados despues los recibe
 En sus senos el báratro oscuro:
 “¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
 “¡Ay de tí, desdichada Salen!”

Los levitas oyeron de noche
 Dentro el SANCTA SANCTORUM augusto,
 De pavor penetrados y susto,
 Pasos de hombres huyendo en tropel;
 Y una voz que pronuncia: *Salgamos*
Presto, presto, del sitio inseguro:
 “¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
 Ay de tí, desdichada Salen.”

El ccncento del arpa y salterio,
 Y los ecos del gozo callaron:
 Los ancianos sus voces alzaron,
 Los mancebos gimieron tambien:
 Vanos son de la virgen los lloros,
 Es del mago impotente el conjuro:
 “¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
 “¡Ay de tí, desdichada Salen!”

De furor el Romano ceñido
 A tí viene frenético y ciego:
 Le precede la muerte y el fuego,
 El espanto le sigue despues:
 Y te cerca, y te estrecha, y te intima
 Su decreto terrífico y duro:
 “¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
 “¡Ay de tí, desdichado Salen!”

Fuertes lazos te cercan de muerte,
Hambre, espada, dolor te circundan,
Tus recintos de sangre se inundan,
En tí reina mortal palidez:

Estallando tus puertas, dan paso
Al gentil, al profano, al impuro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen."

Alza el soplo de la ira divina
En tu seno una súbita llama,
El incendio voraz se derrama,
Y consume tu vana altivez.
Toda envuelta en torrentes de fuego
Ya no ofreces un punto seguro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Con el tiro postrero que lanza
Sobre tí la fatal catapulta,
Al profeta infelice sepulta,
Que el estrago anunciábate fiel.
Y al morir, este acento repite,
Que en el éter divágase puro:
"¡Ay del pueblo, del templo del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

JOSE JOAQUIN PESADO.

medio de la lectura de una obra del señor canónigo Bosisio, intitulada: *Relacion histórica, documentada, de la dádiva que ha hecho la iglesia de Pavia, de una reliquia insigne del cuerpo de San Agustín, al Ilustrísimo señor Adolfo de Aupuch, obispo de Argel:*

Un solo hecho habria podido ejercer en mí una influencia propia para detenerme en la ejecución de mi proyecto, y este habria sido que se hubiese empleado un empeño laudable, pero inoportuno, para apresurar mi conversión. Pero en este respecto no me tengo de qué quejar, pues durante los tres meses de mi mansión en Roma, no se llegó á poner en práctica acción moral alguna para hacerme proferir las solemnes palabras que se deseaba oír axhalarse de mis lábios. Solo una vez, en una audiencia que me concedió el Santo Padre, se me dirigieron estas palabras con una serenidad indecible: ES-
PERO QUE SEREIS ALGUN DIA MI HIJO. Sucedió otra vez que el piadoso y docto arzobispo de Tesalónica, Ilustrísimo señor Rossi, me dijo en Nápoles: *Espero que sereis de los nuestros.* Muchos otros amigos y protectores míos manifestaron idénticos deseos, pero sin pasar nunca adelante. Aunque tuve la felicidad de verme honrado con un gran número de íntimas conferencias con el célebre R. P. Perone, de la sociedad de Jesus, este santo y sábio prelado no hizo mas que una sola alusión á lo que, sin embargo, constituía el mas grato deseo de mi alma. El día de la festividad de San Luis Gon-

zaga, al dar gracias, de todo corazón, al P. Perone de no haberme suscitado esta misma cuestión nunca, contestóme el R. P.: *Ya tenía yo previsto que la gracia de Dios sería bastante para operar, y hé ahí por qué cualquier intervención humana habría sido inútil.* En el Monte Casino, hallándome en aquella ilustre casa que ha dado el ser á tantas abadías y célebres congregaciones, hubo un día en que fuese á parar á mi conversión la plática que se entablara, y manifestóse el temor de que recayesen sobre mí todos los ímpetus del odio si tenía efecto mi abjuración con solemnidad y no en el retiro y en medio del silencio de alguna iglesia aislada y desierta. A esto contesté yo: *Estoy decidido á no abjurar sino en la misma Roma, y no quiero buscar ni evitar la publicidad, mas ó menos estrepitosa, de una acción que ninguna necesidad hay de que se oculte, supuesto que es buena, justa y laudable; y en esta circunstancia que es para mí tan importante, quiero obrar con aquella lealtad á la cual siempre he normado mi conducta.....*

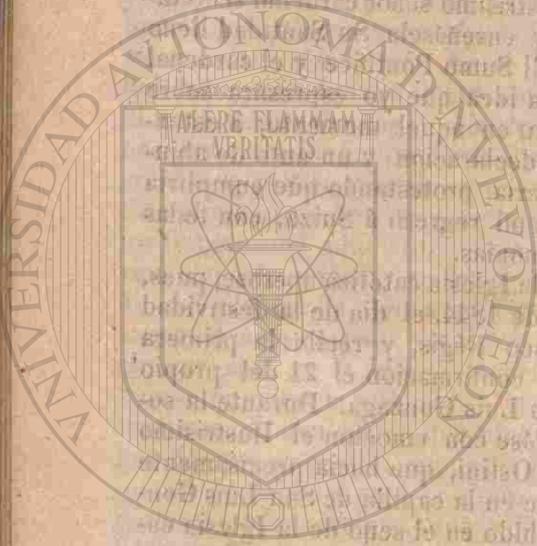
No quise diferir mas tiempo la ejecución de mi grande obra, y el 14 de junio declaré á Su Eminencia el cardenal Ostini que nada había ya que se opusiese á mi ingreso al seno de la Iglesia. Determinóse el día y la hora de mi abjuración, que fueron el domingo siguiente, 16 de junio, en la habitación de Su Eminencia. Creí de mi deber pasar aviso de esta resolución al Sumo Pontífice que se había dignado hon-

rarme con tanta benevolencia y con una verdadera bondad de padre. Cuando llegó mi carta al gabinete de Su Santidad, encontrábase en su presencia el Ilustrísimo señor cardenal secretario de Estado, y enseñósele Su Santidad lleno de alborozo. El Sumo Pontífice y el cardenal no aprobaron la idea que yo espesara sobre que me limitaria, en aquel momento, á estender una simple declaración y un auto de abjuración que firmaria, protestando que cumpliría mas adelante, á mi regreso á Suiza, con todas las demas ceremonias.

Mi ingreso á la Iglesia católica operose, pues, el 16 de junio de 1844, el día de la festividad de San Francisco Régis, y recibí la primera comunión y la confirmación el 21 del propio mes, día de San Luis Gonzaga. Durante la solemnidad acordóse con emoción el Ilustrísimo señor cardenal Ostini, que hacia precisamente treinta años que en la capilla de San Luis Gonzaga había recibido en el seno de la Iglesia católica al ilustre pintor Overbeck, que me estaba sirviendo, en aquella sazón, de padrino.

Admitióseme al honor de recibir la santa comunión precediendo á la juventud estudiosa de Roma que se había reunido expresamente para esta ceremonia, á fin de hacerla ver que los estudios graves é imparciales nunca dejan de dar por resultado que las inteligencias se identifiquen con la unidad viva de la santa Iglesia." ®

FIN DE LA OBRA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Indice.

	Pág.
Prefacio.....	III
Stolberg.....	1
Eisenbach.....	12
Silvio Pellico.....	28
Andryane.....	50
Sacordaire.....	75
Piel y Requedat.....	82
Delauco-Dubex.....	91
Venillot.....	100
Alfonso Ratisbona.....	123
M. Collin de Planey.....	155
Dorey.....	161.
Bantain.....	175
Huxley.....	178.



NUEV
BLIOTE

00